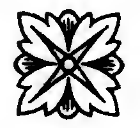
RECUERDOS DE MI NIÑEZ

Por A. M.



GUADALAJARA

1922

Guad., nov. 23 de 1922.

Imprimatur.

Mf. ALVARADO

A. CORREA,
Srio.

INTRODUCCION.

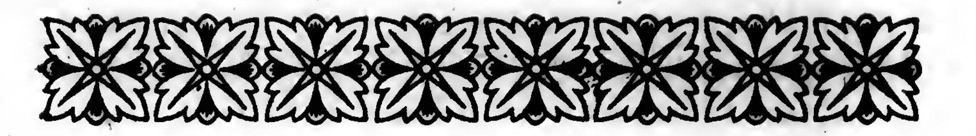
Amado joven, ¿estás cansado? ¿quieres pasar un rato en compañía de un amigo que te quiere mucho? ¿Verdad que sí? Pues aquí lo tienes.

He aquí un librito únicamente para tí, que si bien te hallas todavía en la pacífica y florida playa de la niñez, te veo dispuesto a levantar las anclas y a desplegar las velas para aventurarte a cruzar el peligroso mar de la vida. Para el que ha recorrido gran parte de ese camino, o está para llegar al término de su viaje, es inútil y sólo perdería el tiempo en estar volteando sus páginas, pues ya sabe por experiencia lo que puede encontrarse en él, pero para tí, que apenas diriges tus primeros pasos por ese sendero tan peligroso, por donde fácilmente puede uno extraviarse y perderse, y ser víctima de tantas fieras y venenosas serpientes, que se enroscan en el cuerpo del niño y difícilmente le dejan, sino que le devoran; para tí, digo, que no conoces los peligros y terribles escollos de ese mar bravío, es útil, y, diría casi, necesaria la lectura de este librito. Léelo, pues, con el mis-

mo amor que fué escrito a fin de ayudarte a evitar ciertos peligros en que puedes caer por la falta de experiencia; y procura darlo a leer a otros. . . .a cuantos puedas. . . . a todo el mundo, si fuera posible. . . . teniendo por cierto, que, si llegaras de este modo a secar, o a evitar que se derrame una sola lágrima, recibirás algún día un premio de infinito valor.

Todo Tuyo.

A. M.



I

MI CUNA

¡Oh cerdeña querida y montañosa
De vinos y de trigo productora,
Tú eres para mi la más hermosa,
Tú eres mi tierra encantadora.!

Por el lado oriental de la isla de Cerdeña, más bien al Sur-Este, no muy lejos de las orillas del mar, circundado de viñas, de huertas y de verdes olivos, está mi pueblo, escondido entre una escarpada y montañosa cuesta semicircular y otra recta, a cuyos pies se deslizan suavemente las abundantes aguas de un río, que llega hasta el mar.

No es muy grande mi pueblo, ni se ven en él grandes edificios, pero si no tiene suntuosos palacios y columnas de mármol, tiene en cambio en su centro y al rededor árboles frutales y huertas con violetas, rosas,

azucenas, pensamientos y margaritas de toda especie y color.

Sus casas son humildes, como sus sencillos moradores, en gran parte campesinos, que, a los sanos principios morales, juntan una vida dedicada enteramente al trabajo, al sustento y a la cristiana educación de su prole.

Están juntas sus casitas y agrupadas unas con otras, como para indicar la unión de ideas y sentimientos de que están animados sus habitantes.

Sólo en la parte más baja del pueblo se nota una breve interrupción de ellas por la dificultad del terreno.

Luego sigue la parte más reducida, pero más poética y encantadora, por estar allí la Iglesita blanca, blanca, como las almas de los fieles, que recoge en su seno amoroso.

Su torrecita descuella entre el verde follaje de los árboles, que le hacen corona, y parece decir a todo cuanto la rodea: Subid, subid como yo hacia el cielo, pues allí está vuestra dicha.

Esta parte tan deliciosa de mi pueblecito, ese grupo de casas tan apartadas, y diría casi, escondidas a los ojos de todo el mundo, fué mi cuna en 1888.

La casita, que me vió nacer, no es de

mucha vista, pero de la única ventanita que tiene, se domina todo el pueblo y los montes circustantes, de donde se ven despeñarse las aguas cristalinas de los arroyuelos, que después serpentean como canalitos de plata en el valle, donde se juntan al río.

Mi cuna es la más pobre de las que la rodean, pero no quiere borrarse de mi fantasía por haber sido teatro de mis gloriosas hazañas infantiles, y mi seguro refugio después de alguna expedición mal afortunada, de que hablaré más adelante.

A esa casita tan humilde vuela muy seguido mi pensamiento, y ¿sabéis porqué? Porque en la mañana, cuando el sol doraba los copos de los árboles agitados por la blanda brisa matutina y el ruiseñor entonaba sus más dulces trinos, pareciendo saludar al Autor de todo cuanto existe, junto a mi pequeña cuna, iluminada por los primeros resplandores del nuevo día, estaba siempre mi madre, esperando que su angelito despertara o sonriese, para depositar en sus mejillas un beso amoroso, como prueba de su tierno cariño maternal.

Pero lo que no permite que se me olvide nunca aquella morada de paz es otro recuerdo, un recuerdo querido de mi alma.

Había cerca de la casa una huerta y en ella una grutita con su Virgencita de Lour-

des, o mejor dicho, de la que guió mis primeros pasos en el camino de la vida y a quien debo todo lo que soy.

Su adorno era una deliciosa cascada de agua, que, deslizándose desde arriba en forma de plateadas ondas, refrescaba y daba más vida a las hiedras, que cubrían toda la gruta.

Todas las veces que los agradables recuerdos de mi infancia desfilan como otras tantas visiones en mi fantasía, veo pasar también la poética grutita y entonces recuerdo que más de una vez, al pasar corriendo tras una mariposa delante de la Virgen, me detenía, dejando escapar mi presa, y me ponía a rezar una Ave María, por habérmelo enseñado así mi madre.

Cuando pienso en todo esto olvido cualquiera otra cosa; paréceme estar entre aquellas amadas paredes,entre las personas más queridas de mi corazón, me parece oír su voz, escuchar los cantos con que mi madre me adormecía en sus tiernos brazos, y entonces siento algo que no puedo expresar . . . .

Por todo esto yo aprecio mucho mi cuna; la aprecio más que los suntuosos palacios de las grandes ciudades, más que las regias de los príncipes y emperadores, porque entre sus negras paredes aprendí de la

boca de mi madre a amar al Autor de mi existencia y a nutrir la esperanza de ir a gozarle algún día allá en su eterna morada.

¡Oh! cuántas veces después de haberme alejado de esa mansión de amores, al contemplar el sol que aparece en el horizonte y al recordar el punto por donde lo veía aparecer desde la ventanita de mi cuna, me he encerrado en una suave melancolía, para llamar a la memoria todos los recuerdos de mi niñez, y volviéndome repentinamente poeta, me he puesto a cantar:

¡Oh dulces recuerdos de mi infancia!
¡Oh momentos suaves de alegría!
¿Por qué mi corazon dejáis en ansia?
¿Por qué no os olvidó la mente mía?
¿Por qué jugueteando entre las flores,
Me parece aun estar en este instante,
Y olvidando, del mundo los dolores,
De gozo se reviste mi semblante?

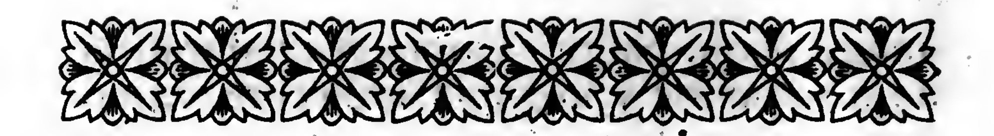
Y en seguida una infinidad de pensamientos, de afectos y de memorias llenan mi alma conmovida y siento la necesidad de un amigo, para abrirle mi corazón. Pero este amigo fiel me ha faltado siempre y entonces manifiesto lo que siento al mudo papel. Le digo lo que mi mente me dicta; y mientras tanto me parece hallarme otra

vez en la primavera de mi existencia, en aquellos años de felicidad inefable. Me parece gozar de las mismas alegrías, de los mismos placeres infantiles; me parece correr, gritar con los amiguitos de mi infancia, rodar con ellos en el prado entre las flores, o poner la casa en revolución; y entonces me parece ver venir corriendo a mi madre agarrarme y por todo castigo estampar un sonoro beso en mi frente. . . .

Mas ¡ay! al soltar la pluma vuelve la realidad, y, despertando como de un dulce sueño, no me queda sino el deseo de volver a aquellos tiempos tan dichosos, rehacer paso por paso el sendero de mi vida infantil, disfrutar otra vez y saborear todos los goces que ella presenta. . . .

¡Oh! ¿Porqué no es eterna la primavera de la vida? . . .

¡Qué rápidos pasaron aquellos años tan felices! Qué presto me alejó de mi cuna aquella invisible Providencia, que guía sabiamente los destinos de la humanidad, lo mismo que el del último de los mortales, cual en realidad me creo. Y tal vez por eso y por mi mayor bien tropecé muchas veces, y caí otras y anduve errante por silvestres y espinosos senderos, antes de hallar el verdadero camino de mi vida.



II

PRONOSTICOS

De mis primeros tres años transcurridos parte entre los amorosos brazos de mi madre, parte andando a gatas y parte rodando de las escaleras y desempeñando sucesivamente papeles de risas y llantos y de hombre elástico, ninguna impresión notable guardo.

Hacia el fin de mis cuatro abriles empezaron los pronósticos y poco después las aventuras.

Un día llegaron al pueblo, provenientes de la capital de la isla, un escuadrón de marinos, los cuales iban a embarcarse el día siguiente para Génova. Muchos de ellos eran naturales de Cerdeña y uno muy

amigo de mi padre. Como era natural, vino a saludarle y mi papá, todo corazón por sus amigos, le recibió con grande cariño y suplicóle que por ese día se quedase a comer con nosotros; tanto más que el buque en que tenía que embarcarse no saldría hasta las 11 del día siguiente.

El joven marino accedió con gusto a la invitación.

A las doce en punto todos estábamos en la mesa.

A mí me hicieron sentar cerca del militar y aunque poco o nada, comprendía de las varias conversaciones, recuerdo que hacia el fin de la comida, mi padre dijo al marino: También yo fuì soldado y no me arrepiento de haberlo sido. Si este niño llega a ser grande, pienso hacerlo entrar a la Regia Marina Italiana, ¿qué te parece?

Está bién: contestó el soldado; la vida militar, sobre todo en el mar, es muy agradable, instructiva y sana; por lo mismo, si lo cree Ud. conveniente y el niño se siente inclinado a la milicia, podrá satisfacer este deseo.

El domingo siguiente un fulanito de tal estrenaba un hermoso uniforme de capitán de marina.

Cierto día mi mamá, teniendo que llevar la comida a mi padre, que trabajaba en

una viña al otro lado del río, y no sabiendo con quien dejarme, quiso llevarme consigo. Creo que se determinó a ello en vista de que mis piernitas de marino de cuatro años y medio empezaban a servirme, por no ser la distancia tan larga, y tal vez, para llevar a cabo otro experimento que yo ignoraba por completo.

Me llamó, pues, y me dijo: Toñito ¿quieres venir conmigo a la viña?

Sí, mamá, le contesté con alegría.

Pero mira que tienes que ir y volver a pie.

No le hace, mamá, vámonos.

Pocos minutos después estábamos ya en camino y el intrépido soldado había caído ya dos veces. A la tercera poco faltó para que se descarrilase por completo y fuera a acabar en un precipicio.

Mi buena madre me cogió entonces por la mano y de este modo pude seguir sin nuevos incidentes hasta el río, donde iba a tener su desenlace el primer acontecimiento notable de mis primeros años.

Mi madre dejó a un lado los trastes en que llevaba la comida, y sin más empezó a desvestirme, hasta dejarme con el único vestido con que todos los hijos de Adán nacemos.

Yo al principio no llegué a compren-

der todo el significado de tan poco agradable ceremonia, mas al verme trocado repentinamente en un angelito sin alas y delante de aquella extensión de agua, que pausadamente se deslizaba a mis pies, empecé a maliciar algo. Pero cuando vi que mi mamá cogiéndome de una mano, quería hacerme entrar al agua, desapareció toda duda y comprendí que se trataba nada menos que de hacerme empezar la carrera de marino. Y como sucede que delante del peligro nos hacemos más atrevidos y fuertes, emprendí una desesperada lucha, ni sé cómo, pero llegué a escaparme de sus manos. Y qué saltos, y qué brincos eché entonces por la arenosa orilla del río, y qué carreras tuvo que echar mi madre para poder agarrar a su fugitivo angelito.

Cuando me tuvo nuevamente entre sus brazos, vió que el pobre marino temblaba de pies a cabeza, que su rostro había perdido el color natural; y comprendió que era todavía muy temprano para hacerme empezar la vida de soldado de marina; y que tal vez no sería esa mi vocación.

Poco después pasamos el río por un puente medio derruído y al contemplar desde los brazos de mi madre las abundantes aguas, que parecían quererme arrastrar en su corriente, me estrechaba con

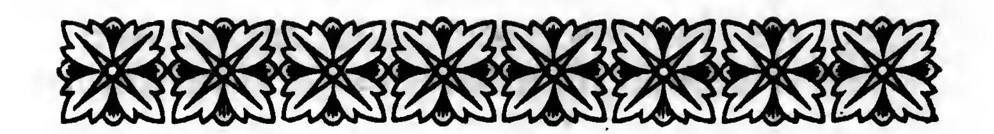
todas mis fuerzas a su cuello, no sin renovarse el pánico de que había sido invadido pocos momentos antes.

Apenas llegamos a nuestro destino mi padre vino a nuestro encuentro y apercibiéndose al instante de mi turbación, me preguntó: ¿Qué tienes Toñito? te veo algo triste, ¿qué te ha pasado?

Puedes perder la esperanza de que tu hijo llegue un día a ser soldado de marina, dijo mi madre; al pasar el río quise lavarle los pies y se iba a morir de miedo ¿Verdad, hijo mío, que es mejor que te quedes en la casa a cuidar las gallinas?

No, mamá, contesté yo, eso no me gusta.





III

INCLINACIONES

La misma tarde aquella de mi primera aventura mi madre al volver a la casa, contó a todas las vecinas lo acontecido; y desde ese día no se habló más ni de marina, ni de buques, ni de torpedos; todo había concluído ya. Puesto que la primera embarcación había fracasado, quedaba perdida toda esperanza de navegación.

Yo estuve triste por algún tiempo. Mi musa marina había enmudecido, mis acorazados fueron a dar al rincón más obscuro de la casa y en mis sueños no hubo más naufragios, ni enfurecidas tempestades que pusieran en peligro mi formidable flota. Mas ya se sabe, para los niños no hay tristeza duradera.

Una mañana llegó de paseo al pueblo un destacamento de caballería. Mi padre me llevó a verlos de cerca, y eso sólo bastó para que nacieran en mí nuevos entusiasmos.

Desde ese día, para mí en el mundo no había más que caballos, armas, soldados, ejércitos y guerras. Yo mismo no era ya un niño, sino un soldado, o mejor dicho, un general; y me moría de contento cuando con un séquito de unos veinte mocositos de mi misma edad, desfilábamos en orden de marcha, cada quien con todo su armamento y montados en soberbios caballos.

Mi casa no era sino un cuartel a mi disposición: el patiecito mi plaza de armas; y cualquier palo o mango de escoba viejo, un caballo o una espada según se presentaba la necesidad. Cualquier escondrijo para mí era una trinchera o inexpugnable fortaleza, y cualquier ruido, un cañonazo o una señal de llamamiento a las armas.

Una tarde, mientras mi madre atendía a no sé que faenas de repente parecióme oir la voz de alguno de mis compañeros de armas; pensé que mi ejército podría estar en peligro; que mi presencia como general en jefe podría ser necesaria, o por lo menos indispensable, y me dispuse en seguida pa-

ra marchar al campo. Me acordé entonces que era soldado de caballería, dí un vistazo a mi rededor, agarré de las crines al primer caballo que se ofreció a mi vista, tomé las debidas precauciones para que no se apercibiera mi madre y logré sustraerme a su vigilancia.

Apenas me ví en salvo, monté mi fogoso corcel, tomé la dirección más conveniente, aflojé las riendas y vámonos a todo escape.

¡Qué carrera y qué nubes de polvo se levantaron a mi paso!

Mas he aquí que de repente, al dar vuelta por una esquina, mi caballo, que seguía corriendo con toda su furia, se encuentra con una niña de pocos años y sucede una gran desgracia, caballo y caballero pierden el equilibrio y caen rodando cada cual por su lado.

Entonces sucede otra escena rapidísima: la niña se levanta como puede, se encamina a su casa lanzando gritos de desesperación; y el caballero corre a la suya, dejando el caballo tendido en el lugar de la catástrofe.

Al llegar el mal afortunado jinete, vió la puerta abierta, espió tantito, se apercibió que no había ninguno, entró disimuladamente como si nada hubiera pasado y ¿sa-

béis a dónde fué a parar el gran caballero? Fué a atrincherarse nada menos que debajo de la cesta de la ropa sucia, allá en el rinconcito más obscuro de la casa.

Una vez allí, procuró tomar la posición más cómoda y esperó que estallara la bomba. Al poco rato, desde mi escondite vi llegar enfurecida a la mamá de mi víctima; a sus gritos desaforados acudió también la mía, y empezó la riña.

Si está loco su hijo, mándelo al manicomio, empezó a decir mi persiguidora, despidiendo llamaradas de fuego por los ojos.

¿Qué pasó, señora? contestó mi madre asustadísima; yo no sé lo que me dice.

Cómo no sabe ¿conoce Ud. este mango de escoba?

Sí, es el de la que compré el otro día.

Pues bien, sépase que mientras su hijo andaba corriendo como un desesperado por las calles montado en él, se encontró con mi hijita Julia y fué un milagro si no la mató; si no quiere creer, venga a verla en mi casa.

¡Ay! ¡por Dios! cómo no he de creer; y ahora dónde estará ese diablillo, que parece el más condenado del infierno.

Señora, el diablillo ha de estar aquí; me acaban de decir que le han visto entrar y creo que no ha vuelto a salir.

Si estuviera, ya le hubiéramos visto.

No se crea, señora, esos diablillos cuando han hecho una de las suyas, saben ocultarse de modo que parece que la tierra se los ha tragado. ¿Quién le asegura a Ud. que no se haya metido al horno, a alguno de los armarios, o esté debajo de aquella cesta?

Creo que no, pues nunca ha hecho tal cosa, de todos modos le buscaré y, si le encuentro, le aseguro que recibirá su merecido.

Mi persiguidora no se contentó con esto,y pidió por favor le fuera permitido buscar al delincuente.

Mi madre quiso dispensarla de tal molestia, pero viendo que insistía se pusieron ambas en busca del pobre criminal, cuya situación dejo imaginar al amable lector.

Pero por vez primera la diosa fortuna me favoreció.

Se abrieron todos los armarios, se revisó minuciosamente dentro del horno, debajo de las mesas, detrás de las puertas, se revolvió toda la casa, se esculcó en todas partes, menos en mi inexpugnable fortaleza. Mi madre al pasar cerca de la cesta se contentó con darle un ligero puntapié, que pegó en dirección de mis respetables narices, y pasó adelante.

Cuando el riguroso cateo hubo concluído, yo no podía ya sufrir mi incómoda posición y, gracias a Dios, la madre de Julia se fué después de haberse hecho prometer que se me regalaría un buen número de palos.

Apenas la ví salir, tomé una posición menos incómoda; luego, al notar que mi madre se había apercibido del movimiento de mi escondrijo, confiando en su misericordia, empecé a acercarme hacia ella, pero sin abandonar mi estratégica fortaleza.

Ella, al ver que la cesta iba arrastrándose, se le quedó mirando un rato, pareció asustarse al principio, pero al fin se animó a descubrir el misterio. Y cuando en vez de un espíritu de las tinieblas, vióse delante a su Toñito, todo compungido y humillado, con su carita de dolorosa, poco faltó que en castigo de su falta no le cubriera de besos. Pero no; aquella vez quiso mostrarse indignada y en pena de mi delito me amenazó de no llevarme a la Misa el día siguiente, que era domingo.

A algunos podrá parecer que mi madre en aquella ocasión se mostró demasiado indulgente; sin embargo no fué así. El amenazado castigo produjo en mí tanto disgusto, que lloré amargamente hasta que se me prometió la remisión de la pena; y

desde aquel día perdí todo afecto a mi caballo, haciendo firme propósito o de ser soldado de infantería o de abandonar por completo la carrera de las armas. Pero ¿qué quereis? los niños son siempre niños.

Una tarde corrieron rumores de que casi todos los de mi categoría se habían levantado en armas contra otro partido revolucionario, y mi espíritu guerrero no dejó de atormentarme hasta que me resolví a tomar parte en la lucha.

Confesaré, pues, mi debilidad diciendo que no pude resistir a los generosos impulsos de mi corazón; y mediante uno de esos prodigios que solamente saben obrar los niños, mi caballo se transformó repentinamente en fusil, un mango de cucharón en espada, y así armado, me fuí a juntar a mis camaradas.

Llegué cuando la victoria estaba todavía indecisa; me lancé como un león al asalto de la bayoneta, y después de indecibles esfuerzos y estratagemas, el enemigo salió derrotado en toda la línea.

Mientras tanto habíase hecho noche. Algunos de los adversarios pudieron reorganizarse, nos prepararon una emboscada y nos cogieron entre dos fuegos. En la refriega no murió ninguno por fortuna; pero a muchos nos tomaron presos.

En medio de la obscuridad no pude distinguir, ni pude conocer al que me tenía agarrado, pero cuando ví que me llevaba hacia mi casa, no pude dudar de que se trataba de un enemigo doméstico.

Apenas entré, vi que sólo estaba mi padre y que mi madre era la que me llevaba preso.

¡Ah, bribonzuelo! exclamó mi padre al verme; ¿qué andabas haciendo a estas horas fuera de casa?

Vamos, no le regañes, contestó mi madre,¿no ves que vuelve victorioso del campo del honor? Mira, aquí están sus armas.

¡Ah! con que ya te gusta la milicia terrestre; muy bien por nuestro héroe; pero me figuro que estarás cansado ¿no es verdad? Pues bien, a descansar sobre los conquistados laureles. El grandísimo honor de poderte contar entre los vencedores puede suplir a la cena. Hasta mañana, pues, oh afamado campeón.

El intrépido soldado, al oír esto, se sintió desfallecer, y, aunque de mala gana, se fué a acostar llorando a lágrima viva los crueles remordimientos del estómago.

Pronto el sueño vino a apaciguar mis luchas intestinas; pero al despertar, comprendí que era preciso dar a mi vida otro

curso, y abandonar por completo la milicia, tan llena de penalidades y peligros.

Después de este acontecimiento, pasé algunos días en perfecta neutralidad y por fin me decidí a abrazar otra inclinación por cierto más agradable, encantadora, que iba a proporcionarme no pocos laureles.

Después de varias exploraciones, llegué a descubrir cerca de mi casa, junto a la fuente, una especie de arcilla, que se prestaba muy bien para sacar de ella todos los objetos que quería; y asociándome con otro niño de mi edad, llamado también Antonio, empezamos a enlodarnos las manos, los pies, la boca, las narices, y por fin ¿sabéis cuál fué mi primera obra de arte?. Un caballito. Y tan perfecto me había salido, que mi madre mientras me reprendía por lo poco limpio que era mi divertimiento, no pudo contener una sonrisa de complacencia al ver la exactitud de las proporciones y la adecuada forma que había sabido dar con mis manitas a aquel tan acertado modelo.

En seguida, haciéndose ver más enojada de lo que estaba en realidad, me lo quitó, no para destruirlo en castigo de mi suciedad, sino para guardarlo y mostrárselo a mi padre.

De allí en adelante me permitieron aquel

entretenimiento; y yo vestido con un par de calzoncillos, con mis piernitas desnudas hasta las rodillas, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, enlodado hasta las cejas, trabajaba todo el santo día como un pequeño artista. Por la tarde volvía a la casa cargado de cuadrúpedos de toda especie: de coches, de automóviles, de casitas, de fusiles, de estatuas, etc. etc. Los colocaba luego en un armario, que mi madre había dejado a mi disposición, y en poco tiempo llegué a formar el primer museo zoológico de mi pueblo.

Una tarde mi madre, queriendo proporcionarme un triunfo debido a todo artista, llamó a mi padre y le dijo: Ven a ver qué maravillas sabe hacer nuestro Toñito; y le llevó a ver mi museo.

¡Cómo! exclamó mi padre, al ver todos aquellos juguetes, ¿es posible que este par de bueyes, ese arado y este corderillo hayan sido hechos por él? ni me dan ganas de creerlo.

Y sin embargo puedo asegurarte que todo lo que ves aquí es obra de sus manos.

Yo, entretanto, estaba espiando por el ojo de la llave y me moría de contento.

Y dónde está ahora mi Toñito, preguntó mi padre.

Aquí estoy, papá, contesté yo dejando

al instante mi escondite y corriendo a echarme entre sus brazos.

¡Qué abrazo tan cariñoso me dió entonces y qué beso tan sonoro estampó en mi frente! Ni esto fué todo; desde aquel día empezó a tenerme más cariño y no quería que se me hablase de otra cosa sino de arte.

Se ve claramente, me decía, que tú, hijo mío, tienes vocación para artista; procura ser perseverante.

Tuve también grandísimo amor a la pintura; tanto que en mi casa no había puerta, ni ventana, ni pared que no mostrase alguna señal de mis dibujos. Y eran figuras, no garabatos cualesquiera.

Un día se me antojó hacer el retrato de un siervo nuestro y, aunque con las narices algo exageradas, llegué a reproducirle de modo que todos le conocían. Todos, hasta las personas más serias que vieron mi obra, rieron con gusto. El único a quien no gustó fué al señor criado, pues desde el día en que vió reproducida su poco agradable figura, se me puso de malas; y cada vez que mis miradas se encontraban con las suyas, parecía decirme: El momento de la venganza se aproxima.

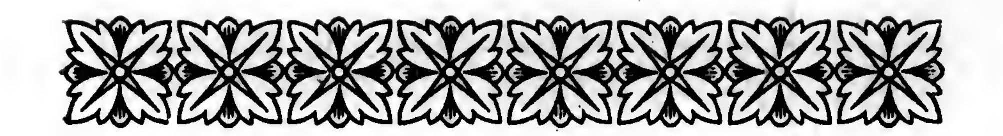
Del mismo modo y tal vez con más amor que los demás, manifesté en mis tier-

nos años una fuerte inclinación al sagrado misterio de los Altares.

¡Oh! qué gusto me daba, cuando circundado de mis feligreses, me dedicaba con todo esmero a la edificación de iglesitas, altarcitos y hasta a ejecutar, sin ministerio alguno, verdaderas funciones religiosas. Y ponía en ello tanta atención y lo hacía con tanta seriedad, que en los días de fiesta acudía a mi iglesita bastante pueblo de mi misma edad, se entiende, y asistía con bastante devoción a la misa que yo celebraba, revestido de todos los indumentos sacerdotales. Y lo hacía todo con grande aparato, con todas las ceremonias, que hubiera parecido una profanación a no haber sido por la inocencia e ingenuidad con que lo hacía.

Por esto mismo creo que el buen Dios me perdonaría y miraría con amable complacencia toda la ingenuidad de mis acciones, disponiendo que éste y no otro fuera el sendero de mi vida.





IV.

Una Venganza Infantil

Como quiera que mis travesuras de los primeros tres o cuatro años están registradas ya en mis memorias del olvido, y poco o ningún mérito tienen delante de los ojos de los hombres, voy a contar a mis amiguitos lectores una de las hazañas que tuvieron su desenlace in illo tempore, es decir, cuando empezaba ya a pensar con mi cabecita y mi pobre humanidad comenzaba a experimentar los tristes efectos del pecado original.

Hay que saber, pues, que, como llevo dicho, el señor criado, a quien no gustó mi obra maestra en el ramo de la pintura, no tardó en desahogar su mal refrenada pasión de la ira.

Un día, que ha quedado y quedará grabado en los fastos de mi historia con letras de anchuroso calibre, vuestro humildísimo servidor había acabado apenas de desayunarse y se entretenía en hacer ciertos experimentos en compañía de cierto animalito llamado vulgarmente gato; cuando, mientras estaba en lo mejor de la función, llega el señor criado y sin ton ni son, arrebata el animal de las manos del inspirado imaginador de proyectos.

El protesta enérgicamente, pero en vano. La hora de vengar sus ultrajadas narices había sonado. Tomando pues como pretexto el mal tratamiento del gato, y aprovechando de la ausencia de mi madre, usó arbitrariamente de su fuerza. Yo tuve que sufrir aquella mala pasada y beber hasta las heces aquel amarguísimo cáliz; pero aquellos palos y trompadas de carácter meramente democrático y plebeyo, no dejaron de despertar en mí los instintos de la cólera yde una terrible revancha, que empezó pocos momentos después y tuvo su cumplimiento en la noche.

Cuando la terrible tempestad se hubo desencadenado con todo su furor, volvió la calma y el señor criado pensó en disponer los utensilios para irse al campo.

Mientras tanto su pobre víctima, aun-

que algo trastornada, pudo acordarse que entre sus armamentos de guerra tenía una flecha; fué a buscarla, la encontró, esperó hasta que vió salir a su enemigo y le siguió procurando no perder su pista.

Cuando le vió a una distancia conveniente y en lugar seguro, disparó su arma y el dardo fué a pegar en la pierna derecha de su adversario.

El pobre al recibir el golpe, lanzó un grito de dolor y volteó para ver si descubría al perseguidor, más viendo que era inútil toda investigación por la dificultad del lugar, siguió su camino, no sin miedo de nuevas descargas, pero sin pensar que lo ocurrido no era más que el prefacio de lo que iba a pasar en la próxima noche.

Esta llegó; el criado volvió del trabajo, cenó en santa alegría y cada quien fué al lugar de su descanso.

Después de media hora en la casa todos dormían. He dicho mal, todos menos uno, y ese uno era el terrible vengador de una injuria artística.

Apenas pude suponer que mi adversario estaría descansando de sus fatigas en los amorosos brazos de Morfeo, fué la mía. Valor, me dije; ahora se va a ver todo mi talento, y puse en seguida manos a la obra,

no invocando más auxilio que el que me aconsejaba mi astucia.

Cogí un lazo bastante potente contra incendio, marea, flujo y reflujo etc., etc. y aprovechándome del descanso nocturno de mi enemigo, le até una pierna a la cama. En seguida, procurando no hacer ruido, traje sillas, cajas, baules, bancos, canastas . . todo en fin lo que me vino a las manos, y amarré todo unos con otros.

Luego traje también a Mister Buff, pues también él, según mi raciocinio, era culpable, lo amarré por el apéndice capilar a la otra pierna del criado, y, satisfecho al pronto de mi plan, dispuse todo al rededor de la cama en línea de tiradores.

Me retiré en seguida a mi cuarto, cerré la puerta; la atranqué con una buena estaca hasta creerla una petit Verdun y fuerte contra toda especie de cataclismo y temblor; luego me fuí a descansar.

Mas he aquí que a eso de la media noche, despierto de sobresalto, empiezo a oír desesperados maullidos, voces humanas y derrumbes. Al principio me parece soñar la toma de Jericó, más luego me apercibo que no es sueño el mío, sino la más pura de las realidades.

¿Qué había sucedido pues? O mejor

dicho, ¿que estaba sucediendo a pocos pasos de mi habitación? ¡Casi nada!

Monsieur al levantarse se atoró con la soga amarrada al pie de la cama, en seguida se halló con una triple hilera de sillas, de cajas, de cajones, de bancas y banquitos, y fué tal el susto que se llevó, que creyó llegado el fin del mundo y la hora postrera de su existencia.

A todo esto se añadían los desgarradores padecimientos y molestias de Mister Buff, que al verse machacado y tan cruelmente asaltado por todas partes, empezó a reclamar enérgicameute sus inviolables derechos, y a descargar todas sus armas contra el protagonista de aquella penosa escena.

Mientras tanto el célebre inventor de tan estratégico plan ¿sabéis lo que hacía? Se moría de risa en su bien abrigado nidito; no sin ocuparse en el estudio de otro plan, para no capitular, si se hubiese atentado el asalto contra la que creía inexpugnable fortaleza, pues a todos los tormentos y dificultades de su víctima se añadía la obscuridad completa y el encierro, habiendo pensado hasta en quitar los cerillos y en cerrar la puerta del adversario por el lado de afuera.

Con todo no quedó sepultado entre los

escombros, como me lo había figurado. Pude notar que la puerta de su cuarto se había abierto; al poco rato oí repetidos golpes contra la mía y llegué a tener miedo. Esto aumetó grandemente cuando pude apercibirme de que la estaca iba cediendo y llegó un momento en que me creí perdido; pero en el trance más difícil llegó la autoridad y pudo restablecerse el orden. El proceso se dejó para el día siguiente a la hora nona, en que comparecerían los reos con sus respectivos testigos y padrinos en caso de duelo . . . .

Para no renovar tan tristes recuerdos dejaré de referir la descripción de la rigurosísima pena, limitándome a decir, que en el librito de mis memorias infantiles el hecho que acabo de relatar es recordado con estas simples palabras: «La mejor venganza es el perdón».

Ni concluyó todo aquí. El criado aunque tuvo la satisfacción de verme humillado a sus pies pidiéndole perdón, guardó algún rencorcillo, que no tardó en manifestar.

Algunos días después sucedió, que hallándose él en la huerta y habiendo penetrado en ella una gallina ajena, la mató de una pedrada, y, por mayor descaro, se la llevó a su dueña, diciéndole que la había matado yo.

Aquella mujer, que era precisamente la mamá de la niña que yo, o mejor dicho, mi caballo, atropelló pocos días antes, creyó al instante y vino a la casa con toda la furia de una bruja rabiosa para pedir venganza y hacerse pagar la gallina que traía consigo.

Mi padre escuchó el relato; lo creyó y tuvo que pagar a precio de oro el volátil, pero no accedió a la petición de la cruel señora, que, después de haber recibido la crecida recompensa, quería que se me diera una zurra en su presencia.

Tome su dinero y váyase, le contestó algo enojado mi padre; yo no acostumbro golpear a mis hijos, para satisfacer las pasiones ajenas.

Mi injusta perseguidora al oir estas palabras, dejó caer la gallina a los pies de mi padre y salió avergonzada.

Y el pobre inocente, que lo había sabido todo de ante mano ¿sabéis donde se hallaba en aquel peligroso trance?

¡Oh! ¡quién podría adivinarlo!

Estaba nada menos que metido en el costal del carbón.

Mi padre, cuando hubo salido mi cruel perseguidora, recogió del suelo la gallina y se dispuso a desplumarla. Y como no encontrara donde sentarse, le sirvió de silla

el costal del carbón, donde se hallaba cierta persona.

El pobre, al sentirse aplastado por tan enorme peso, aunque hubiera querido hacerse el muerto, no pudo hacer a menos de dejar escapar penosos lamentos.

El opresor se levantó al instante, agarró el costal por el fondo, y dándole una fuerte sacudida, vió salir de él, como por un efecto mágico, a un pequeño africano, el más negro del Africa; y mientras mi hermanita se echó a correr, mi padre se quedó mirándome casi asustado.

Luego, creyéndome verdaderamente culpable, sólo me dijo estas palabras: Si sigues a este paso, te vas a ir al infierno con todo y zapatos.

Pero me lo dijo tan enojado, que me pareció que la tierra se estaba abriendo debajo de mis pies, para tragarme vivo.

Me retiré en seguida cabizbajo al rinconcito donde acostumbraban castigarme toda vez que hacía alguna de las mías, y casi llegué a persuadirme de que todo aquello no podría ser sino un terrible sueño, del que esperaba despertar.

Pero era una triste realidad; y de ello me persuadí dos horas después.

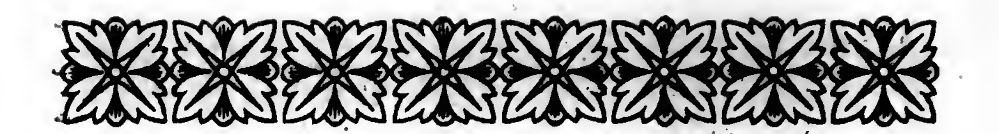
Mi padre continuó desplumando la gallina, la hizo guisar, y cuando llegó la ho-

ra de la comida todos se sentaron a la mesa.

Sólo yo no participé del afortunado banquete; y aquel domingo se trocó para mí en viernes de dolores.

Si el pequeño artista, mientras estaba llorando allá en su rinconcito, sin poder percibir ni el olor de las plumas, hubiese pensado que todo aquello no era más que un efecto de su obra maestra en el ramo del dibujo, hubiera anatematizado una vez más el arte de Rafaello; pero cuando llegó a saber que no había sido sino una consecuencia de su venganza infantil, se contentó con escribir en sus memorias lo que tenía ya apuntado: «La mejor venganza es el perdón»





V.

La Educación del Hogar

Muchos padres y madres de familia comprendiendo la grandísima obligación que tienen de educar a sus hijos, pero sin entender el verdadero sentido de la educación, lo primero que hacen es confiarlos a un colegio, o meterlos a la escuela, la mayoría de las veces sin saber si las personas, a quienes confían tan preciosos tesoros, son masones, protestantes o ateos. Por nada se fijan en todo esto, y así entregan aquellas prendas que Dios les ha dado y de que tendrán que dar estricta cuenta, a personas desconocidas; según ellos para que se instruyan y eduquen, pero en realidad, para que los perviertan, les enve-

nenen el corazón desde los primeros años, y sean después, no hijos dóciles y respetuosos, consuelo del hogar y honra de sus familias, sino vil instrumento del anarquismo, liberalismo, y de cuanto hay de perverso en la sociedad. ¡Pobres padres y madres! ¡Cuántas lágrimas tendrán que derramar únicamente por no haber pensado a tiempo sobre este punto de grandísima importancia, cual es la educación de sus hijos! . . . .

Ciertos padres y madres deberían pensar y meditarlo bien, que no basta educar e instruir de cualquier modo a sus hijos, sino que es preciso educarlos bién, educarlos antes que todo cristianamente; y que la primera educación, que debe empezar desde que el niño comienza a distinguir lo bueno de lo malo, se ha de impartir en el mismo hogar.

Cuéntase que allá en los tiempos antiguos de la civilización Greco-Romana, cuando un joven cometía cualquier delito, se le ajusticiaba imponiéndosele un castigo y luego, dejándole en libertad, obligaban al padre o a la madre a sufrir la pena.

Hacían bien; y así debería hacerse también en nuestros días, pues la causa de todos los crímenes que se cometen, está casi siempre en la mala educación que los ni-

ños reciben en sus primeros años.

Mis padres no eran nobles, ni ricos, ni doctos; eran de esos sencillos hijos del pueblo, de esos que viven del pan ganado con el sudor de su frente, que es el más sabroso; sin embargo comprendieron muy bien la gran necesidad de que los mismos padres, y no otros, han de ser los primeros educadores y maestros de los que han de formar un día su felicidad, y ser su apoyo, consuelo y precioso tesoro en la vejez.

Recuerdo que, aunque yo no veía el momento de ir a la escuela, mi madre me decía: No, hijo mío, todavía no es tiempo; hasta el año entrante, hasta que cumplas a lo menos seis años.

Mi cabecita no llegaba a comprender el motivo de ese retardo, pero sí lo comprendía ella, como ahora, después de haber madurado un poco al sol de la experiencia lo comprendo también yo.

Y he aquí en qué consistió mi primera educación. Mi madre junto con las palabras mamá y papá me hizo aprender los nombres de Dios y de María; de Paraíso e infierno, y cuando me cogía en el acto de hacer alguna travesura, en lugar de golpearme, como hacen muchas madres, me cogía entre sus amorosos brazos, me estrechaba fuertemente contra su pecho y me

decía: ¿Por qué haces eso? ¿No sabes que es pecado? ¿No sabes que los niños malos van al Infierno y que Dios no recibe en el Paraíso a los traviesos, sino que los condena a padecer para siempre entre las llamas?

Y a ese Dios, de quien me hablaba tan a menudo, me lo hacía conocer mostrándome el cielo tachonado de estrellas, llevándome desde pequeñuelo a oír la Santa Misa todos los días de fiesta y haciéndome santiguar todas las mañanas al levantarme y por la noche cuando me iba a dormir.

Qué espectáculo tan hermoso presentaba nuestro humilde hogar, cuando mi padre, de feliz memoria, más de una vez, después de cenar empezaba a hablarnos de Dios, de la vida futura y de tantas otras cosas que no recuerdo. Ahora, después de tantos años de haberle perdido, cuando pienso en lo que muchas veces me decía, me lo represento cual otro Tobías, cuando al dar sus últimos recuerdos a su hijo le decía: Acuérdate, hijo mío, del buen Dios todos los días de tu vida y procura no caer nunca en pecado o haciendo lo que Dios nos prohibe, u omitiendo el bien, que Él pide de nosotros. Antes de hacer cualquier cosa piensa en que Dios te está mirando, pues está en todas partes. Aprende, hijo

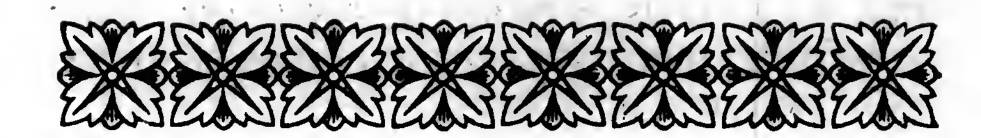
mío a bendecir al Señor de todas las cosas y ruégale que todas tus acciones sean según su santa voluntad.

Lo que no quisieras que te hiciesen a tí, no lo hagas tú nunca a los demás. Sé caritativo para con los pobres y Dios tendrá misericordia de tí. Haz limosna según lo permita tu estado: si fueres rico, da al pobre abundantemente, si pobre, da poco, pero de buen corazón.

Huye como la peste de las malas compañías y pide consejo a las personas amantes de Dios.

Si no tales precisamente, muy parecidos a éstos eran los consejos e instrucciones que también yo recibía durante mi educación del hogar; y al pensar que tal vez no he sabido aprovecharlos lo bastante, casi me vienen las lágrimas a los ojos.

Yo deseo que vosotros, oh amados jóvenes, saquéis más provecho que yo de las buenas enseñanzas de vuestros padres y podais de este modo encontrar menos espinas que yo en el camino de la vida; y ser felices vosotros, y hacer dichosos a los que sean compañeros vuestros en este mísero destierro.



VI.

Día Memorable

Como en la historía de cada nación y de cada pueblo, así en la vida de los individuos hay ciertos acontecimientos que descuellan sobre los demás y dejan una impresión especial en la mente, triste o agradable, conforme lo haya sido el mismo hecho.

También en el librito de mis memorias hay una página, una página de oro, y voy a reproducirla, no sólo para contraponerla a otras páginas tristes, sino también para volver a saborear a lo menos en parte las dulces emociones que experimentó mi corazón el día en que tuvo su cumplimiento.

¡Qué brillante fué la aurora de aquel día tan feliz!

¡Qué majestuoso apareció el sol en el Oriente la mañana aquella de mayo, en que mi alma, tan pura entonces e inocente, iba a unirse, por vez primera, en dulce éxtasis del más puro y santo amor con su Dios.

Y no era yo solo el que iba a participar del celestial Banquete. Otra criatura, con seguridad más digna que yo, iba a gozar por vez primera de los inefables encantos del Divino Amor. La campana de la iglesita, más armoniosa y vibrante de lo acostumbrado, daba ya la última señal que llamaba los fieles al Santo Sacrificio, cuando una niña de pocos años y un niño, vestidos de blanco y acompañados de sus padres, entraban por la puerta mayor de la casa de Dios e iban a colocarse lo más cerca posible del altar. Este, como toda la iglesia, estaba adornado pomposamente, pues se conmemoraba el día en que el Dios humanado, sacudiendo por su propia virtud el sueño de la muerte, volvía glorioso y triunfante al seno de su Padre amoroso.

Poco después de nuestra llegada empezó la Santa Misa.

Mi hermanita se quedó junto a la mamá, para que la dispusiera lo mejor posible a recibir a Jesús, y otro tanto hacía mi padre conmigo.

Cuando la misa llegó al punto de la

Elevación, mi padre me hizo mirar la hostia Santa y me dijo: Ves, hijo mío, que pura y blanca es; eso que ves ya no es pan, sino el Divino Jesús en cuerpo, alma y divinidad; y esa blancura indica la pureza de que han de ser revestidas las almas que le van a recibir.

Yo espero que así sea la tuya, hijo mío, sin embargo pídele una vez más al buen Jesús que la purifique todavía más; para que baje con gusto a tu corazón y ponga en él su morada. Yo repetí entonces una por una las palabras que él me iba sugiriendo y al fin llegó el suspirado instante.

El Sacerdote volteó y dirigiéndose en modo especial a los que iban a ser a los pocos instantes morada santa del Rey de reyes pronunció un breve y sentido discursito, con el cual nos hizo comprender siempre más toda la solemnidad del acto. Cuando hubo concluído, volteó hacia el altar, tomó en sus sagradas manos la Hostia Santa y nos comulgó.

Mi hermanita y yo volvimos luego al lado de nuestros padres, los cuales estrecharon nuestras cabecitas contra su pecho y nos murmuraron al oído palabras sencillas, sí, pero que encendían siempre más en nosotros aquel incendio de amor, que

devora tanto a los niños cuando se enamoran de Jesús.

Cosa imposible es para mí reproducir con palabras toda la suavidad, todo el gozo, el encanto y felicidad que yo experimenté en aquellos momentos y en todo aquel día de paraíso. Sólo digo y lo diré siempre que aquel ha sido el día más feliz de mi vida . . . . que no olvidaré nunca y que daría mil mundos para volver a gozar un solo instante de aquella dicha inefable.

Aquel día en mi casa se hizo gran fiesta, pero cuando en los ratos de tristeza vuelve a mi mente la felicidad experimentada el día de mi primera Comunión, no es la fiesta exterior la que viene a endulzar mis penas, sino más bien la fiesta que celebró mi alma, unida estrechamente con su amorosísimo Jesús.

Esta y no otra es la fecha que recuerdo yo con gusto; ésta y nada más,

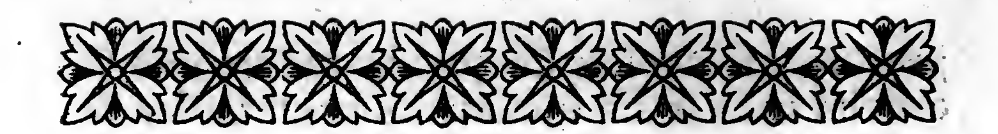
En mi casa aquel día se banqueteó, hubo música y cantos, pero no es esto lo que en los momentos de amargura da paz y sosiego a mi alma, sino el haber tenido la dicha de disfrutar ya en ésta vida momentos de paraíso.

Mi alma se ha entristecido y ha llorado a veces, pero no por que le hayan faltado los alegres acordes de la música, los

cantos y exquisitos manjares de aquel día, sino porque le ha faltado la tranquilidad, el sosiego y la paz de que disfrutó en compañía de su amado Salvador.

Cuando en las horas de desaliento pienso en todo esto, nace al instante otra idea consoladora en mi mente y digo: Si en el penoso camino del desierto de la vida se encuentran tan encantadores oasis, tan refrigeradoras fuentes y praderas tan floridas ¿qué será aquel Paraíso de delicias inefables? ¿qué será aquella mansión de dicha sín fin?!..........





VII.

No hay rosas sin espinas

¡Qué verdadero y tan tristemente acertado fué para mí este refrán!

Sólo un mes había pasado desde el día de mi primera Comunión, cuando aquella rosa de alegrías y encantos, que había brotado en el jardín de mi corazón, un día se marchitó, perdió de improviso sus hermosos colores y sólo presentó a mi vista agudísimas y punzantes espinas.

Todo lo recuerdo aún; era una tarde del mes de junio, los últimos rayos del sol iluminaban con sus plácidos resplandores el lecho en que yacía mi padre moribundo, y mi madre, mi hermanita y yo, echados de hinojos a un lado de su cama, íbamos a

presenciar dentro de pocos momentos la escena más triste que pueda contemplar un pobre mortal.

El médico, después de haber hecho recibir al enfermo los últimos auxilios que ofrece a sus hijos la religión cristiana, se fué persuadiendo de que sólo quedaban al enfermo pocos momentos de vida.

No se engañaba. Pocos instantes después de haber salido, mi padre, pareció como despertar de un ligero sueño, recogió todas las pocas fuerzas que le quedaban, se incorporó tantito, abrió los ojos, nos miró a todos, adquirió un momento de serenidad y con débil voz exclamo: Me siento desfallecer . . . siento que las fuerzas me abandonan por completo . . . temo que ésta noche sea la última, que el buen Dios me conceda. Siento mucho el tener que dejaros, pero veo que es preciso que yo también pague el tributo a la muerte.

Luego, cogiendo una de mis manos entre las suyas, continuó: Adiós, hijo mío, no te olvides de lo que tantas veces te he dicho, que tienes que estudiar, para que seas el apoyo de tu madre y de tu hermanita; y tú, hija mía, no te separes nunca del lado de tu madre, reconcentrando en ella también el amor que tenías a mí.

No os digo adiós para siempre, porque,

si sois buenos, espero volveros a ver y estar con vosotros en la otra vida.

Yo tengo confianza en que el buen Dios me recibirá en su santa gloria y allá rogaré por vosotros.

De parte vuestra procurad ser siempre buenos, amaos mutuamente mas sobre todo amad sobre todas las cosas a ese Dios tan bueno, que os dejo como Padre, y El cuidará de vosotros.

Amad también con toda vuestra alma a la Virgen Santísima; acudid a Ella en todas vuestras necesidades de alma y cuerpo, con la seguridad de que os concederá todo cuanto le pidais, siempre que sea en provecho de vuestras almas. . . .

Dicho esto pareció que las últimas fuerzas le abandonaban por completo, cerró poco a poco los ojos, exaló un profundo y prolongado suspiro, empezaron a contraerse sus facciones, el rostro iba perdiendo sensiblemente toda señal de vida, la respiración iba haciéndose cada vez más esforzada, abrió por vez postrera los vidriados ojos, los volvió a cerrar; abrió convulsamente la boca dejando escapar el último suspiro, se estremeció de pies a cabeza . . había muerto. . . . . . .

Mientras tanto una niña y un niño lloraraban amargamente; y comprendiendo el

dolor de que estaba destrozado el corazón de su pobre madre, se estrecharon fuertemente a su seno, como dos tiernas flores marchitas, que buscan apoyo en la planta de que han nacido. . . . Y ¿qué les quedaba ya en el mundo, sino llorar a aquel padre tan bueno que no había sabido hacer más que amar a las creaturas que Dios le había concedido en premio de su amor? . . . . Al poco rato acudieron varias personas y parientes, y oímos de sus labios palabras de consuelo; pero hay ciertas penas, que nada hay en el mundo capaz de suavizar o disminuir.

Un tío nuestro, después de no pocos esfuerzos, logró arrancarnos de los brazos de nuestra madre y nos llevó a su casa, para pasar allí aquella noche sin estrellas.

Al caer de la tarde del día siguiente mi hermanita y yo, tristes y desconsolados, como los que han perdido su más grande tesoro sobre la tierra, nos paseábamos, acompañados de una criada, por las orillas de un campito algo retirado de la población, y no muy lejos de la iglesita que teníamos a la vista. Yo guardaba silencio y mi hermanita callaba también. Mas de repente el lúgubre y acompasado dan dan de la campana, llamó nuestra atención, y dirigiendo nuestras miradas hacia donde

venía el sonido, vimos salir un cortejo fúnebre. Nos miramos entonces uno a otro sin pronunciar palabra, sentimos los dos toda la amargura experimentada la noche anterior, nuestros ojos se llenaron de lágrimas, y caímos de rodillas abrazados uno contra otro, para seguir llorando nuestra desventura, ...

Entre tanto la noche empezaba a extender por el mundo su negro manto y una que otra estrella aparecía en el cielo.

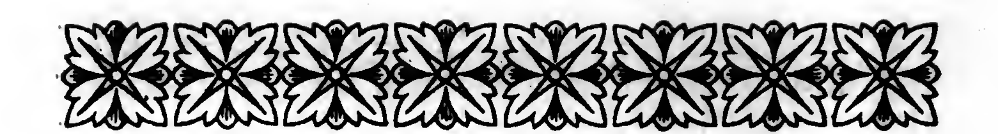
La criada mandó con pena que nos levantáramos; hizo todo lo posible para devolvernos la alegría, y nos llevó a entregarnos a nuestra pobre madre.

Ella al vernos nos abrazó con todo su cariño maternal, nos murmuró entre sollozos algunas palabras y terminó con el último recuerdo de nuestro padre: «Acordáos que allá arríba tenéis a otro Padre, que cuidará de vosotros».

¡Qué triste es ver el interior de los más suntuosos palacios después de haber sacado el frío cadáver de una persona amada, o del que fué sostén y único apoyo de la familia! Pero más triste aún es ver sentados, al rededor de un hogar medio apagado, a una mujer enlutada en medio de una niña y un niño cuyos ojos están enrojecidos por el llanto, y el corazón hecho pe-

dazos por la pérdida de un padre el más bueno.





VIII.

Por el camino del saber

Después de la muerte de mi padre sentí más que nunca el deseo y la tendencia al estudio, y un día me resolví a hablar de ello a mi madre.

Si supiera, le dije, qué envidia me da ver a tantos niños más chicos que yo correr mañana y tarde a la escuela. Si Ud. me lo permitiera, con qué gusto iría también yo.

Sí, hijo mío, ya he pensado en ello, y tu deseo se va a cumplir dentro de poco.

Esta contestación me hizo experimentar grande alegría y al notarla mi madre, me dijo:

Veo con gusto que el camino por el cual vas a dirigir los primeros pasos se te

presenta tapizado de flores; pero sábete, que esas flores son fruto de muchas lágrimas y suspiros.

No os comprendo, mamá.

Quiero decir que la carrera de los estudios es muy penosa y difícil, que requiere muchos sacrificios, pero tú, hijo mío, lo sufrirás todo con paciencia, ¿no es verdad?

Yo comprendí entonces que mi madre quería saber si en mi pecho latía un corazón generoso y contesté resueltamente:

Sí, mamá, estoy dispuesto a todo.

Sin embargo, ese «todo» no era sincero.

Mi inclinación al estudio era grandísima y me parecía, que, si algo de felicidad puede hallarse en el mundo, yo la hubiera encontrado en él; mas cuando ocho días después se me comunicó la noticia de que tenía que emprender un viaje, llegué a arrepentirme de mi deseo. El pensamiento de que tenía que dejar a mi madre y dar un adiós a todo cuanto había formado hasta entonces las delicias de mi corazoncito, destruyó en un instante en mí, todo el atractivo que hasta entonces había tenido para los estudios y envidiaba a los que nunca habían pensado en aprender las letras.

Y cuando supe que ya no había más remedio y que esa separación iba a verifi-

carse dentro de poco, sentí que se me arrancaba a pedazos el corazón . . . no pude contener las lágrimas, y lloré . . . Lloré como llora la tierna rama, que en el floreciente mayo es desgajada improvisamente del árbol que le dió vida, para ser arrojada lejos.

Pero todo fué inutil. Mis lágrimas no tuvieron más efecto que el de manifestar todo el amor que tenía a mi madre, y cúan triste es para un niño el abandonar el pueblito, donde ha nacido, y el hogar donde ha soñado un porvenir de paz y tranquilidad.

Un día, el menos esperado, mi madre me hizo levantar antes de la hora acostumbrada, me hizo poner un trajecito negro, y poco después empezaron los preparativos. ¿Donde está la maleta? decía mi madre a la criada ¿Ya pusiste todo el equipo en el baúl? Pronto amarra el colchón. Mira que no se te olvide alguna cosa. Anda, ve a ver si la diligencia está lista.

Mientras tanto yo, cuyo estado de ánimo dejo imaginar al lector, víme rodeado de nuestros parientes más íntimos; de todos los miembros de mi estado mayor y: ¿Adonde vas? decía uno; ¿cuándo volverás? preguntaba otro; pero el ex-general, cual otro Napoleón, serio y meditabundo, no daba ninguna respuesta y sólo pensaba en el próximo viaje, no a Santa Elena, pero sí al

Santo Colegio.

De allí a poco llegó la diligencia; Mi madre, viendo que no se podía esperar más, me arrebató de entre mis compañeritos, estampó un beso en mi frente, dejando caer sobre mis mejillas una lágrima, y me murmuró al oído algunas palabras que por la conmoción del momento no pude tener en la memoria, pero estoy seguro que deberían ser estas: «Procura ser respetuoso y obediente, y ama a tus superiores, como a tus padres.»

Pocos minutos después la diligencia corría a todo escape, y el pobre Toñito pronunciaba en secreto el discurso de despedidida.

Adiós, oh Virgencita blanca de mis ensueños; tal vez no me verás más recogiendo las rosas y blancos claveles, para llevártelos a tí; tal vez por algún tiempo no me verás correr tras las mariposas y detenerme de improviso, para ofrecerte otras flores, las que brotan en mi corazoncito; tal vez no podré verte más, sino en el cielo; pero te llevo impresa en mi corazón. Adios, madre querida, llama de amor, que nunca jamás llegará a estinguirse en mi pecho.....

Adios, compañeritos de mi edad tierna, yo no tomaré más parte en vuestros inocentes juegos, pero no os olvidaré nunca.

Adiós, oh amada cuna de mi existencia. donde tan pronto se deslizaron suavemente mis primeros años y los días más felices de mi vida . . . . . . Adiós . . . .
. . . .

Mi tío, que me acompañaba al Colegio, viéndome tan pensativo y triste, quiso interrumpir nuestro silencio, y me dirigió la palabra en estos términos:

Vamos, muchacho, no te quieras morir de tristeza, ¿acaso no era todavía tiempo de dejar las faldas de tu madre? Demasiado te dejó engordar; tus primos a tu edad ya se ganaban el pan trabajando conmigo en el campo y tú . . . . .

Lo peor es que todavía te manda a calentar bancas en el Colegio y a gastar dinero inútilmente. Si fueras mi hijo. . . . .

De todos modos es tiempo ya de que hagas juicio; procura que tu madre no gaste de balde. Estudia y piensa que si dentro de tres o cuatro años no eres abogado o doctor, o a lo menos maestro de escuela, tendrás que volver al pueblo y así podrás ayudarme en las faenas del campo. Pero lo más que te recomiendo es que no se te ponga en la cabeza hacerte cura, pues ya hay bastantes, y hasta demasiados de esos. . .

Imagínense mis amiguitos lectores la impresión que estas palabras producirían

en mí; ya tan triste y afligido por la separación demasiado brusca de aquel día sin sol para mí.

Cuando mi tío acabó de hablar, tenía menos ganas que antes de entablar conversación con él, sin embargo me hice ánimo y le contesté.

. Si, tío, haré todo lo posible para corresponder a los sacrificios de mi madre.

A eso de las cinco de la tarde llegamos como Dios quiso a mi nueva morada.

Apenas bajé de la diligencia vi delante de mí un portón grande, fuerte, como el de una carcel y pintado de negro como el del infierno.

Encima de él veíase un rótulo que decía: «Pensionado para niños» pero para mí quería decír: «Carcel de los inocentes.»

Mi acompañante jaló sin más una cadenita que colgaba de un lado y al poco rato se presentó el portero. Este, viendo que se trataba de un nuevo inquilino, nos hizo entrar y nos llevó a una sala bien adornada y elegante, pero para mí, pajarito del campo, demasiado estrecha.

De allí a poco llegó otro señor saludó primero a mi tío y luego a mí, por lo que me inspiró algo de confianza.

Este, le dijo mi tío, señalando a mí, es el niño A. M. que se matriculó pocos días

hace por medio de una carta de su mamá. Yo hice todo lo posible para que me lo dejara, para cuidarme unas vacas que tengo, pero no quiso. Paciencia . . . . .

Se lo digo en confianza, el muchacho es muy torpe; Ud. mismo de aquí a algunos días verá si no tengo razón; y me haría un grandísimo favor si lo manifestara en seguida a su madre, para que . . . no gaste el dinero inútilmente.

El señor, que parecía, y era en realidad una persona respetable, contestó cortesmente a su interlocutor, que tendría en cuenta sus palabras; y luego, recibiendo de él la primera mensualidad, se despidió, para ir a añadir un pájaro más a los que tenía enjaulados.

Quien el día siguiente hubiese entrado a la clase de primer año elemental, en la primera banca del frente, hubiera divisado desde luego a un niño pobremente vestido sí, pero sin nada que indicase descuido o falta de aseo. Su semblante, serio y modesto, revelaba que algo triste pasaba por su mente: y en realidad era así.

El profesor, o mejor dicho, el hombre más bueno que yo he conocido, fijó sus miradas en el niño y al ver que dos grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, se le acercó, le hizo salir de la banca, lo llevó a

su escritorio y le preguntó el por qué de su tristeza.

El niño, hizo un esfuerzo para hablar, pero el llanto le ahogó la voz en su garganta y no pudo.

El maestro conoció entonces que esas lágrimas no eran simplemente lágrimas, como lo son la mayoría de las veces en los niños; sino que eran gotas de sangre desprendidas de un corazón herido por la espada del infortunio. Pudo persuadirse de que no lloraba únicamente por la separación de la familia, sino que a ello debían agregarse otras penas. Pensó que el niño, que tenía delante, regando el piso con lágrimas de fuego, podría haber perdido al padre, podría ser huérfano, solo en el mundo; y arrimando su cabecita a su corazón, todo amor, la estrechó con tanto cariño a él, que el niño se sintió feliz.

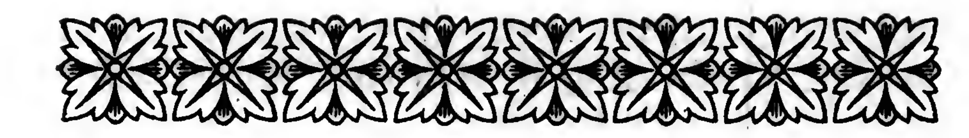
¡Qué dulce es para un corazón destrozado por el dolor, rozarse con otro, que es un abismo de amor!. . . . .

El niño en aquel momento olvidó la pérdida de su padre, la separación de su mamá, y lo que fué causa de sus lágrimas, o sea aquellas palabras poco recomendables de su tío: «Se lo digo en confianza, el niño es muy torpe . . . será dinero gastado inútilmente. . . . si ve que no es capaz

me hará un grau favor en escribírselo a su madre y así podrá servirme para cuidar unas vacas que tengo».

Mi buen maestro me dejó disfrutar por algunos instantes de aquella dulce paz, y cuando vió que la tempestad de mi corazón se hubo calmado, me mandó de vuelta a mi lugar diciéndome: No llores, pobre niño, pues allá arriba tenemos todos a un Padre amoroso, que nunca desampara a los que confían en El.





IX.

Una lección de la vida

Desde el día en que mi amado maestro, supo que yo era huérfano de padre y puso mi corazoncito en contacto con el suyo, yo me sentí otro.

La vida del colegio, tan pesada en los primeros días, empezó a gustarme y dentro de poco llegó a parecerme la más agradable. El saber que entre sus paredes había un hombre que me tenía todo el cariño de un verdadero padre y la consideración de que dirigía los primeros pasos por el camino del saber, era para mí el colmo de la felicidad. Aquella página de palotes, que mi buen maestro me asignaba diariamente, la hacía con grandísimo empeño, ya para

recibr una palabra de aliento de parte del profesor, ya para corresponder a los sacrificios de mi madre.

Después de algún tiempo, además de la página de palotes, se me asignó media plana de pura *i*, luego de pura *o* y por fin de las dos juntas. De modo que mi trabajo iba aumentando, y mi manita, tan pesada y temblorosa al principio, fué tomando cada vez más práctica en el manejo de la pluma.

Recuerdo muy bien que la mañana en que presenté al profesor mi primera plana de pura *io*, después de haberla examinado detenidamente, me miró con cariño y me dijo: Está bien, este cuaderno procura tenerlo limpio para mostrárselo a tu tío cuando venga a verte.

Todo esto, y el tener que vivir en compañía de un centenar de otros tantos diablillos, de los cuales yo era el Lucifer, hacía que para mí el colegio estuviera lleno de mil atractivos, hasta creerme en un verdadero paraíso terrenal, donde el vivir era parecido a uno de esos sueños fantásticos y encantadores, del cual no se desearía despertar nunca.

Sin embargo en ese jardín de delicias faltaba lo mejor; es decir, el Arbol de la Vida y demás manantiales del agua de la gra-

cia, para que aquellos tiernos arbolitos recibiesen más frescura y vigor . . . . .

Y pensar que todo aquello no era más que la aurora de un día hermosísimo que iba a proporcionarme uno de los más dulces recuerdos de mi niñez.

El primer bimestre se pasó a la carrera, el segundo volando y casi sin apercibirme llegaron los semestrales.

El resultado de mi parte, perdóneseme este grandísimo acto de soberbia, fué bastante consolador. Salí nada menos que el primero de la primera clase elemental. Y saqué mi premio y mi diploma, con sus «Muy Bien» y con las respectivas firmas, comprendida la de mi maestro, que para mí era la de más valor.

¡Qué bien recuerdo aquella fecha tan memorable! , ...

Era el 16 de abril de 1899, día dedicado en el Colegio a la distribución de los premios, cuando mis condiscípulos, mi querido profesor y yo nos dirigíamos al salón donde iba a verificarse el acto.

La función empezó luego. Yo que nada sabía de mi próximo triunfo, me senté entre los demás diablillos de mi categoría, y, aunque poco o nada entendía, escuchaba con bastante atención los breves discursos y declamaciones que los profesores y

alumnos pronuciaban.

Cuando hubó concluído la parte declamatoria, siguió un momento de perfecto silencio, y al poco rato se empezaron a nombrar los premiados, comenzando por los cursos superiores.

Después de tanto esperar se llegó a los de primer año.

Yo que hasta entonces me había quedado escuchando con cierta indiferencia, al oir nombrar mi sección concebí y acaricié una dulce esperanza, y he aquí que el primer nombre que se oyó fué precisamente el mío.

Al principio pensé luego en una equivocación del que leía los nombres, y hasta llegué a pensar que se trataría únicamente de una broma, pero al poco rato ví que mi maestro me invitaba a salir de mi lugar, y entonces no me quedó ya ninguna duda.

Fuí pués a recibir aquel premio, debido más que a mis méritos, a la bondad de mis superióres, y cuando lo tuve en mis manos me sentí verdaderamente ebrio de felicidad, pareciéndome que en el mundo no podría haber otro más feliz que yo.

Pero bien pronto tuve que experimentar que aquí abajo no puede haber dicha verdadera, y que la mayoría de las veces a la dulzura de un placer momentaneo siguen indecibles amarguras.

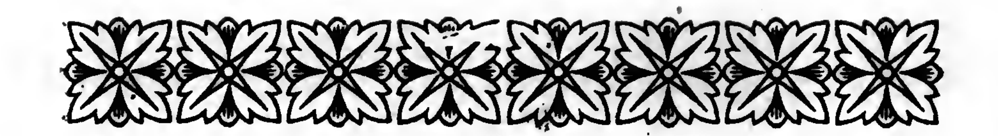
Por vez primera comprendí que todo goce terrenal tiene un término inesperado, y que entre las pocas rosas que nos es dado hallar en el camino de la vida, no hay ninguna sin espinas.

En el momento mismo en que volvía a mi lugar, mientras algunos me felicitaban y querían recibir en sus manos mi hermoso premio, no faltaron los que manifestaran su gusanito roedor de la envidia, hasta el punto de hacerme llorar.

Qué chiste, decía uno, de ese modo cualquier tonto puede sacar premios. Si no fuera tan patillero . . .

Que le aproveche, decía otro, yo no quiero de esos premios ganados de esa manera. Se lo han dado en recompensa de los pollos que su madre manda de vez en cuando a los superiores. ¡Premios comprados! para qué los queremos, gracias, gracias!.....

La conclusión fué que yo salí de la fiesta llorando: y apenas me fué posible, apunté en el librito de mis memorias esta primera lección de la vida, perdonando de todo corazón a los que me hicieron comprender ya desde entonces, que los triunfos y glorias mundanas no son más que humo, y que es una locura ir en pos de ellos, olvidando la verdadera y eterna dicha del Cielo.



X.

Vientos contrarios

Las lágrimas caídas sobre el cartoncillo dorado del librito recibido en premio de mis primeros sudores escolares se secaron pronto, pero dejaron allí la señal, y fueron como los primeros crespones de una salvadora tempestad, que llevando y atropellando entre sus enfurecidas olas a la barquichuela de mi existencia, no la dejaron hasta hacerla entrar al tranquilo puerto de su salvación.

Aquel camino tapizado de flores, por donde me había encaminado, se me cerró de improviso, y tuve que dirigir mis pasos por senderos sembrados de abrojos y espinas.

Ocho meses apenas habían transcurri-

do desde mi ingreso al colegio, cuando una tarde, a eso de las cinco y media, entró al salón de estudio el secretario del Director, el cual mandaba decir al asistente, que dejara salir al niño A. M.

El mismo que llevó la orden fué a mi lugar, me hizo recoger los pocos libros que tenía, y me ordenó que le acompañase.

Llevóme al cuarto de mi profesor y me dejó allí, diciéndome que esperara a mi maestro, el cual me diría lo que tenía que hacer.

Cuando estuve solo, en mi cabecita empezaron a bullir mil dudas, y al pensar que tal vez por una nueva desgracia, tendría que abandonar el colegio, sentí un interno extremecimiento y se apoderó de mí un indecible mal estar.

Al poco rato pude percibir la débil articulación de las palabras de una voz que me parecía conocer. Fijé un instante la atención, noté que la voz no podía venir sino del cuarto contiguo, que era el del Director y me puse a escuchar.

Al principio sólo oía una que otra palabra, pero poco a poco la conversación fué haciéndose cada vez más animada, de modo que pude oír claramente lo que se decía y conocer a los interlocutores.

Comprendo y aprecio toda la bondad

de sus corazones, decía mi tío, pero el niño no puede estar más en éste establecimiento.

Pero si le aseguro que no tendrá que pagar ni un centavo, ¿por qué se lo ha de llevar?

Vamos, seguía diciendo mi profesor, Ud. ha dicho que su madre le saca porque no puede pagar más su pensión; ahora bien, si el Sr. Director y yo nos comprometemos en tenerle aquí sin que pague,¿por qué quiere absolutamente llevárselo?

Porque su madre, contestó mi tío, levantando más la voz, aunque vive, es como si estuviera muerta, y por lo mismo el niño ha sido confiado a mis cuidados. Ella misma me ha encargado de sacarle y de hacer de él lo que quiero; luego son inútiles todas sus generosas promesas y razonamientos; el muchacho tiene que volver con migo al pueblo, ¿entiende?

Estas últimas palabras fueron para mi como un trueno nocturno, que después de haber asustado con su ruidoso estruendo y vislumbrado con la luz siniestra del relámpago que le precede, deja en completa obscuridad, para que no se vean los orrores de la próxima tempestad que anuncia.

¿Qué querrían decir aquellas palabras: «Su madre, aunque vive, es como si estuviera muerta?» ¿Significarían tal vez que

mi madre, no pndiendo satisfacer a los gastos del colegio, me entregaba al despotismo de mi tío? Pero si ella misma antes de dejarla me había asegurado, que estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio, antes de abandonarme a los malos tratamientos de mi tío, ¿cómo creer tal cosa?

Sin embargo todo estaba envuelto en el misterio. Lo único que sabía con seguridad era que tenía que abandonar el colegio y volver al pueblo.

De este estado de habatimiento vino a sacarme mi profesor.

Apenas le ví entrar, corrí a su encuentro, para echarme entre sus brazos. El me estrechó con agitación a su seno, y mientras yo fijaba mis miradas en las suyas, como para hallar en ellas la paz que había encontrado otras veces: Tu madre, me dijo, quiere que vuelvas a su lado. El Sr. Director y yo hicimos todo lo posible con el que ha venido para llevarte, a fin de que te dejara siquiera hasta concluir el año, pero todo ha sido inútil; no quiso admitir ninguna razón. Vamos, pues, que te está esperando.

Mi tío al verme no me hizo ninguna señal de cariño; recibió friamente mi saludo, y me preguntó si estaba listo para el viaje.

Si, tío; sólo me falta despedirme de los superiores, si me lo permite.

Eso es lo de menos; vámonos.

Pero yo, aprovechando el momento en que mi tío recogía la maleta, donde estaba el equipo, pude despedirme del Sr. Director,que estaba presente,y luego de mi buen maestro; el cual, no menos conmovido que yo, arrimó por última vez mi cabecita a su pecho y: Adiós, me dijo; adiós, pobre niño; preveo que tendrás que sufrir mucho, pero no temas; al frío invierno sigue siempre la estación de las flores. . . . y después del furor de las tempestades aparece nuevamente el sol. . . . . cantan de nuevo las aves. . . .

El Cielo, que ahora se te presenta cubierto de negros nubarrones, no se ha de quedar siemdre así; tiene que aparecer de nuevo brillante y azul; para que puedas seguir el camino que has empezado, y ser nuevamente feliz . . . .

Procura sufrirlo todo con paciencia y no olvides nunca que el hombre es guiado y asistido por una invisible Providencia, que todo lo ordena y dispone sabiamente por nuestro mayor bien.

Al concluír estas palabras, y al oír mis sollozos, no pudo reprimir ni evitar que asomacen algunas lágrimas a sus ojos; pe-

ro, viendo que se acercaba mi tío, disimuló su tristeza y se despidió de los dos.

La vuelta al pueblo fué para mi más penosa que la ida, pues a las tristes incertidumbres que se agrupaban en mi mente, se añadía el cansancio del camino, que tuve que recorrer a pie y a paso veloz, por tener que ir siempre adelante del caballo en que venía montado mi tío.

Sin embargo el golpe más terrible, y, diría casí, la herida mortal, mi corazón la recibió cuando mi señor tío al entrar al pueblo me dijo: Sigue derecho a mi casa, pues en la tuya no hay ninguno.

Cómo, ninguno, le contesté sorprendido, y mi madre ¿dónde está?

Tu madre ha enloquecido a consecuencia de la muerte de tu hermanita, y ahora se halla en el manicomio de la capital.

¿Enloquecido? repetí yo, lanzando un doliente suspiro.

Sí, y te ha dejado en mi poder, añadiendo que podía disponer de tí y de vuestros bienes.

Yo hubiera querido preguntarle algo más sobre mi futuro destino, pero viendo que el caballo se me venía encima, no pude y seguí adelante con el alma destrozada por el dolor.

Cuando llegamos y mi tío bajó del ca-

ballo, quise pedirle otros detalles, mas por toda respuesta recibí de su señora esposa un manazo tan fuerte que me tiró al suelo.

Apenas pude, me levanté, y me retiré a un rincón de la casa, para llorar en secreto mi desventura, comprendiendo perfectamente que la tempestad predicha por mi amado profesor había empezado, aunque ignoraba su duración, que no iba a ser de una hora, ni de un mes, sino de siete años.

El mismo día de mi llegada del colegio se me quitaron los zapatos casí nuevos que traía, diciéndome que eso era demasiado lujo para mí, y se los dierón a uno de sus hijos.

Lo mismo se hizo con las demás prendas de vestido. Todo mi traje se redujo a la camisa más vieja que se encontró en mi equipo y a un par de pantaloncitos de dril.

Mas ¿porqué estoy diciendo lo que me he propuesto callar?

¿De qué serviría llamar a la memoria aquellos días pasados en durísimas faenas del campo, volviendo en la noche cargado de leña como una bestia de carga, sin haber comido en todo el día más que un pedazo de pan de cebada?

¿Para qué referir los sufrimientos de las semanas enteras pasadas en una viña

cargando y llevando de un punto a otro pesadísimas piedras, que parecían aplastarme bajo su enorme peso, por no haber comido más que un plato de habas medio crudas?

¿Para qué renovar el dolor de los golpes recibidos cuando o por no haber entendido bien lo que se me mandaba, o por estar medio muerto de cansancio, no ejecutaba al instante las órdenes recibidas?

¿Para qué recordar las horas de insomnio y de frío, o mejor dicho las noches enteras de invierno pasadas fuera de la puerta en la nieve, únicamente por haber venido del campo menos cargado de leña que lo acostumbrado?

¿Para qué en fin, para qué hacer mención de la desnudez, del ambre y malos tratamientos recibidos de la señora del que hasta ahora he llamado con el nombre de tío, pero que en realidad no era sino uno de tantos instrumentos de que se sirve la Divina Providencia, para repartirnos el pan negro y amargo del destierro, a fin de que no nos olvidemos del pan sabrosísimo y dulce con que nos alimentará un día en la Patria Celestial?

A fin de no renovar, pues, tantas penas y amarguras, y más que todo para no descubrir a vosotros, oh amados jóvenes, to-

da la perversidad a que pueden llegar un hombre y una mujer sin temor de Dios, dejaré de correr el velo que oculta tan tristes escenas, y callaré por completo la penosa relación de mis desgracias y padecimientos, durante aquellos siete años, en que pude persuadirme, de que, si no hubiese otra vida, donde se premia la virtud y se castiga el crimen, el hombre sería el más desgraciado de los seres.

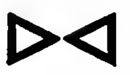
Amado jóven, dime, ¿tienes todavía a tu madre? Tus ojos ¿no se han enrojecido nunca llorando por haber perdido de vista a esa primera

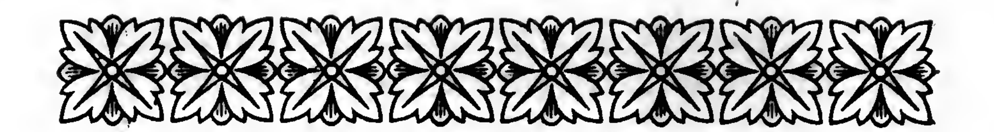
Blanca estrella de amor, que pura brilla
Junto a la cuna, y en la encierta esfera,
Do vaga incierta la niñez sencilla?
Y ¿sabes qué es una madre?
¿Sabes que,
Una madre es la luz, es la existencia,
Es el único amor, que no concluye,
Que dentro del corazón como una esencia,
Que purifica, esparramando fluye?

Y bien, si no te ha llegado a faltar nunca ese amor de los amores, si tan dichoso eres, procura no darle disgustos, antes bien, pídele al buen Dios todos los días de tu vida, te conserve tan grande tesoro.

El que esto escribe puede decir que ha experimentado cuan triste es vivir privado

de ese tesoro. Sus ojos se han llenado de lágrimas muchas veces llorando su pérdida; sin embargo no se queja; antes bien bendice de todo corazón al Que así lo dispuso, pues cuanto más duro es el martillo del infortunio y más fuerte pega en la piedra del corazón, más brillantes son las chispas que de él se desprenden, y que suben hasta rozarse en el esplendoroso azul del cielo, donde se convierten en perlas de infinito valor, y bajan después para secar nuestras lágrimas, y curar nuestras dolencias. . . .





XI.

El anciano Pastor

Siete años han trancurrido entre indecibles padecimientos y un pobre niño de 14 años, sentado a las márgenes de un río, inmovil y con los ojos clavados en las olas, encuentra en ellas un recuerdo de sus más tristes y dolorosas memorias . . . .

Recuerda los tiempos felices de su niñez . . . el amor tierno de una madre, que desde tanto tiempo ha perdido y experimenta

Un dolor igual al que sentimos,
Cuando vemos cadaver macilento
Al cuerpo de la madre que quisimos,
Arido el seno que nos dió alimento,
En donde tantas veces nos dormimos...

Luego cree ver el tiempo presente pasar con rapidez delante de sí, y sigue, por decirlo así, contemplando fijamente sobre las olas fugitivas el futuro incierto, que le amenaza; hasta que la corriente que todo se lo lleva consigo, se escapa a sus miradas y la ve terminar en el horizonte. Su vista entonces levántase naturalmente hacia el cielo azul, que es el límite donde terminan las ondas, y bien pronto se comunican a su alma la serenidad que reina en él, renaciendo en su corazón la esperanza.

Parécele ver la amable figura de una Virgencita blanca coronada de flores, y oir al mismo tiempo una voz dulce y suave que le murmura al oido: Al frío invierno sigue siempre la encantadora primavera. . . y después de las más grandes tempestades vuelve la bonanza . . . aparece el sol. . . cantan las aves. . . .

Mientras es llevado por ese cúmulo de ideas, y parécele soñar el principio de un porvenir menos doloroso, sigue mirando las olas que pasan, como quien no quiere despertar de un sueño agradable, más he aquí que una voz áspera y despiadada le truena al oído diciéndole: Vámonos, muchacho.

Era mi tío, que, volviendo de la viña, a donde había entrado para coger una poca

de fruta, y beber agua, montaba de nuevo el caballo, que me había dejado cuidando, y me intimaba a seguir adalente.

Llegamos a nuestro destino a la puesta del sol.

Un venerando anciano, de amable presencia, nos vino al encuentro y saludó respetuosamente a mi tío; el cual, después de haber contestado al saludo, añadió: Por fin os traigo al ayudante, que con tanta instancia, desde tanto tiempo me estabaís pidiendo. Por otra parte, ya es justo que descancéis un poco, Don Juan. Vos sois anciano y cargais con los achaques de vuestra avanzada edad, mientras éste muchacho es robusto y podrá ayudaros bastante.

Esperamos que sí, contestó el anciano y os lo agradezco mucho, pués le necesitaba deveras.

Luego, apercibiéndose de mi estremado cansancio, nos hizo entrar a su espaciosa cabaña, suplicándonos que tomaramos asiento.

Y bien, Don Juan, como va el ganado, empezó a decir mi tío, después de haberse sentado.

Todo va bien, a Dios gracias; el pasto es abundante y la leche aumenta notablemente. Lo que me preocupaba era el tener que cuidar a la vez los corderos y las ove-

jas separadamente; pero ahora con éste buen ayudante estaremos a las mil maravillas.

Muy bien; sólo os recomiendo que hagais trabajar lo más que se pueda a éste perezoso, para que se le baje tanta gordura y se despierte un poco.

En las horas más calurosas del día, mientras los corderos estén descansando, hacedle cortar leña en el bosque vecino, y que la vaya bajando al camino carretero, para llevarla al pueblo. Durante la noche dejad que cuide él las ovejar, y si alguña vez, por su descuido, sucede que se estravíe algun cordero, no dejéis de hacérmelo saber en seguida, o vos mismo podéis suministrarle unos cuantos bofetones.

Procurad no darle mucho de comer, para que no siga engordando más de lo que lo está y tenerle a raya en todo.

A este punto el buen anciano, a quien parecía no agradar tal lenguaje, dejó escapar un prolongado suspiro, dirigiendo al mismo tiempo una mirada compasiva a su futuro ayudante, y se paró con el pretesto de ir a dar una mirada a las ovejas; pero su interlocutor, teniendo tal vez que hacerle más recomendaciones, le suplicó que se quedase.

Esperaos, Don Juan, le dijo, que vaya

éste, y luego se dirigió a mí diciéndome: Anda, muchacho, vete a cuidar las ovejas; y cuidado que no te duermas y se extravíe alguna; porque, si eso sucede, te he de dar una lección de que te acordarás por toda tu vida.

Si el hombre a quien mi tío me confiaba hubiera sido un fiel ejecutor de sus órdenes o uno de tantos viles instrumentos de las humanas pasiones, aquel nuevo género de vida hubiera sido para mí peor que el primero. Pero la persona a quien tenía que obedecer y estar sumiso en todo y por todo, era uno de aquellos a quienes Dios hace experimentar de antemano todas las amarguras y penalidades de la vida, a fin de que puedan, presentándose la ocasión, dulcificar las penas de los demás.

Ni tardó mucho en hacerme conocer lo que acabo de decir.

El día siguiente, apenas se despidió de mi tío, vino a donde estaba yo, rodeado de blancos corderillos, y apoyando una de sus manos sobre mi cabeza, que acercó a su pecho, como para hacerme oír los latidos de su corazón: No temas, me dijo, no temas, hijo mío; yo procuraré olvidar todo lo que tu tío me ha recomendado: pues no quiero ser un tirano contigo, sino un bienhechor, un padre amoroso; quiero a toda

costa poner término a tus desventuras y no ocuparme desde ahora más que en tu porvenir.

Tu tío me ha impuesto que te trate duramente, que no te tenga ninguna consideración, pero, no temas; mi pobre corazón sabe lo que es sufrir, sabe lo que es verse privado del amor de una madre, lo que es vivir solo, desterrado, abandonado de todos, y por lo mismo no soy capaz de hacer padecer a otros. ¡Oh si supieras, hijo mío, si supieras cuánto ha sufrido el que te está hablando....! Y al pronunciar estas palabras, estrechó con más ternura mi cabeza contra su pecho, inclinó la suya, y empezó a llorar como un niño.

Mas de repente, casi avergonzándose de sus lágrimas, levantó la cara y mirándome fijo, continuó: No te maraville mi llanto, pues mi corazón ha recibido muchas heridas, que ninguna medicina ni el tiempo han podido curar; y todas las veces que me vienen a la mente ciertos recuerdos, se abren de nuevo y brotan de ellas gotas de sangre, que salen por los ojos convertidas en lágrimas.

Sorprendido yo de aquella variación tan pronta y enternecido sobre todo al ver la generosidad y grandeza de alma del anciano, me abandoné en sus brazos y le

dije anegado en lágrimas de gozo: Padre mío, yo he conocido a otro hombre, que me amaba y me prometía, como vos, un porvenir tranquilo y feliz, pero cuando menos lo esperaba un grave incidente me separó de él, y temo no suceda lo mismo con vos: decidme, buen anciano, ¿no me abandonaréis nunca?

Nunca, hijo de mi alma, nunca jamás. Yo conocí a la persona de quien me hablas; estuve en el colegio donde tú estuviste, hablé con él muchas veces, fuí íntimo amigo suyo y de él recibí el encargo de buscarte y hacerte las veces de padre, aunque para conseguir esto hubiese tenido que arriesgar mi pobre vida.

Y podríais decirme si vive todavía ese señor?

Si, vive.

¿Está todavía en el colegio?

Creo que no; pero mira como se han dispersado los corderos; anda, ve a juntarlos, mientras yo voy a dar una mirada a las ovejas, y después te diré algo más.

¿Me contaréis también la historia de vuestros sufrimientos?

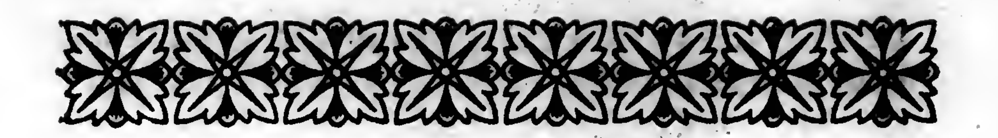
Ya que lo quieres, lo haré con gusto, si me prometes hacerte bueno y sacar de ello algún provecho.

Procuraré hacer lo posible.

Y bién, aunque preveo que el relato de mis desgracias será para mí muy penoso, cumpliré mi promesa.

Hasta luego, padre mío.





XII.

Historia del anciano

Mi pequeño rebaño estaba ya reunido bajo la sombra de los frondosos árboles, que le defendían de los rayos abrasadores del sol, cuando el buen anciano llegó y nos sentamos ambos sobre la yerba.

A nuestros pies se deslizaban pausadamente las aguas cristalinas del río; al rededor no se veían más que yerbas y arbustos cubiertos de verdes hojas y una infinidad de antiquísimos árboles, entre cuyas tupidas ramas se mecían un sin número de pajarillos, que parecían preludiar con sus cantos y gorjeos la triste narración del anciano.

Voy pues a cumplir mi promesa, em-

pezó a decir, y vas a saber la historia de mis desgracias.

Mi nombre no es Juan, sino Pedro. Nací de padres ricos y poderosos, pero poco amantes de lo divino y santo. Desde mi más tierna edad se me educó sin ningún temor de Dios y pude comprender ya desde entonces, que lo único a que aspiraban mis padres era hacer de mí un joven ambicioso y descreído, que a toda costa pudiera llegar a ser un día una gloria de la familia.

Para conseguir esto despedían al instante a una criada únicamente por haberla visto enseñarme a hacer la señal de la Cruz; y no permitían por ningún motivo que se pronunciase en mi presencia el Santo nombre de Dios.

Tal fué la educación que recibí durante mi infancia.

A la edad de cinco años me metieron a un colegio, donde más que para enseñar la ciencia, se trabajaba para hacer de los niños otros tantos descreídos y esclavos de todas las pasiones; no hablándoles más que de goces terrenales, de ambiciosas aspiraciones y enseñándoles a mofarse de todo cuanto hay de más sagrado y divino.

Después de haber acabado la instrucción primaria y superior, y concluida la preparatoria, me enviaron a la capital para

frecuentar allí los estudios universitarios.

El método de enseñanza era siempre lo mismo: Dios no es más que una palabra vacía y sin sentido; la existencia del infierno y paraíso, alma y eternidad no son otra cosa sino cuentos de frailes y curas. Por lo mismo el hombre debe vivir libre de cualquiera preocupación, gozar de la vida cuanto más pueda y aborrecer a los frailes y a los curas, que son quienes quieren hacernos creer que hay otra vida.

Mis pasiones acordes con estas impías máximas, me hicieron perseverar en tales falsas creencias y llegué a persuadirme de que cuanto mis padres y profesores me habían enseñado con tanto afán no podía ser falso, y desde luego empecé a pensar y a obrar en conformidad a mis erróneas creencias.

Hasta que tuve que vivir entre las paredes de la universidad, mis persuasiones de libre pensador no encontraron ningún obstáculo, pero cuando tuve que dejar las aulas y entrar de lleno a la vida, tuve reveses tales, que no una, sino muchas veces me arrepentí y hasta llegué a maldecir la hora en que aprendí la carrera de los estudios.

El primer descalabro fué pocos días después de concluida mi carrera.

Terminados mis estudios y recibido mi diploma de ingeniero, volví al pueblo.

Pocos días después de mi llegada fuí invitado por una respetable familia a participar, en compañía de una noble concurrencia, a un espléndido banquete, que se ofrecía para festejar mi llegada y el coronamiento de mis estudios.

El banquete concluyó sin incidente alguno; y mientras todos se entretenían en hablar de noticias, diversiones y negocios, llamaron mi atención dos niñas de doce a trece años, las cuales leían juntas cerca del balcón.

Yo ansioso de dar explicaciones a todo el mundo, pues mi soberbia me hacía creer que sólo yo podía darlas, me levanté y acercándome a las niñas: Señoritas, las dije, ¿qué novela es la que estais leyendo con tanta atención?

Caballero, no leemos ninguna novela.

¿No? pues entonces ¿qué libro leeis?

La historia del pueblo de Dios.

¿La historia del pueblo de Dios?

¿Acáso creéis que hay Dios?

Las jóvenes, sorprendidas por semejante pregunta, se miraron una a otra, cubriéndose de rubor su semblante. Luego: y vos ¿no lo creéis caballero? me dijo con viveza la mayor de las dos.

Yo no he creído nunca en tales cosas, y mucho menos desde que he aprendido en la universidad la filosofía, las matemáticas y las demás ciencias.

Pues yo, Caballero, no he aprendido ni sé nada de todas esas materias de que me hablais, no sé más que el catecismo; pero ya que sois tan instruido y decís que no hay Dios, ¿me sabriais decir de dónde procede el huevo?

La jovencita pronunció estas palabras con voz bastante alta, de manera que muchos de los circunstantes la oyeron.

Acercáronse algunos para saber de qué se trataba; luego les siguieron otros y por último toda la concurrencia se reunió frente de la ventana para oir la conversación.

Sí, caballero, repuso la joven, ya que decís que no hay Dios, tened la bondad de decirme de dónde procede el huevo.

¡Vaya, qué pregunta! el huevo procede de la gallina.

Y ¿de dónde procede la gallina?

Vos lo sabéis tan bien como yo, señorita; la gallina procede del huevo.

Muy bien; y ¿qué existió primero el huevo o la gallina?

A la verdad no sé a dónde quereis ir a parar con las gallinas y los huevos; pero

en fin, para que veais que yo sé muy bien el origen de las cosas, os diré que la que existió primero fué la gallina.

Luego, hubo una gallina que no procedió de un huevo.

¡Ah! es verdad, señorita, me equivocaba, el que primero existió fué el huevo.

Pero entonces tenemos un huevo que no procedió de una gallina. Responded, caballero; para vos que habéis hecho tantos estudios, no puede ser cosa difícil el contestar a esto.

¡Oh, seguramente! pero... perdonad... es que... porque ya veis..........

Lo que veo, caballero, es que no sabéis contestar e ignoraís si el huevo existió antes de la gallina, o ésta antes del huevo.

Pues bien; digo que existió antes la gallina.

En hora buena, luego tenemos una gallina que no procedió del huevo. Decidme ahora: esta primera gallina de la que han procedido todas las demás y todos los huevos ¿de donde tuvo su origen?

Paréceme, señorita, que con vuestras preguntas de huevos y gallinas me estais tomando por una criada de gallinero.

Perdonad, caballero, únicamento os suplico me digais si la primera gallina se hizo por sí misma o cómo empezó a existir.

Dispensad, señorita, ésta cuestión no se trató nunca en la universidad y no me encuentro preparado para contestar a ella.

Y bien; me permitiréis entoces que os dé yo la explicación.

La que existió primero fué la gallina, y el que la dió la existencia fué el mismo que creó el sol, la luna, las estrellas y todo cuanto existe; fué aquél a quien vos mismo debéis el ser, y a aquien llaman Dios todos los pueblos.

¡Muy bien! exclamaron todos los circunstantes, cuando la niña hubo terminado de pronunciar las últimas palabras. Mientras yo, avergonzado y confundido ante una niña de pocos años, no pude hacer a menos de tomar furtivamente mi sombrero y abandonar la concurrencia.

Esto no fué suficiente para hacerme cambiar de modo de pensar. Me lancé pues a ese mar peligroso de la vida, ambicioné un puesto elevado, y no habiendo faltado quien me lo impidiese, pensé poderlo conseguir mediante un crimen. Lo llevé a efecto con la esperanza de salvarme de las manos de la justicia con crecidas sumas de dinero, pero apenas me pareció haber logrado mi intento, fuí arrestado, llevado a la cárcel y sólo me quedó la esperanza de una buena defensa.

Llegó el día en que se iba a tratar m causa; se reunió la suprema corte de justicia, y después de la declaración de mi proceso, un famoso abogado pronunció en m defensa un brillantísimo discurso, cuyo resumen, aunque han transcurrido muchos años recuerdo todavía.

«Señores jurados, empezó a decir, s estuviésemos aún en la edad media, er aquella edad en que todos creían en la existencia de Dios, mi presencia en este lugar no sería justificable, y mudo abandonaría mi desgraciado cliente a la justicia.

Si, señores jurados, si estuviésemos en aquellos tiempos afortunados, en que en las escuelas, como en la iglesia se enseñaba que sólo Dios es dueño de la vida y de la muerte y que el quitar la vida a un hombre es el más grande de los crímenes ¿cómo podría yo defender un homicidio tan patente como la luz del día?

Todo el mundo sabe el momento, la hora, el lugar y por quien fué perpetrado el crimen.

Diré pues desde luego, que, más que para defender mi cliente, he venido para protestar una vez más contra la enseñanza moderna, contra esa enseñanza descreída, perversa, diabólica e infernal, que desde las clases elementales hasta los estudios

universitarios se imparte a nuestros hijos.

Qué diferencia, señores jurados, qué diferencia entre nuestros tiempos y aquellos en que se creía que el hombre es responsable de todos sus actos, que la ley de Dios alcanza y dirige no sólo las acciones externas del hombre, sino también sus pensamientos, sus afectos y sus deseos. Qué diferencia entre nuestros tiempos y aquellos en que la vida del hombre era cosa sagrada, así como lo era su propiedad legítima y se creía que los destinos del hombre no se acaban en este mundo, sino que su alma, siendo inmortal, recibirá al fin de la vida o el premio de sus buenas obras, o el castigo de las malas; castigo y premio que no tendrán fin.

Hoy día ya no se cree en todo esto y se hace aprender a los niños que todas estas cosas son cuentos de curas y nada más.

La antigua sociedad descansaba tranquila sobre lo que ella llamaba eternas verdades y quien quiera, que hubiese osado negar algunas de sus enseñanzas, era considerado como el más grande enemigo de la humadidad.

Hoy día el liberalismo y el anarquismo han destruído por completo todas esas creencias, para enseñar que no hay Dios, ni alma, ni eternidad de penas, que el hombre

es libre, que puede pensar y hacer lo que le da la gana. Y todo esto se enseña en las cátedras oficiales.

He aquí, señores jurados, los fundamentos de la sociedad moderna a la cual vosotros mismos tenéis la honra de pertecer, y os avergonzarías de ser llamados anticuarios y santurrones.

No negaréis además que estas doctrinas cuentan con el favor de los poderosos del día y que son los maestros de estas doctrinas los que se llevan todos los grandes favores, las condecoraciones, las carteras llenas de billetes de banco: es el triunfo social del libre pensamiento. Y quien quiera que se oponga al desenvolvimiento y acción de esta doctrina, y cualquiera que crea todavía en los cuentos de frailes y curas, no debe esperar sino el abandono, la injusticia, el desprecio y la persecución.

¿No es verdad, señores jurados, que todas las leyes de la sociedad moderna no tienen otro objeto, ni otro fin que enterrar el viejo Evangelio de los cristianos y extender por todas partes el evangelio del liberalismo?

Ahora bien ¿qué ha hecho mi cliente? su caso es muy sencillo: él ha sido educado e instruido según las enseñanzas de la sociedad moderna; ha creído en las doctri-

nas que ella enseña y ha obrado en conformidad con sus enseñanzas.

Al ver los favores de que las nuevas doctrinas gozan y las recompensas con que se les estimula, ha ambicionado un puesto elevado, otro individuo se opuso a sus designios y ha hecho este sencillo razonamiento: Puesto que el hombre puede pensar lo que quiere; siendo libre, puede también llevar a efecto lo que piensa, pues la acción no es más que la prolongación del pensamiento, luego con un tiro de pistola puedo volar la tapa de los sesos a mi adversario y conseguir el puesto honorífico a que aspiró.

Ahora bien; si mi cliente no ha hecho más que poner en práctica las doctrinas que se le han enseñado en nuestras escuelas y en las aulas de nuestra universidad; si él no ha hecho más que llevar a efecto un acto de las enseñanzas del nuevo evangelio, ¿porqué se le juzga? ¿por qué se le quiere condenar? El ha creído que las doctrinas que se le han enseñado son las únicas verdaderas; ha creído que no hay Dios, ha creído que su voluntad es la única ley de todós sus actos, ha creído además que con la muerte se acaba todo, que no hay nada más allá de la tumba; ni alma inmortal, ni otra vida donde se premia la virtud y se castiga el

vicio y el crimen; ha creído en fin que no hay bien, ni mal en su pensamiento y por lo mismo, ha obrado sin pensar siquiera, que le estaba reservada la pena de reclusión.

Permitidme pués, señores jurados, que en nombre de la justicia, pida la libertad de mi pobre cliente que, no ha hecho sino lo que creía bien hecho y era libre de hacer.

Pues, si le condenaseis, él sería condenado únicamente por haber sabido raciocinar y poner en práctica lo que en las escuelas oficiales se le ha enseñado. Luego no podéis condenarle, a menos que quisierais dar el más sangriento mentís a todas las doctrinas de nuestra sociedad moderna, a menos que vayais a buscar vuestras armas en los cuentos de los curas y de los frailes, diciendo con ellos que el quinto manda no matar.

Pero entonces, quiero decir, en caso de que mi cliente sea condenado, tenéis, señor Procurador, un deber que cumplir, un deber imperioso, ineludible cual es el de hacer sentar en el banco de mi cliente a todos los que nos gobiernan y nos engañan: ministros, diputados, profesores, maestros. etc.

Si mi cliente es culpable, lo son mucho más aquellos que le han enseñado que

no hay Dios ni otra vida y que el hombre es un descendiente de los orangutanes, diferenciándose de él únicamente por haber perdido la cola.

Señores jurados, la justicia debe ser igual para todos; por lo mismo, si todos los que nos gobiernan y enseñan de este modo siguen en sus cargos, en nombre de la justicia más elemental, en nombre de la igualdad y en nombre del simple buen sentido, pido y tenéis que dar libertad a mi cliente; de otro modo cometeríais la más grande de las injusticias; y os pondríais en las mismas condiciones de un padre, que matase a uno de sus hijos, únicamente por haber obedecido fielmente a sus órdenes y por haber puesto en práctica sus consejos.»

Como se ve la defensa no hubiera podido ser mejor; sin embargo, fuí condenado a la pena de treinta años de trabajos forzados en las salinas de la misma ciudad, donde había hecho los estudios universitarios.

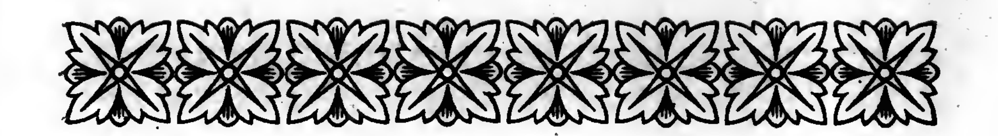
Después que se pronunció la terrible sentencia y mientras dos esbirros me intimaban que les siguiese, para llevarme de vuelta al obscuro calabozo, levanté la vista y pude distinguir entre la muchedumbre a una mujer vestida de luto; la cual, en tanto que se arrancaba las pocas canas que le

quedaban, se dejaba caer entre los brazos de su afligido esposo exclamando: ¡Oh Dios, justa es vuestra venganza! Hice mal en no enseñar a mi hijo vuestro nombre y vuestro amor!

Al pronunciar estas palabras el anciano palideció, y como le iba faltando la respiración, sólo pudo decir: No puedo más, hijo mío, no puedo más!

Luego viendo que el sol iba ocultando sus últimos rayos y algunos corderitos se venían acercando hacia nosotros: Ves, me dijo, tu pequeño grey ya conoce la hora en que debes llevarle al redil, llévatelos, pués, y mañana, Dios mediante, te diré algo más sobre mis infortunios.





XIII

Historia del anciano

(CONTINUACION)

A eso de las diez del siguiente día, el anciano y yo nos hallábamos sentados cerca de las márgenes del mismo río y habiéndole manifestado el deseo de que continuara la narración de su dolorosa historia, él prosiguió.

Para no renovar a mi pobre corazón el dolor y las amarguras experimentadas durante los treinta años de trabajos forzados, me limitaré a decirte que no era vida aquella, sino un martirio contínuo.

El día después de mi llegada me vistieron con el traje de los galeotes. Como a todos los demás condenados, me ama-

rraron al pie derecho el extremo de una cadena de un metro de largo, sujetando con el otro estremo mi mano izquierda, y desde la mañana temprano hasta la noche mi ocupación, como la de todos, era transportar medios costales de sal desde el lugar en que se hacía hasta el punto de embarcación.

El roce contínuo de la cadena poco a poco llegó a formarme una llaga en el pulso, como también en la espinilla, y por más agudo que fuese el dolor, el trabajo no se podía dejar. Con el andar del tiempo las heridas se cicatrizaron, formándose en su lugar una especie de costra como cuero, y casi no sentía más el dolor; pero eso no hacía que fuese menos amargo el pan de aquella vida peor que la muerte.

Después de algunos años el jefe de la guarnición, viéndome completamente resignado, ordenó que se me quitase la cadena, y me encargó de cuidar unos veinte de los demás condenados, si bien tenía que trabajar también yo, llevando mi carga junto con ellos.

Todo esto te lo he dicho, y ojalá pudiera decirlo a todo el mundo, para que veas cuán caro se tiene que pagar el delirio de un sólo instante y el acto de una pasión no refrenada a tiempo. Te lo he dicho sobre todo para que conozcas desde

ahora cuan terribles son los efectos de una educación sin principios cristianos, y cuán triste es la vida del que desde chico no procura aborrecer el vicio, y amar la virtud.

¡Oh cuántas veces se han llenado de lágrimas mis ojos al pensar en todo esto! Aun después de que el tiempo ha pasado su blanca mano sobre mi cabeza, no puedo olvidar la tristísima escena de cuando ví por última vez a mi madre, que mientras lloraba devorada por un cruel remordimiento, pedía perdón a Dios por no haber educado en el divino amor al hijo, que por su culpa, iba a sufrir tanto entre los horrores de los condenados y la pérdida de su libertad!

Pero gracias sean dadas por todo al buen Dios, que, cual Padre amoroso, nos golpea a veces con la vara de oro de las tribulaciones, no por odio o por castigo, sino para hacernos abrir los ojos y no dejarnos caer al profundo abismo que ve abierto bajo nuestras plantas.

Sólo cinco años faltaban ya para que concluyera mi pena, cuando un día empecé a sentir un mal estar, al cual siguió una fuerte calentura y llegué a creer que se aproximaba el fin de mis días.

Una tarde el mal se agravó sobremanera; entre los delirios de la calentura se

me representó la escena del banquete, veía el cadáver de mi víctima, y, por donde quiera que dirigiese mis inciertas miradas, parecíame ver escritas estas palabras: Dios . . . Alma . . . Infierno, Eternidad.

Luego parecíame sentir sobre mi afanoso pecho el peso de una mano que me oprimía y no me dejaba respirar. Un sudor frío como el de la muerte bañaba mi frente y todo mi cuerpo, y, mientras me esforzaba para gritar y pedir socorro, otra mano invisible parecía apretarme la garganta y decirme: Muere, desgraciado.

Fué en este terrible trance que la infinita misericordia de Dios se manifestó a mi mente con toda su claridad y desde entonces empecé a amarle con todas las fuerzas de mi alma.

Durante aquella misma enfermedad, después de tantas súplicas pude obtener la visita de un sacerdote católico; hablé con él algunos momentos, me sentí renacer, y comprendí perfectamente que sólo en la religión cristiana se hallan los remedios para todos los males.

Después de haberle referido uno por uno todos los extravíos de mi vida pasada y manifestado la idea de querer consagrar al servicio de Dios el resto de mis días, le pregunté si podía esperar el perdón de mis

culpas y él: Sí, me contestó profundamente conmovido, sí, podéis esperarlo con seguridad, pués la misericordia de Dios es infinita, y se hace más fiesta en el cielo cuando un pecador se convierte, que por noventa y nueve justos que perseveran en su gracia.

Sabed que Dios no desea otra cosa con tanto afán, como la conversión del pecador, y sólo espera una sola lágrima de arrepentimiento sincero, para devolverle todo su amor, y abrirle de par en par las puertas del cielo.

Gracias, Padre mío, gracias, contestéle ahogado en un mar de lágrimas y estrechando y cubriendo de besos su sagrada mano. Este es el día más bello de toda mi vida; hoy empieza para mí una nueva era de bienandanza y de paz y nada más deseo sino amar a ese Dios tan bueno y misericordioso; a ese Dios que humilla y que enaltece, que aflige y que consuela.

Sí, amadle, continuó el sacerdote, amadle, pues nada hay en el mundo más digno de todo nuestro amor. Creo que nadie más que él que os está hablando puede decir que ha experimentado toda su bondad y ternura hacia los hombres.

Acababa de cumplir los ocho años, cuando mi padre fué asesinado por un señor rico y poderoso, con quien se disputa-

ba un cargo honorífico, y me quedé con mi madre, que a causa de una dolorosísima enfermedad, no podía dejar la cama.

Dentro de poco se nos acabaron todos los recursos, y durante tres años yo mismo tuve que ir de puerta en puerta pidiendo un bocado de pan, para no dejar morir de hambre a la que me dió la vida.

Por fin Dios quiso que mi madre se aliviara y un cuñado mío me aconsejó que siguiera los estudios, que había interrumpido por la muerte de mi padre, ingresando a un colegio de Padres, que, por tener como protector a San Francisco de Sales, se llaman Salesianos y tienen por fin principal auxiliar a los niños pobres y abandonados.

Y la pensión ¿quién la paga? preguntéle yo.

No temas, me contestó; si eres obediente y piadoso no tendrás que pensar en ello. Tu primo, que está estudiando allí para hacerse Padre de esa congregación, me acaba de escribir esta carta: oye lo que dice: «Si Antonio quiere seguir sus estudios, traele lo más pronto y basta que se esfuerce para ser obediente y piadoso los superiores son tan buenos, que, si no puede, no pretenderán más que una módica pensión. Ya he hablado con el Padre Director y me

ha dicho que te escriba a este propósito. Traelo, pués, cuanto antes.»

Yo por supuesto recibí esta noticia, con sumo agrado, y el día siguiente partimos.

Fuí recibido con todo el cariño y caridad que inspira la religión de Cristo, y mi cuñado se comprometió a pagar diez pesetas mensuales.

Está muy bien, contestó el Señor Director; y si llegare el día en que no pudiera pagar ni eso, no tenga cuidado, pues nosotros no acostumbramos enviar las guardias civiles a las casas de nuestros niños, para cobrar la pensión; sino más bien nos dirigimos a la divina Providencia.

Estas palabras fueron para mí la más grande de las garantías y colmo de felicidad, no pensé más que en mis estudios.

Dos años después mi cuñado escribía al Director manifestándole con sumo dolor la imposibilidad en que se hallaba de seguir pagando la módica pensión, que había prometido a mi ingreso, por haber recaído mi madre en la misma enfermedad.

El buen superior me llamó a su cuarto, me hizo leer la carta, y mostrándome luego un hermoso cuadro de la Virgen Auxiliadora, que es como la mamá de los Salesianos, y que hace tantos favores a todos los que la invocan con fe: Mira, me dijo, ¿ves

a esa hermosa Imagen? Amala, hijo mío, ámala con toda tu alma y Ella pagará tu pensión y te concederá todas las demás gracias que le pidas. Pero ámala y no olvides nunca, hijo mío, que el amor a Dios y a su Santísima Madre son el único apoyo del cristiano, y que con estos dos amores todo se consigue.

Gracias, Padre mío, contestéle inundado de gozo; éstas palabras quedarán grabadas para siempre en mi corazón, y haré de modo que esos dos amores sean para mí los dos rieles que me han de llevar al cielo.

Desde aquel día continué con tesón mis estudios y después de tres años llegué felizmente a terminar el curso de latinidad. Se trataba, pués de tomar una resolución firme y decidida sobre mi vocación. Tenía que escoger entre los dos caminos que se abrían delante de mí: o volver a mi amado pueblo, al lado de mi madre, a aquel mundo que desde cinco años había abandonado; o decidirme a permanecer en la religión, consagrándome totalmente a Dios. Pensé algun tiempo sobre esto; pedí consejos a mi confesor y al padre Director, y tanto el primero, como el segundo, me dejaron plena libertad de escoger.

Un íntimo sentimiento, una vocación

divina, me inclinaba más bien a abandonar el mundo, a apartarme de él. Me parecía que el mundo era para mí cárcel estrecha, donde se ahogaría mi espíritu, lleno de generosas aspiraciones, y buscaba en el santo retiro de la religión ancho espacio, donde mi corazón pudiese extender libremente su vuelo en la contemplación del Ser Supremo, inabismándose en su amor infinito.

Por otra parte, para seguir mi vocación era necesario abandonar para siempre a mi anciana madre, viuda, pobre, sin más consuelo, ni apoyo que su Antonio, el hijo de su alma.

¿Cómo dejar solo a aquel angel de mi vida, cómo clavar otra espina tan punzante en aquél corazón ya tantas veces herido por la cruel espada del dolor y de las desgracias?

¿Cómo podrá vivir mi pobre madre, decíame una voz interior, cómo podrá vivir sin tener a quien volver los ojos, sin un bocado de pan que llevar a la boca, e imposibilitada para ganárselo? y este pensamiento me desgarraba el corazón.

Mas al instante me venían a la mente aquellas palabras de Jesucristo: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» y cambiaba de parecer.

Además ¿cómo abandonar aquél ideal

sublime tantas veces acariciado? ¿Cómo dejar aquella vida tan llena de felicidad y hermosura en el seno de la religión? ¿Cómo podría decidirme a dar un adiós para siempre a todos aquellos superiores tan buenos y cariñosos, tan santos y tan amantes de Dios y de los niños pobres y desvalidos? ¿Cómo podría vivir lejos de aquéllos seres a quienes yo amaba tanto, y a quienes se lo debía todo, después de Dios? Si mi madre me había dado la vida física, estos me habían dado abundantemente otra vida, la vida moral. Si a mi madre debía el pan material, a ellos les debía el alimento más precioso de mi alma. Si mi madre se había sacrificado por el desarrollo físico de mi cuerpo, ellos habían sacrificado una parte de su misma vida, para el desarrollo de mi inteligencia.

Y aún dejando de un lado todo esto ¿cómo dejar la casa de Dios, para ir en busca de las tristes moradas de los hombres? Cómo abandonar los blanquísimos tabernáculos de Sión, para ir a habitar entre las negras paredes de las moradas de los pobres mortales?

¿No era una locura el dejar aquella vida tan dichosa y tranquila del colegio, para volver a aquel mundo tan engañador?

¿No era el más grande de los dispara-

tes el abandonar tal vez para siempre mis prácticas de piedad y todas las comodidades de servir a Dios, para lanzarme entre las olas embravecidas de un enfurecido mar, cual es el mundo?

Por fin me resolví a escribir a mi madre todo lo que pasaba por mi mente, resignado a someterme a sus decisiones. La contestación fué la siguiente:

«Hijo de mi alma; Demos gracias de todo corazón al buen Dios por haberse dignado hacerte oír su voz, que te llama a su santo servicio.

Tú me ruegas con toda tu alma que, si es posible, no te impida este paso; y ¿cómo quieres, hijo mío, que tu madre se oponga a tu ardiente deseo, sabiendo que lo que tú me pides no es sino un eco de la voluntad del Supremo Hacedor de todas las cosas y de quién todo lo hemos recibido? ¿Cómo quieres que mi corazón no se haga violencia y te conceda lo que el buen Dios me pide por tu conducto? ¿Acaso me opondría a tu petición si me hubieses escrito que nuestro rey se digna recibirte en su palacio como cortesano suyo y que sólo esperas mi permiso para que esto se efectue?

¿Acaso El que se digna llamarte a su divino servicio no proveerá a las extremas necesidades de tu pobre madre? ¿Crees

que ese Dios que sustenta a las avecillas y viste a las flores del campo, se olvidará de la que desde este momento le consagra el fruto de sus entrañas?

Sigue, pués, hijo mio, sigue sin ningún temor este divino llamamiento, y sólo ayúdame a dar gracias al Rey de reyes que se ha dignado concedernos un favor tan grande en llamarte a ser un día ministro suyo. ¡Oh qué contento ha experimentado mi corazón al leer tu cartita todo impregnada de amor hacia Jesús!

No temas pués, hijo mío, no temas darme disgusto alguno, pues tu decisión en lugar de amargar los días de mi existencia, como tú dices, los endulza sobremanera. Por lo mismo no sólo quiero y estoy contenta, sino que te lo mando y te impongo como un deber sagrado que seas fiel a tu vocación, para que no tenga que dar cuenta a Dios de haberte negado lo que no puedo de nigún modo negarte.

Vive tranquilo, pues, en el servicio de tu Señor, procura recibirle a menudo en la Santa Comunión y reza mucho, para que puedas merecer siempre más este gran favor, que el buen Dios, quiere hacerte. Yo, por mi parte, no dejaré de hacer otro tanto, pidiéndole sobre todo que llegues a ser un Sacerdote santo, y que ya que no podemos

estar juntos en esta vida, nos conceda reunirnos para siempre en su celeste mansión.»

Tu madre L. R.

Dos meses después de recibida esta carta pude hacer mi vestición clerical, y desde entonces sólo pensé en mis estudios y en disponerme lo mejor posible a las sagradas órdenes, hasta que, gracias a Dios, llegué al sacerdocio.

Vuestra narración, padre mío, me ha conmovido hasta lo más hondo de mi alma, y os suplico no tengais a mal, si antes de separarnos, quizás para nunca volvernos a ver, os entretenga unos minutos más.

Dispensad la curiosidad, vuestro padre ¿cómo se llamaba?

Fernando L.

¿Fernando? repetí yo aterrorizado.

Sí; ¿por qué os causa espanto?

Por nada . . . es que . . . yo conozco a su verdugo.

¿Le conocéis?

Sí; está aquí sufriendo las penas de su delito.

¿Cómo se llama?

M. Pedro.

Tenéis razón; es precisamente el nombre del asesino de mi padre.

Decidme, estaríais dispuesto a perdonarle, si os le presentara.

¡Perdonarle! . . . pero deverás está aquí el que mató a mi padre?

Sí, no muy lejos de nosotros.

¿Perdonarle?. . . sí, le perdonaría, porque Dios me lo manda; aunque ya le he perdonado desde hace mucho y no rehusaría estrecharle entre mis brazos, si aquí estuviese.

Aquí me tenéis, padre mío, pude decir, con el corazón que parecía estallarme en el pecho, y echándome entre sus brazos, derramé en su seno todo el torrente de lágrimas, que hacía brotar de mis ojos el recuerdo de mi crimen y la felicidad del momomento presente, al recibir un tan generoso perdón.

Lloramos largos momentos los dos, echado uno en los brazos del otro, y luego nos separamos; él para volver a gozar de las dulzuras y encantos de su vida religiosa, y yo para seguir descontando la pena de un homicidio, que Dios había perdonado ya por boca de su ministro, pero que la justicia humana, no perdonaba todavía. . . . .





XIV.

El manuscrito del anciano

(CONTINUA SU NARRACION)

Diez años después un sacerdote y un anciano de 61 años, en una tarde del mes de abril, paseábanse por los anchos corredores de un colegio de niños pobres, entretenidos en animada conversación.

El sacerdote, director entonces del establecimiento, era el hijo de mi víctima y el anciano era yo, que, si bien agobiado bajo el peso de mi avanzada edad, habiendo cursado buena parte de los estudios teológicos, pedía ser iniciado a las sagradas órdenes. Pero el director con sumo dolor tuvo que manifestarme la imposibilidad de ello a causa de un impedimento canónico.

Ya puedes imaginar, hijo mío, la tristísima impresión que haría en mí ésta noticia; sin embargo me resigné a mi mala suerte y dejando de un lado los libros de teología, coloqué en frente de mi escritorio el santo Crucifijo, pedí al padre Director la sagrada Biblia, y me puse a leerla y a meditarla,resuelto a no dejar su lectura hasta no haberla leído toda.

Cuando hube concluído, sentí la necesidad de apuntar algo de lo que más me había impresionado y me puse a escribir.

Mira, aunque han pasado varios años, tengo todavía lo que consigné al papel en aquel entonces; y sacando de su cartera un pequeño manuscrito: ¿Quieres que te lea algo? me dijo.

Si, padre mío, os escucharé con sumo placer.

Luego levantó la mirada, y viendo que mi pequeña grey y la suya estaban a nuestra vista, empezó.

"El Emanuel" (1)

«Hermoso cielo de Galilea, mis ojos no han admirado, por desgracia las poéticas tintas de tus crepúsculos.

---

(1) Todo cuanto se relata en esta obrita sobre los primeros años, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, no es todo del Sagrado Evangelio, sino que hay algo que sólo es de la piadosa tradición.

Perfumadas faldas del Carmelo, mi pecho no ha respirado el balsámico aroma de tus brisas.

Fresca ribera del Jordán, mis profanos labios no se han humedecido jamás con el claro manantial de tu corriente santa.

Sagrada cumbre del monte Calvario, mis plantas no han hollado tus calcinadas rocas, empapadas un día con la sangre de un Dios y las lágrimas de su madre.

Anciano Olivete, cuya cima sirvió de pedestal al Nazareno, cuando las nubes celestes descendieron del Paraíso para arrebatarle de la mansión del hombre, la brisa vespertina que agita las pequeñas y aterciopeladas hojas de tus olivos no ha oreado mi frente nunca.

Líbano inmortal, majestuoso fantasma de los tiempos, que guardas en tus mudos anales la historia monumental del pueblo escogido y de la divina tragedia del Gólgota, mis ojos no han contemplado nunca tu altura.

Yo no he tenido la dicha de admirarte, oh hermosa y poética Palestina. Los ojos del cuerpo no se han extasiado contemplando tus inefables bellezas, pero yo te contemplo con los ojos de mi alma.

Mis pies no han tenido la dicha de atravesar tus colinas cubiertas eternamente

de flores campestres y he envidiado siempre a los ilustres peregrinos, que han tenido tan grande suerte, pero he recorrido mil y mil veces tus florecientes praderas con mi pensamiento.

Oh Tierra santa de mis ensueños, permite que cual golondrina, que busca un techo amigo, donde fabricar su nido, penetre en tu seno amoroso y narre a los venideros la maravillosa historia de Aquél, que inmortalizó tu nombre y santificó con sus plantas tu suelo.

Cuatro mil años más o menos habían transcurrido desde el día en que Dios se dignó bajar a este mundo y crear al primer hombre, cuando apiadándose por fin de la pobre humanidad decaída por el pecado de Adán, resolvió en sus eternos designios volver a la tierra, para padecer y morir por el delito ajeno, y abrir al hombre las puertas del cielo.

Vivía en este tiempo en Nazareth, pequeña ciudad de la Baja Galilea, una Virgencita inocente y pura, cual el cándido lirio del campo, cuando hé aquí que mientras en la soledad de su santo retiro se entrega a la fervorosa oración, el Angel del Señor se le aparece y le dice: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo».

Ella, la castísima azucena, se turba al oír estas palabras, pero el celeste mensajero la confortó diciendo: «No temas, oh María, pues hallaste gracia ante el Altísimo. Hé aquí que concebirás en tu seno Virginal y nacerá de tí un Hijo a quien llamarás Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo».

Y dijo María al Angel: «¿Cómo podrá verificarse esto sino conozco varón?»

«No temas, pués todo se hará por obra del Espíritu Santo y el que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios.

«Hé aquí, pués, la esclava del Señor, contestó entonces la Virgen».

Pocos meses apenas habían pasado después de la Anunciación, cuando José, el castísimo esposo de María, viendo el embarazo de la que hasta entonces había tenido por la más pura de las criaturas, y sabiéndose inocente, resuelve abandonarla para evitar la infamia, pero un mensajero celeste se le aparece en el sueño y le dice: «No temas, oh José, hijo de David, no temas recibir como esposa a María, pués El que ella lleva en su seno es obra del Espíritu Santo. Ella dará a luz un Hijo a quien llamarás Jesús, pues tiene que salvar a su pueblo de sus peçados».

Siguió, pués, José viviendo castísima-

mente en compañía de la Virgen, habiendo conocido por medio del Angel que Dios le destinaba a hacer las veces de padre al divino infante.

A los nueve meses de la celeste embajada, en una gruta de Belén, como había sido anunciado tanto tiempo antes por los profetas, nacía el Mesías prometido, el esperado de todas las gentes; y su tierna madre le envolvió en humildes pañales, mientras una infinidad de Angeles bajaban del cielo para cantar en sus arpas de oro «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad».

Al mismo tiempo otro Espíritu celeste anunciaba a los pastores el portentoso acontecimiento y al instante se apresuran para ir a verle a ofrecerle sus dones.

Un nuevo astro aparece en el firmamento y tres ilustres personajes del Oriente se disponen para emprender un largo viaje, a fin de venir a presentar también ellos sus humildes homenajes al Rey de reyes, que acaba de venir al mundo.

«Yo os lo aseguro, dice uno de ellos, ésta es la estrella de Jacob, anunciada por el Profeta Balaam. Valor, amigos míos, sigámosla. Ella será para nosotros como la columna que guió a los Israelitas a las desiertas playas del Mar Rojo.

Sí, sigámosla, contestan los otros dos.

Una semana después, Gaspar, Baltasar y Melchor, guiados siempre por la maravillosa estrella, pudieron divisar a lo lejos las gallardas torres y la fuerte muralla de Jerusalem.

Cerca del camino que seguían murmuraba una límpida fuente y los ilustres viajeros se detuvieron.

A una voz del jefe del convoy, los dromedarios se echaron en el suelo y los tres personajes se apearon. Entonces cuatro esclavos extendieron una rica alfombra de paño de grana recamada de oro sobre la fresca yerba, y sentados en ella los Magos, les sirvieron un frugal desayuno.

De repente, y cuando más tranquila se hallaba la lujosa caravana, Gaspar se puso en pie y exclamó con asombro: ¡La estrella ha desaparecido!

Al oír esto, Melchor y Baltasar se pararon también, apartando de sus bocas las frutas que se disponían a saborear y pudieron cerciorarse de que la estrella había desaparecido entre las flotantes nubes que se mecían sobre la ciudad. Los reyes vieron con dolor que su radiante y misteriosa guía les abandonaba, y como el náufrago a quien se le escapa de entre las manos la

tabla en que ha creído ver su salvación, exalaron un doloroso suspiro. Pero uno de ellos extendiendo el brazo hacia Jerusalén interrumpió la silenciosa meditación de sus amigos diciendo: Prosigamos nuestra noble peregrinación; la estrella ha desaparecido, mas no importa: ante nosotros se levanta una gran ciudad digna de servir de cuna al Rey de los judíos. Marchemos a Jerusalén.

Sí, sí, dijeron todos, prosigamos nuestro camino; la misteriosa estrella, que nos ha conducido desde el Tigris al Jordán, no puede habernos abandonado sin un poderoso motivo. Y además ¿quién habrá en la ciudad que no sepa donde ha nacido el Mesías? Con sólo preguntar al primer transeunte que encontremos, podemos estar seguros, que nos conducirá al pie de la cuna de ese Rey a quien buscamos.

Acordes los Magos volvieron a montar en los dromedarios y poco después entraban en la ciudad.

Algunas mujeres curiosas, envueltas en sus lijeros mantos se asomaban a las azoteas para ver pasar a los viajeros, mientras los reyes, tristes y desalentados caminaban sin saber a donde.

La esperanza se iba enfriando en sus

corazones, y viendo algunos curiosos que se iban agrupando en torno de ellos, Gaspar, que iba adelante, se inclinó sobre el redondo cuello de su dromedairo dirigiéndoles la palabra en estos términos: jerosolimitanos, ¿sabéis en donde se halla el Mesías prometido por los Profetas, el Rey de los judíos, que acaba de nacer?

El populacho se miró con asombro y no hallando palabras con qué contestar a los transeuntes hizo un movimiento de hombros sin responder.

Baltasar, a su vez, preguntó a los que tenía más cerca: ¿En donde está el Mesías, el Rey de los judíos?

En Jerusalén no hay más Rey que Herodes el Grande, nuestro señor, le respondió uno.

Nosotros hemos visto una estrella desconocida en el cielo, añadió Gaspar, y esa estrella no cabe duda que es la que predijo Balaam.

La estrella de Jacob aun no ha nacido para los Israelitas, le contestó un fariseo.

Locos deben ser, murmuró un soldado romano, mirando con desdén a los Magos. Demos parte a nuestro rey Herodes, dijo otro.

Sí, sí, démosle parte exclamaron va-

rios herodianos, que se hallaban entre la apiñada multitud.

Los reyes por su parte, viendo que eran inútiles sus preguntas, torcieron por una ancha calle que conducía al antiguo palacio de Davíd, y se instalaron en uno de sus derruidos pórticos.

Herodes

En el año 3932 y 68 antes de la venida de Jesucristo, en Escalón, ciudad marítima de Palestina, en una noche negra como su alma, fría como su impiedad, tempestuosa como las pasiones que inundaron su corazón, vió la luz por vez primera Herodes, a quien la historia ha llamado Grande, pero que en realidad no merece sino el de verdugo de Belén, azote de la Galilea, oprobio de su raza.

Los huracanes desencadenados saludaron su venida al mundo haciendo estremecer los edificios con su poderoso aliento. Las olas mugidoras de los mares bramaron como si legiones infernales se agitaran en medio de sus aguas. Los vientos irritados, hicieron temblar con el veloz empuje de su carrera los altos cedros y las robustas higueras de las cercanías de Esca-

lón. Los ríos salieron de su natural camino y desbordando por los campos y ciudades sus turbulentas y rojizas aguas, llenaron de pavor y de miseria a los infelices moradores de las aldeas. La naturaleza entera exaló un gemido de dolorosa agonía, como para pronosticar el futuro tirano, que acababa de nacer; o mejor dicho, el tigre sanguinario, que por doquiera que pasara no dejaría sino regaderos de sangre.

Esclavo de sus pasiones, soberbio, ambicioso y colérico, llegó a veinticinco años cruzando por una senda de crímenes y de escándalos, que para no ruborizar al lector dejamos de referir.

Tal era el que ocupaba el trono de Jerusalen cuando los reyes Magos entraron a esta ciudad en busca del Mesías.

Entremos en su palacio, y cruzando unos salones nos hallaremos en un aposento lujosamente adornado. En un lecho de marfil, tendido sobre mullidos almohadones se halla el rey. Una mesa triangular de mármol de Paros, blanca como la nieve, sostiene una lámpara de oro que tiene la forma de una águila con las alas extendidas. Una luz clara y viva sale del pico del animal, símbolo de Roma. Una corona de laurel colocada sobre un pequeño

almohadón, se halla junto a la lámpara. Herodes, apoyada su cabeza entre las manos, como si quisiera ocultar su semblante, se agita convulsamente, víctima de los agudos dolores que desde hace tiempo le destrozan las entrañas, cuando un esclavo etíope, negro como el carbón y ricamente vestido, aparece entre las cortinas que cubren la puerta de la entrada. Apenas Herodes le ve aparecer, le pregunta: ¿Qué quieres esclavo?

Vengo, señor, a ponerte en conocimiento de que acaban de llegar a la ciudad tres ilustres personajes procedentes de Oriente; creo que vienen conducidos por una estrella en busca del Mesías.

¿Qué quieren? ¿Dónde están ahora?

Desean hablarte. Han levantado sus tiendas junto a los derruidos pórticos de David.

Pues bien; reune a mis guardias y traeme a esos extranjeros. Al mismo tiempo haz que se reunan los sumos sacerdotes y escribas de la ciudad y condúceles a esta pieza.

El esclavo salió en seguida para ejecutar las órdenes de su señor y Herodes volvió a quedarse solo.

Después de una breve pausa, durante la cual permaneció inmóvil, como si estu-

viera clavado en la alfombra, lanzó un suspiro, y dejándose caer rendido sobre su mullido lecho, murmuró estas palabras: ¿Qué rey será ese que acaba de nacer? ¡Oh! ¡pobre de él, si cae en mis manos!

Y luego, extendiendo la mano sobre la corona, que se hallaba en la mesita de mármol, continuó; Esta corona es mía y sólo el desearla cuesta la cabeza. ¡Pobre de él si la mira con codicia, si quiere arrancarla de mis sienes!....

Una hora después el esclavo volvía a entrar en la cámara de su señor.

¿Dónde están esos extranjeros, le preguntó.

La luz del alba los hallará a las puertas de tu real palacio.

¿Qué gente llevan?

Poca, señor; basto yo con los demás esclavos de tu casa para exterminarlos, si te place.

Herodes respiró.

¿De dónde vienen?

Dos de ellos de Persia y el otro de la India Oriental, según me han informado sus esclavos.

Conque los patriarcales persas no quieren abandónar sus tiendas durante la noche.

El día no está lejos.

Herodes se deslizó de la cama y encaminándose a una ventana la abrió para mirar al cielo.

Está bién, continuó diciendo; y si no son puntuales, aquí no estamos en Persia; aquí estamos en Galilea, yo soy el rey de Jerusalén y puedo castigar su desobediencia, si así me place; y mientras decía esto se paseaba por el cuarto, ocultando su agitación.

El esclavo, inmóvil como una roca, seguía con la mirada las evoluciones de su señor esperando una orden para ejecutarla, cuando una puerta secreta se abrió dejando un hueco en las preciosas tapicerías. Su chirrido imperceptible hizo que Herodes volviera la cabeza con rapidez, porque por todas partes veía el puñal del asesino.

Otro esclavo apareció entonces en la puerta diciendo: Señor, varios ilustres ciudadanos esperan tus órdenes.

¿Ya llegarón? Qué pasen.

Poco después Herodes con la corona de laurel sobre su frente, y afectando una tranquilidad de espíritu que no sentía, se hallaba rodeado de los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes.

Absortos los nobles ancianos ante su rey, sin poderse explicar la causa de aquella reunión, esperaban silenciosos y gra-

ves, oír de lo boca de su señor el motivo que la había originado.

Después de una pequeña pausa, durante la cual Herodes procuró leer con una mirada escudriñadora en el corazón de aquellos ancianos, dijo con dulce acento y la sonrisa en los labios: Ilustres sabios, sagrados sacerdotes, que transmitís a vuestros pueblos las profesías de los Profetas, si os he llamado a tal hora a mi palacio, es porque en Judea yo, vuestro rey, soy el primer súbdito de las sagradas leyes de Moisés, y deseando rendir vasallaje a vuestro Dios invisible, quiero preguntaros ¿En qué lugar debe nacer el Mesías?

Los sacerdotes, conocedores de las Sagradas Escrituras, aunque absortos ante la inesperada pregunta, respondieron sin vacilar: en Belén de Judá, Señor.

Herodes se turbó al oír éstas palabras, permaneciendo algunos instantes como aturdido y sin saber qué decir, pues aquellas profecías que veía casi realizadas le desorientaban. La duda y el miedo luchaban en el corazón del monarca, que no encontrando palabras con qué responder, se había encerrado en un vergonzoso silencio.

Por fin desechando las ideas que le subyugaban, tartamudeó estas palabras: Gracias, sabios doctores, habéis compla-

cido una curiosidad que me preocupaba desde hace algunos días; ahora podéis retiraros.

Los hebreos, saludando respetuosamente, salierón de la cámara del rey, y Herodes quedó solo. Por su mente pasaron en tropel tomando forma, las profecías de los sacerdotes. Vió al Mesías, al nuevo Rey de Judá, llevar triunfante su glorioso estandarte de Oriente a Occidente; recordó las innumerables víctimas sacrificadas en el altar de su desmedida ambición para consolidar su poder, y gruesas gotas de sudor comenzaron a deslizarse por su rugosa frente. El sanguinario idumeo tenía miedo; y ese miedo fué su verdugo en los últimos años de su vida.

¡Oh! ¡no será! exclamó, midiendo a grandes pasos su aposento, con reconcentrado furor, no será que ese débil niño venga a turbar mis sueños . . . a ponerse en mi camino! . . . . . .

Luego deteniéndose delante de la corona, cuyas ojas brillaban a los rayos claros de la luz del naciente sol: Tú serás mía, le dijo, y sólo mía hasta mi última hora. Y, si es preciso para eso sacrificar a la raza Israelita entera, poco importa. Armaré mis legiones y las trompetas del degüello anunciarán su último instante. Sí, yo os exter-

minaré como Nabucodonosor: ni los muertos del valle de Josafat se han de librar de mi furor.

Se cuenta que el mar Muerto se formó sobre las ruinas de Sodoma y Gomorra con la lluvia de azufre y fuego que el cielo indignado lanzó sobre éllas; pues bien, la arenosa Palestina con la sangre de sus soñadores hijos se convertirá dentro de poco en otro mar, que llamarán los venideros el mar de Sangre.

Dicho esto, como si hubiera agotado las últimas fuerzas de su enfermizo espíritu, se dejó caer desplomado sobre un almohadón, contraído el semblante y tembloroso el cuerpo.

De esta abatida situación vino a sacarle su esclavo favorito, a quien amaba como a uno de sus miembros y a quien confiaba la ejecución de sus crímenes.

Los extranjeros esperan ser admitidos a tu presencia, señor, dijo haciendo el acostumbrado saludo.

¿Vienen solos? preguntó el idumeo, girando en torno suyo los ojos.

Así lo has mandado y tu orden es ley para mí, respondió el esclavo.

¿Qué tengo que decirles?

Que entren.

El esclavo hizo una humilde reverencia y salió.

Herodes entre tanto se deslizó de su asiento, procurando serenar su semblante; fué a colocarse delante de su espejo y comenzó a teñirse los cabellos y la barba que adquirieron instantáneamente una brillantez y un negro admirable. Después fué a ceñirse la corona, colocó sobre sus hombros un rico manto y fué a sentarse en uno de los lujosísimos divanes tomando una actitud noble y majestuosa.

Cuando los tres Magos aparecieron en la puerta, Herodes era otro hombre del que acababa de verse solo con su conciencia.

Los Magos, que con los brazos cruzados sobre el pecho, habían saludado al señor de Jerusalén, esperaban sus órdenes junto a la puerta de la regia cámara inmóviles y silenciosos.

El esclavo que los introducía, pudo leer en los ojos de su amo lo que éste pensaba y fué a ocultarse con algunos compañeros de su esclavitud entre los anchos pliegues de las colgaduras de la puerta, pronto a ejecutar cualquier mandato de su señor.

Herodes por fin se dirigió a los Magos

diciendo con melifluo acento: Pasad y sentaos, ilustres extranjeros.

Los peregrinos obedecieron.

Sabios de Irán, que habéis llegado a mis tierras en busca de un rey que acaba de nacer, yo os saludo, dijo Herodes después de contemplar un momento a los caldeos.

Los discípulos de horoastro, los gentiles adoradores del sol se inclinaron respetuosamente. Gaspar, el más anciano de los tres, y conocedor de la lengua hebrea tomó la palabra diciendo: La esperanza de encontrar a ese Rey nos trae desde las orillas del Tigris a tu ciudad; pero nuestras esperanzas se desvanecieron como un sueño.

No os comprendo, respondió Herodes, que con melosas palabras y hábiles giros quería saber de ellos mismos cómo habían llegado a su tierra. ¿Por qué, pués, no habéis venido a hospedaros en mi palacio que es vuestro? ¿Porqué habéis levantado vuestras tiendas en los derruidos pórticos del Rey de los Cantares?

Hemos preferido ese lugar creyendo que nos sería más fácil saber algún indicio del que buscamos.

¿Por ventura a los ilustres Babilonios

les interesa la suerte de un pueblo que no es el suyo?

Lo que se anuncia a los hombres con signos del cielo, interesa a la humanidad entera.

¿Se os ha anunciado de ese modo?

Balaam predijo una estrella, que debía aparecer en la época del nacimiento de un gran Rey, el cual estaba destinado a pasear su vencedor estandarte desde el Oriente al Ocaso.

Pero esa estrella no la hemos visto en Judá; mis sabios nada me han dicho. ¿Cómo, pues, me explicáis una cosa tan extraña?

¿Cómo, pues, el Dios invisible de los hebreos, el verdadero Dios se anuncia en la tierra de los paganos y no en la de sus fieles?

Nadie puede explicar a los incrédulos las misteriosas revelaciones del Creador del universo.

La fé no falta a Herodes.

Entonces cree que ese hermos oastro ha aparecido en Oriente.

¿Durante la noche?

Noche y día ha brillado sobre las cabezas de nuestros dromedarios, guiando con su misteriosa luz nuestros inciertos

pasos a través de la arenosa Palestina; desde Seleucia hasta Jerusalén.

Enseñadme el punto del cielo en que se encuentra esa estrella.

Es imposible, el hermoso astro nos ha abandonado al divisar las altas torres de tu ciudad.

Y ¿qué auguráis vosotros de esa separación? y ¿para qué buscáis con tanto afan a ese niño?

Para depositar a sus plantas oro como a un Rey, mirra como a un hombre e incienso como a Dios; besar sus santos pies, rendirle vasallaje y adorarle como se merece el Hijo de Dios.

Herodes escuchó con profunda atención las últimas palabras de los Magos, y viendo satisfecha su curiosidad, ya quería alejarlos de su presencia; cuando Gaspar, tomando nuevamente la palabra le preguntó: Tú, oh rey de Jerusalén, sabrás por medio de las profecías el lugar destinado para el nacimiento del Mesías y te pedimos nos lo indiques.

Sí, contestó Herodes; Belén de Judá es el lugar predicho. Id a informaros exactamente de ese niño, y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.

En seguida los Magos salieron del pa-

lacio del que meditaba ya la muerte del niño Jesús; y mientras volvían a sus tiendas Gaspar dijo sumisamente a sus compañeros: Si el rastro de sangre humana, que enrojece la tierra de Israel, no le pregonara como un asesino despreciable, se podría creer que es un hombre recto y digno de estimación.

La adoración

Cuando los peregrinos persas salieron del palacio del rey era todavía temprano. Inmediatamente mandaron levantar sus tiendas y con la esperanza en el corazón abandonaron la capital de Judea, saliendo por la puerta de Damasco.

Dos horas de marcha llevaban ya los caldeos, cruzando valles y trepando empinados desfiladeros. El sol en toda su plenitud lanzaba sobre la tierra de Palestina la vivificante y clara luz de sus rayos, cuando se detuvieron junto a una cisterna, que hoy aun existe, para dejar beber a sus dromedarios.

De repente, cuando menos se lo esperaban, aparece en el zenit el astro luminoso, que desciende como una exalación sobre sus cabezas. Los viajeros, sin poder-

se contener, hacen un movimiento de terror y cierran los ojos, creyendo que un rayo cae sobre ellos para exterminarlos. Pero luego se tranquilizan al verle quedarse suspendido en el espacio a corta distancia de sus cabezas, enviándoles las variantes radiaciones de sus hermosos rayos, que esmaltan cuanto tocan con sus brillantes chispas.

¡La estrella! ¡La estrella! exclamaron con loco entusiasmo los esclavos y soldados de la caravana.

¡La estrella! ¡Nuestra estrella! repitieron con gozo los Magos, elevando los ojos al cielo.

Prodigio de los cielos, misteriosa revelación de un Dios, añadió Gaspar con fervoroso acento, guíanos hasta la cuna del nacido Mecías, y yo besaré sus pies y adoraré su cuerpo.

Entonces la estrella, como si hubiera esperado las palabras del rey idólatra para emprender su marcha comenzó a deslizarse por el espacio y los reyes la siguieron.

Dejando la tierra a los dromedarios, fijos los ojos en la estrella caminaron dos horas más entre barrancos y precipicios, sin ocuparse del peligro, que les amenazaba a cada paso.

Por fin el brillante astro se detuvo en

la cima de una ciudad, que descansaba en la cumbre de una amena colina. Aquella ciudad era Belén de Judá, patria inmortal y cuna del Redentor del mundo.

Los Magos se disponían a entrar en ella, cuando la estrella, como si se hubiera desprendido de la mano misteriosa que la sujetaba en el espacio, cayó del cielo y fué a colocarse sobre la desmoronada y ruinosa entrada de una gruta.

Los reyes magos creían encontrar al Mesías en un suntuoso palacio y le hallaban en un establo. Pero aunque les asombró el sitio miserable que la mensajera del cielo elegía para detener su paso, echaron pie a tierra, y haciéndose descalzar las sandalias por sus esclavos, hundieron sus frentes en el polvo del umbral y entraron después en el establo.

El niño Dios se hallaba reclinado sobre un humilde lecho de pajas, la santa Madre a su lado, contemplaba con dulce veneración a la prenda de su amor, mientras el astro de los cielos iluminaba con sus hermosos rayos aquel cuadro encantador.. . . . . sublime . . . . .

Los reyes avanzaron hasta el pie del pesebre con profundo respeto.

Grande era la fe que les animaba, cuando doblando ambas rodillas fueron a besar

con suma reverencia los pequeños pies de
aquel Niño, cuya mirada
Enciende el sol y la luna,
Y no hay estrella ninguna,
que sin El tenga esplendor.

Creer que aquel Niño era todo un Dios y postrarse ante el hijo de un carpintero tres poderosos reyes de Oriente, en el tiempo de la venida de Jesucristo, era tan inverosímil, tan portentoso, como desaguar el inmenso Oceano, o convertir el desierto del Sahara en un hermoso jardín. Sólo el mismo Dios pudo llevar a efecto tan grandiosa transformación. Sólo el Hijo de Dios pudo inspirar tanta fe en aquellos corazones y conducir junto a su cuna con los pies descalzos y el polvo en la frente, a Gaspar, Melchor y Baltasar.

Puestos de hinojos ante Jesús los poderosos reyes adoraron al recien nacido, como los príncipes de Oriente adoraban entonces a sus falsos dioses. En seguida abrieron los ricos cofrecillos que llevaban y sacaron para depositar a los pies del Mesías, oro, mirra e incienso; reconociéndole de este modo como Rey, Hombre y Dios.

María contemplaba con gozo indefinible aquellas preciosas ofrendas que los poderosos reyes de Asia ofrecían a su divino Hijo, y derramaba agradecidas lágrimas

ante aquellos nobles extranjeros, que desde tan apartados climas venían a besar los pies de su adorado Niño.

Los Magos después de haber adorado con fervor profundo al Mesías y manifestado su respeto a su santa Madre, salieron del establo caminando de espaldas, hacia la puerta y montando en sus dromedarios se pusieron en marcha.

Fieles a su palabra, ya dirigían sus pasos hacia la capital, con el objeto de revelar a Herodes todo lo que les había acontecido; pero Dios, que lee en el cerrado libro del corazón humano, vió la miserable hipocresía del tirano de Judá, y quiso evitar el peligro que amenazaba a su Divino Hijo, y a los sencillos caldeos, enviándoles un emisario celeste, que les enteró de los sangrientos planes de Herodes.

Esta revelación fué hecha durante el sueño; y al día siguiente los Magos dieron gracias a Dios, y en vez de seguir el camino que llevaba a Jerusalén,hicieron torcer el rumbo a sus dromedarios y se dirigieron a las riberas pintorescas de la Siria, para volver a su país.

Mientras tanto María, para cumplir con la ley de Moisés, que prescribía a la mujer hebrea la purificación en el templo,cuarenta días después de su parto, abandonó la ciu-

dad de sus padres y se trasladó a Jerusalén.

La Virgen con el Niño Jesús en brazos y acompañada de su casto esposo, llegó a las gradas del templo. La Nazarena era pobre y sólo podía ofrecer al sacrificio una humilde tórtola. La santa Familia esperaba bajo los altos pórticos de la sinagoga la hora del rescate de su primogénito, cuando un anciano venerable, a quien el Evangelio llama Simeón, hombre justo, abriéndose paso entre la gente, llegó hasta donde estaban los santos Esposos, y después de arrodillarse a sus pies, tomó al Niño Jesús en brazos y elevándole a la altura de su rostro, exclamó con indecible gozo: «Ahora es cuando Vos, oh Señor, dejaréis morir en paz a vuestro siervo, pues mis ojos han visto al Salvador que Vos nos habéis enviado, y a quien destinais para estar expuesto a la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel».

Y mientras los santos Esposos escuchaban las palabras proféticas del anciano, que extático contemplaba el candoroso semblante del Niño Dios: «¡Oh Madre feliz! prosiguió Simeón, tu santo Hijo será el sol resplandeciente que ahuyente las tinieblas de Israel. Objeto de gloria para unos, motivo de perdición para otros; será puesto

como signo de contradición; y Tú, que le llevaste en tu seno, verás traspasada tu alma maternal por la espada del dolor.»

Mas la hora de presentar al Niño en la sala de los primogénitos sonó, y José, dejando a su santa Esposa en los atrios del templo, entró en la casa de Dios con su Hijo en los brazos.

Terminada la ceremonia prescrita por la ley, salió del templo,reunióse con la Virgen y ambos abandonaron la ciudad de Jerusalén, dirigiéndose a Nazareth por el camino de Galilea.

La Huída.

Muy corta fué la permanencia de los santos Esposos en Galilea. El mes de febrero se hallaba próximo a la mitad de su curso, cuando una noche José se levantó azorado de su lecho. La voz de Dios había interrumpido su tranquilo sueño diciéndole: Levántate, toma al niño y a su Madre y huye a Egipto; y permanece allí hasta que yo te avise sobre tu vuelta, porque Herodes va en busca del Niño con intención de matarle.

Aun el eco misterioso de la divina revelación zumbaba en los oídos de José,

cuando precipitadamente llegó a la puerta del dormitorio de la Virgen, y le dijo con agitado acento: María, despierta y deja tu lecho; coge en tus brazos al Niño y disponte a emprender un viaje largo y penoso.

María, que se hallaba junto a la cuna de su Hijo, corrió sobresaltada a abrir la puerta y apenas vió a José: ¿Partir de Nazareth?, le preguntó, ¿y a donde?

A Egipto; Dios nos lo ordena, pues Herodes busca a nuestro Hijo para darle muerte.

María contestó con un profundo suspiro, y precipitándose sobre la cuna, cogió en sus amorosos brazos a Jesús, como si en sus brazos se hallara más seguro del puñal asesino.

El Niño despertó enviando una celestial sonrisa a su aterrada Madre. Esta sonrisa, cual el rayo del sol después de la tormenta, tranquilizó el agitado espíritu de la Virgen, y luego volviéndose hacia el Patriarca, que permanecía respetuosamente junto a la puerta, dijo; Entra, José, y no temas; nuestro Jesús sonríe y su sonrisa es como el arco iris de la tarde que disipa las cargadas nubes.

Dios nos ordena ejecutar lo que te he dicho, repuso el anciano apenas entró.

Partamos, pues, y desde el cielo, Dios

velará por nosotros durante la travesía, dijo a María con santa resignación.

En seguida la Virgen colocó en un saco de lino algunos pañales y piezas de ropa indispensables; mientras que José buscando en el cajón de una mesa sus pobres economías, las guardó cuidadosamente en una bolsa de cuero. Luego entró en el establo, aparejó la pollina que les había conducido a Belén dos meses antes, colocó sobre sus pacientes lomos algunos víveres y un pellejo de agua; dejó bajo el emparrado el animal y fué a decir a su esposa que todo estaba listo.

La Santa Familia salió de Nazareth con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazón, cuando los astros de la noche se hallan en mitad de su carrera.

El Angel les había anunciado que huyeran del peligro, pero no les había proporcionado los medios. De Nazareth a Egipto mediaba una distancia de ciento sesenta leguas. Además de la larga distancia tenían que atravesar inmensos desiertos sin caminos señalados y con peligro de ser sepultados entre aquellas olas de arena, o asaltados por los bandidos árabes, que, como bandadas de buitres, se lanzaban sobre las caravanas armadas, despojándolas de todo lo que tenían y privándo-

las de la misma vida. Pero ¿qué podían temer los que llevaban en su compañía a Dios?

Caminaron sin parar toda la segunda mitad de la noche y las horas más frescas de la mañana. Pero cuando vieron ya muy entrado el día, temerosos de que la luz del sol les entregara a las bandas de soldados romanos, que Herodes había expedido en todas direcciones, en busca del Niño, se ocultaron en un bosquecillo de palmeras, cuya solitaria y abundante sombra les ofrecía un refugio durante las horas del día.

El murmullo de los arroyuelos, que corrían a poca distancia de ellos; el suave gemido de las brisas, que se mecían entre las gallardas copas de las esbeltas palmeras; el canto tierno y cadencioso de las aves, acompañaron por unos momentos las dulces sonrisas de Jesús, pero he aquí que de improviso José, que se hallaba ocupado en los preparativos del frugal alimento, paraliza un instante sus brazos y quedándose inmóvil con el oído atento: ¿Has oído, María? pregunta azorado a la Esposa.

La joven Nazarena escuchó un momento, palideció, e instintivamente apretó a su Hijo contra su pecho.

El Niño no sonreía, las tórtolas no a-

rrullaban, los pajarillos del bosque habían suspendido su canto, y una nube sombría había obscurecido el ardiente disco del sol.

Oigo, murmuró María en voz baja, así como ruido de armas y pisadas de caballos al extremo opuesto de este valle.

Sí, hacia la montaña, por el camino romano; puede ser que sean mercaderes de Tiro, que regresan a sus puestos.

¿Y si fueran herodianos? preguntó María aterrorizada.

Tranquiliza tu espíritu, este valle se halla bastante apartado del camino.

Luego siguió una breve pausa. Los caballos se iban aproximando cada vez más.

María ocultó maquinalmente a Jesús entre los flotantes extremos de su manto y alzó los ojos al cielo en ademán suplicante.

José estaba a su lado mudo, triste y con la dolorosa mirada fija hacia el punto del camino por donde debían aparecer los viajeros, que tan terribles temores causaban a su corazón.

De repente una voz varonil y vibrante llegó a sus oídos. Esta voz humana era acompañada de un canto armonioso y guerrero, cuyas notas llegaban claras y sonoras a los oidos de los fugitivos, quebran-

tándose en las altas copas de las palmeras.

. Son romanos, murmuró José. Aunque no comprendo bien las palabras, creo que cantan la canción del famoso gladiador.

María se quedó silenciosa y sólo pensaba en la prenda de su corazón, oprimiéndolo cariñosamente contra su seno.

Entre tanto las voces se iban aproximando, y poco después las brisas del campo llevaron hasta los oídos de la Santa Familia el leve sonido de los importunos cantares. Cuando cesó la voz, las pisadas de los caballos se oyeron a muy corta distancia del bosquecillo. Los fugitivos apenas respiraban.

Un momento después los cascos y las lanzas de los jinetes brillaban entre las verdes espesuras del bosque. María tuvo miedo y elevando sus dulces miradas a allá, de donde viene todo auxilio, exclamó con doloroso acento: Oh piadosa palmera que elevas tu gallarda copa hacia el cielo, tú que te hallas más próxima a Dios que esta pobre madre, díle que no abandone a mi pobre Hijo.

Entonces sucedió una cosa extraña, sobrenatural, milagrosa. El árbol inclinó hacia la tierra sus largas ramas cubriendo con su verde bóveda a la Santa Familia; y los soldados de Herodes pasaron junto a

la palma protectora, sin ver, ni pensar que allí estaba el que buscaban con tanto afán.

Como a unos treinta pasos de los fugitivos murmuraba entre el césped el hervidero de un fresco manantial de agua cristalina. Los romanos se detuvieron y algunos echaron pie a tierra.

La consigna no nos prohibe béber agua cuando tengamos sed y hallemos ante nuestro paso una fuente como esta, dijo uno de los jinetes, quitándose el casco y llenándole en el manantial.

¡Por Júpiter! que la pena infamante de las baquetas y de la cruz no había de detenerme, si tuviera sed y hallara un manantial tan claro como el que tengo delante de mí, dijo el que iba a beber.

Luego, pasando a otro asunto continuó diciendo: ¿Qué opinas, amigo Cayo, de nuestra expedición?

Opino, Octavio mío, que el tributario Herodes aullará como un perro rabioso cuando nos vea regresar a Jerusalén sin noticias del Mesías, ni de los reyes Magos.

Tienes razón; pero ¿qué culpa tenemos nosotros? Parece que la tierra se ha tragado a uno y a los otros.

Por otra parte me alegro, dijo Cayo; los soldados de la invicta Roma no hemos

venido a Palestina a perseguir chiquillos y a encarcelar indefensos peregrinos.

Poco después el centurión dió la orden de partir y tomaron a buen paso el desigual y quebrado camino que conducía a Jerusalén.

Conforme iban alejándose las pisadas de los caballos, las caídas hojas de la palmera tornaban a tomar su posición natural y la Santa familia seguía dando gracías a Dios por el inmenso beneficio que acababa de recibir.

Entre tanto se había hecho noche. La luna traspasando con sus plateados rayos las apiñadas hojas del árbol que les servía de tienda, bañaba con su luz clara y tranquila la sonrosada frente de Jesús. Una sonrisa de indefinible ternura vagaba en los rojos labios del santo Niño, y una mirada amorosa dirigida a su Madre infundió a la Virgen todo el valor que en tan penoso viaje necesitaba su espíritu.

¿Es esto un sueño? decía la Nazarena, estrechando a su hijo contra su pecho. ¿Vive aun la vida de mi vida? ¿Sus impíos perseguidores no han derramado su preciosa sangre?

No, María, no, le contestó José; el Dios de las misericordias le ha salvado. Mas partamos que el tiempo es precioso y la

noche debe ser nuestra amiga hasta que lleguemos a las riberas de Siria, pues sólo allí comenzaremos a estar seguros.

La Virgen, al oír la orden de su esposo, se revistió en seguida de ese valor que sólo poseen las madres cuando de él depende la vida de sus hijos, y abandonando el bosque hospitalario, donde tantos temores había experimentado, siguió a su Santo Esposo con la resignación de una mártir.

Sabían muy bien cuántas amarguras y penalidades les esperaban todavía y sin embargo estaban contentos, pues un sólo deseo les preocupaba: salvar a Jesús del furor de Herodes. Por eso no temían cruzar a favor de las sombras de la noche los espesos bosques y los calcinados barrancos de Palestina. El estridente aullido de los lobos era más grato a sus oídos que el estruendo de las armas y el galope de los caballos. Por todas partes su asustadiza imaginación creía ver un soldado romano que con feroz sonrisa extendía sus nervudos brazos para arrebatarles a su amado Jesús. Errantes fugitivos, cual criminales; perseguidos, cruzaron la Galilea y parte de la Samaria, huyendo de las ciudades, evitando el contacto de las gentes; caminando de noche, refugiándose en las profun-

das cuevas de los montes durante las horas del día.

Después de atravesar las tribus de Palestina, cuando estaban ya casi libres del furor de Herodes, les esperaban todavía los arenosos desiertos de Egipto.

Aquellos caminos sembrados de cadáveres, aquellas vías marcadas únicamente por los esqueletos de los camellos y por los caravaneros, aquellas soledades terribles infestadas de bandidos, cien veces más salvajes y crueles que los mismos salvajes, se les presentaban a cada instante como otros tantos fantasmas aterradores y sin embargo seguían adelante. Aquellas inmensas extensiones de terrenos áridos, donde no se halla ni yerba, ni flores, ni un árbol, ni una gota de agua, ni un pájaro que cante, donde no se escucha más que el graznido del cuervo, que se cierne sobre el agonizante pasajero, esperando que exhale el último suspiro para devorarle, o el rugido de la pantera, que desde su ignorada cueva está olfateando el cadáver del abrazado caminante, les llenaba de terror y espanto, pero no era suficiente para detener sus pasos.

¡Oh! ¿quién podrá narrar los sacrificios de los enamorados de Jesús?

¿Cómo podrán los castos nazarenos

cruzar tan peligroso camino, sin más auxilio que su modesta cabalgadura, que se hundirá en la movible arena, como el cadáver en su fosa, para no volver a salir, sino para presenciar con el alma el juicio final?

Una noche fría y lluviosa los Santos Esposos y el Divino Jesús cruzaban profundos y solitarios barrancos, cuando de repente San José que iba adelante, llevando la pollina del ronzal, se detuvo ante una voz áspera e imperativa que con brusco tono gritó desde el hueco de una peña: ¡Alto o eres muerto!

José se detuvo asombrado; María se estremeció, y temerosa de que aquel hombre tratara de arrebatarle a su Hijo, procuró ocultarle en el rebozo de su manto. Era la primera vez desde su salida de Nazareth, que había visto interrumpido su misterioso viaje por la voz de los hombres.

Antes de que los viajeros se dieran cuenta de lo que les acontecía, se vieron rodeados por una multitud de hombres, que fueron saliendo de entre las plantas y las quebraduras del barranco.

Los puñales se hallaban levantados sobre sus cabezas, cuando San José con una entonación dulce y suplicante les dijo: ¿Qué mal os ha hecho esta pobre Madre

y su inocente Hijo, para que levantéis vuestros puñales contra ellos?

Tienes razón, buen anciano, dijo una voz varonil. Estos bandidos no tocarán ni un hilo de vuestra ropa; me lo han jurado, y estoy seguro que ninguno de ellos faltará a su juramento, aunque los satélites del feroz Herodes les enseñaran una cruz elevada en el Gólgota.

Luego Dimas, pues así se llamaba el que había pronunciado las tranquilizadoras palabras y era el jefe de los ladrones, abrióse paso por entre sus compañeros y acercándose a San José: Nada temas, buen anciano, le dijo, las canas de tu cabeza son una garantía para tu persona; y en cuanto a esa joven mujer que oprime a su pobre infante temerosa de que le ofendan, puedes tranquilizarla, pues ningún riesgo corre entre nosotros. Si alguno se atreviera a ofenderla el puñal de los demás daría buena cuenta de él.

Pero la noche es fría y veo que esa tierna criatura debe sufrir, toma mi manto para que se abrigue; y diciendo esto se lo quitó y se lo pasó a José.

¡Oh gracias! ¡gracias, hombre bueno y caritativo! Dios te premie en la hora de tu muerte esta buena acción. Y luego derramando lágrimas de agradecimiento, cu-

brió a su esposa y al niño con la capa del bandido.

Ahora, buen anciano, síguenos con tu esposa, dijo Dimas; mi castillo no está lejos de aquí, y creo que admitirás el hospedaje que te ofrezco, hasta que se despeje la tempestad que aun muge sobre nuestras cabezas.

Los santos viajeros aceptaron el ofrecimiento del jefe de los bandidos, y algunas horas después se hallaban instalados en la cocina de un derruido castillo, donde Dimas hizo encender una fogata, para que se secaran la ropa.

El hospitalario facineroso obsequió a sus huéspedes con una solicitud admirable.

Sirvióles una cena abundante, y por su misma mano les preparó dos lechos formados de pieles de camellos, para que descansaran de las fatigas del viaje.

Al dejarlos solos para que se entregaran al sueño, pidió permiso a la madre para dar un beso al Niño, y María le presentó a Jesús diciéndole: Sí, bésale señor, pues tú le proteges.

Dimas imprimió entonces un ruidoso beso en la frente del Mesías y luego saliendo de la habitación con sus compañeros les dijo: No sé lo que he sentido en mi pecho al tocar a ese Niño con mis labios; pe-

ro parece que respiro mejor y me hallo como si toda mi sangre se hubiera purificado.

Poco después todos dormían en el castillo; tan sólo las nocturnas cornejas revoloteaban sobre los bordes de las murallas y en las grietas de las rocas.

Cuando a la mañana siguiente Dimas se encaminó a la habitación de sus huéspedes, la santa familia lo recibió con una sonrisa de agradecimiento.

El bandido mandó disponer una abundante comida y suplicó a sus buenos huéspedes que salieran a tomar el aire a la plataforma del castillo.

El día está hermoso, les dijo, subid conmigo para que vuestro hijo respire el aire puro de la montaña.

La Santa Familia siguió a Dimas, admirada de la benevolencia del jefe de los bandidos.

Aquel facineroso empedernido, fascinado ante la mirada de Jesús, no apartaba los ojos de El, y viendo que nada le decían del motivo de tan penoso viaje, se vió tentado a preguntarlo. Pero después quiso mortificar su curiosidad, y respetó el secreto que no le revelaban.

Cuando llegaron a la muralla, treparon por una estrecha y empinada escalera y subieron a la plataforma del castillo. U-

na vez allí, Dimas cogió en sus brazos a Jesús y asomándole por las troneras, le enseñó el ganado que pacía en los alrrededores del castillo diciéndole con afable y complaciente mirada: ¿Ves aquellas ovejas, que pacen tranquilamente a la sombra de los muros del castillo? Esas son nuestras, y aquel corderillo blanco blanco, como la leche de su madre, es tuyo; ¿lo quieres? Yo te lo regalo, para que te acuerdes del hospedaje, que te ha ofrecido el facineroso de los montes de Samaria. Jesús entre tanto tenía sus pequeños ojos fijos en la cara del bandido. Cuando este hubo terminado de hablar, a la encantadora mirada añadió una dulce sonrisa, como si hubiera comprendido aquellas palabras, y sus diminutas y delicadas manos comenzaron a acariciar la crespa y larga barba del bondadoso ladrón.

La Virgen derramaba en silencio preciosas lágrimas de gratitud al contemplar a aquel hombre, que, envuelto con las pesadas redes del crímen, acariciaba tan amorosamente a su Hijo. Y San José, que hasta entonces no había hecho más que admirar la misma escena, acercándose a Dimas, le dijo con suplicante acento: Pero, tú eres bueno, en tu corazón no se ha extinguido aun el amor a los desgraciados;

abandona, pues, esta vida de sobresaltos y crímenes, que puede conducirte a la perdición.

Buen anciano, contestóle Dimas enviándole una sonrisa benévola, el camino del crimen es una pendiente muy resbaladiza, y cuando el hombre ha dado los primeros pasos, le es casi imposible detenerse. Yo era bueno, pero un perverso me hizo malo y rencoroso, enturbiando las aguas cristalinas de mi corazón, y matándome injustamente a mi padre, cuando era todavía niño, dejándome solo en el mundo . . . . .

Ahora aunque quisiese volver atrás ya es tarde . . . . . Para mí creo que no hay más perdón ni misericordia . . . .
Al concluír estas palabras, Dimas lloraba como un niño, y Jesús le había rodeado el cuello con sus tiernos brazos . . . .

. . . . , ...

La santa Familia permaneció en el castillo hasta la caída del sol. Durante su permanencia fueron obsequiados por el caritativo capitán de una manera delicada.

Cuando José se encaminó a buscar la modesta pollina, un bandido por orden de Dimas la sacó del ronzal a la puerta de la fortaleza. Mientras José ayudaba a subir a la Virgen, Dimas cogió por última vez al Niño en sus brazos; y Jesús, como si hu-

biera querido despedirse del hombre que con tanta bondad le había recibido en su casa, rodeó con sus bracitos el cuello del facineroso.

Entonces Dimas sintió un momento de dulce felicidad nunca experimentada en toda su vida y oyó una voz dulce y melodiosa como el suave sonido de una arpa aerea que le decía al oído; Tu muerte será gloriosa ...... Tú morirás a mi lado ......

Dimas quedó absorto, demudado el semblante, como si del fondo de su sepulcro se hubiera levantado la voz de su padre.

¿De quién era aquel acento misterioso? ¿Quién había pronunciado aquellas palabras? El niño que tenía en sus brazos contaba apenas cuatro meses ......,

Dimas sintió que le abandonaban las fuerzas, y temeroso de que aquel misterioso niño se le cayera de sus brazos, fué a depositarle en los de su madre, que ya se hallaba montada en la pollina.

María recibió de las manos del bandido con una sonrisa de bondad el precioso tesoro de su corazón, y después, despidiéndose de cuantos la rodeaban, abandonó el castillo.

Dimas, inmóvil como la estatua de la meditación, con la vista fija en los santos viajeros, que se alejaban, creyendo aun oír

las misteriosas palabras, permaneció apoyado en el parapeto del viejo castillo, hasta que sus huéspedes desaparecieron; luego, viéndose rodeado de tinieblas, y oyendo la voz de sus compañeros, que le llamaban para salir, como de costumbre, a recorrer los caminos de Samaria, extendió los brazos en dirección hacia donde se habían ocultado aquellos seres misteriosos, y exclamó con fervoroso acento: ¡Oh tú, el más hermoso y bienaventurado entre todos los mortales, si algo vale lo que por tí he hecho, y si eres tan poderoso, como yo lo creo, no te olvides de este desventurado malhechor, que tuvo la dicha de tenerte en su pobre morada y estrecharte contra su pecho . . . .

Treinta y dos años después, Cristo pendiente de la Cruz, recompensaba la caridad del buen Ladrón con estas palabras: Hoy estarás conmigo en el Paraíso . . . .

Por amor de brevedad dejaremos imaginar al amable lector las duras penalidades y demás aventuras de la Santa Familia durante el resto de su viaje y nos limitaremos a decir que, llegados los santos Esposos a Eliópolis, la perla de Egipto pudieron por fin dar gracias a Dios de haber puesto en salvo a su más grande tesoro.

Allí, lejos del terrible Herodes, del in-

humano perseguidor del Rey de reyes, en una humilde choza, debida a la caridad de los egipcios, la Santa Familia pudo por fin disfrutar de tranquila paz, gozando durante los siete años del destierro, las amorosas sonrisas del amable Jesús.

Primeros Mártires.

Entre tanto los días pasaban y el feroz ascalonita rugía en su cámara como el león que olfatea la carne y ve que se le escapa la presa que ha soñado devorar.

Los soldados recorrían la Palestina por todas direcciones. Diariamente se enviaban nuevos destacamentos en busca de los Magos y de Jesús; pero todo era inútil. La tierra parecía ocultarles a sus pesquisas. Dios extendía sobre ellos su manto protector e impenetrable. Sin embargo una esperanza alentaba aun al vengativo corazón de Herodes, y era que los magos no podían faltar a su palabra.

En el momento en que volvemos a encontrarle, se halla inclinado en unos almohadones de Damasco en su camarín particular, esperando impaciente la respuesta de los reyes Magos, cuando se abre una puerta secreta y aparece su esclavo. A la improvisa mirada del fiel ejecutor de sus

crímenes, Herodes se para, y clavando sus fosfóricos ojos en su rostro, le pregunta: Y bien ¿qué nuevas traes?

Señor, se sabe con seguridad que los Magos han salido desde hace mucho para su país, y el niño no se halla en ninguna parte.

Pues bien, a Belén, y que no quede ni un belemita de dos años abajo en todos sus contornos. Soy el rey de Judá, y quiero que a mi muerte mi corona pase a mis hijos y a ningún otro. ¿Me entiendes? a ningún otro.

El esclavo salió sin decir una palabra resuelto a obedecer las órdenes de su señor.

El idumeo, cuando se vió solo, comenzó a acariciar la corona, que siempre tenía a su lado y a sonreír de un modo feroz diciendo: Ninguno debe atreverse ni a desearte, corona mía, pues ese solo deseo le costaría la vida.

Al despuntar la aurora del día siguiente toda la Judea parecía disponerse a una gran fiesta. Nunca se había visto tanto movimiento, tanta alegría. Jamás un día tan hermoso, tan risueño, había extendido sobre la fértil Palestina sus radiantes resplandores, su poética y encantadora luz. A la dulce harmonía de la mañana que nace, al inimitable canto de las aves que la salu-

dan, al embriagador aroma de las flores que la perfuman, al delicioso soplo de la brisa que gime en las copas de los árboles, a las nubes de púrpura y plata que preceden al sol, se unen para embellecer más los encantos del día el alegre canto de las mujeres de Belén y contornos, que al son de pastoriles instrumentos, se dirigen gozosas y engalanadas hacia la ciudad de David, como a una gran fiesta.

¿Adónde se encaminan con sus más lujosos trajes? ¿Por qué llevan todas un tierno infante en sus brazos? ¿Qué novedad ocurre en Belén, que por todas partes se dirijen hacia su empinada cima las mujeres de Judá, llenas de gozo?

Para saber el origen de la alegría y contento de las Belemitas, es necesario algún detalle.

A la caída de la tarde del día anterior, el feroz esclavo de Herodes, llegó con un fuerte destacamento al pueblo de Belén. El belicoso son de la trompeta anunció a los pacíficos belemitas que iba a publicarse algún edicto del César o de su rey Herodes; no se engañaban. Un heraldo, con voz clara y vibrante, dijo estas palabras, que fueron repitiéndose como un eco por todos los extremos de la ciudad.

Yo, Herodes, rey de Judea, y goberna-

dor general de las doce tribus de Israel, por el presente edicto mando y ordeno: Que todas las madres de Belén y sus cercanías, que tuvieren hijos varones de la edad de dos años a bajo, se presenten con sus hijos en brazos en el atrio de la piscina grande de Belén, mañana durante la vigilia matutina, a recibir el premio que me place concederles por el precioso don de primogenitura, que el Dios de nuestros padres se ha dignado concederles, para honra de su nombre y aumento y gloria de su raza.

La madre, que desobedeciendo este edicto, faltare a la hora y al lugar citado, será castigada con la separación de su hijo. Yo Herodes.

Estas palabras recorrieron la ciudad de David y sus cercanías, llenando de gozo los corazones de las madres.

Las sencillas belenitas soñaron durante la noche en el brillante porvenir, que su rey destinaba a sus hijos; y ¿cómo hubieran faltado al llamamiento, cuando la puntualidad era premiada, y la falta castigada de una manera tan dura?

Aquellas madres, desconociendo la inaudita barbarie de su rey, corrían gozosas a colocar sus blancos corderos bajo el hacha de los verdugos.

El sitio destinado para la horrible matanza era un ancho patio rodeado de muros. El feroz esclavo de Herodes, el encargado de llevar a efecto las órdenes secretas del perverso rey de Judá, rodeado de sus terribles compañeros, esperaba tranquilo el momento del degüello en el lugar indicado.

Las inocentes madres comenzaron a entrar en el sangriento matadero. Los niños, adornados con todos los primores de las costumbres de Israel, sonreían en sus brazos, y ellas conforme iban llegando saludaban con amabilidad a sus verdugos, mostrándoles gozosas el adorado fruto de sus entrañas.

Así fueron entrando una tras otra hasta que se llenó el local. Entonces el inhumano esclavo lanzó una mirada feroz sobre aquel cuadro de maternal cariño, que se agitaba en torno suyo, pensando que se había llegado el momento de ejecutar las órdenes de su señor.

Una madre se le acercó para preguntarle cuando se les distribuiría el galardón ofrecido. Aquella infeliz llevaba dos niños; el más pequeño dormía; el mayor sonreía, apoyado en su brazo izquierdo, como si el negro y reluciente semblante del esclavo le hubiera hecho gracia.

¿Cuándo se distribuyen los premios, señor? preguntó la pobre madre; yo tengo prisa; los quehaceres de la casa me aguardan.

Ahora mismo, le respondió el esclavo, y extendiendo su nervuda mano antes de que la pobre madre se diera cuenta de ello, se apoderó del tierno niño, y arrancándole del seno maternal, le estrelló inhumanamente contra el ángulo del muro.

La madre abrió los ojos con espanto, como para dar crédito a lo que veía y lanzando un grito horrible y aterrador cayó sin sentido sobre el palpitante y destrozado cuerpo de su tierna criatura.

Aquel grito fué la señal de la matanza.

¿Dónde hallar colores tan poderosos para bosquejar el cuadro de los mártires belemitas con la verdad horrible y sangrienta, cuando sólo con traer a la memoria tan incomprensible barbarie exhala un grito de espanto el corazón y un mar de lágrimas de dolor inunda los ojos? . . . .

¿Cómo describir el dolor, la triste desilusión, la cruel amargura de tantas madres privadas en un sólo instante de las más preciosas prendas de su amor? . . .

¿Cómo presentar una escena tan triste y aterradora, una escena que ofusca el entendimiento, despedaza el corazón y enloquece? . . , . .

Arrancábase los cabellos la infeliz madre cuando los feroces verdugos le arrancaban de sus brazos la mitad de su alma. Cuántas diligencias empleaba la madre, para ocultar el tierno infante, otras tantas practicaba el inocente niño para descubrirse. No sabía ocultarse, porque aun no había aprendido a temer; y luçhaban a brazo partido el verdugo y la madre; ésta por retener y salvar a su pobre hijo; aquél por arrancar de su seno al tierno mártir.

¿Porqué apartas de mí al que engendré en mis entrañas? decía a la sazón la desesperada madre. Mi vientre le dió el ser, mi pecho le alimentó; nueve meses abrigué cuidadosamente al que tú despadazas con mano cruel y sangrienta.

Ahora acaba de salir de mis entrañas, exclamaba otra anegada en lágrimas, y tú le arrojas contra las duras murallas? . . .

Otra madre desconsolada, al ver que despedazando a la prenda de su corazón la dejaban con vida, decía a su verdugo, mientras hacía trizas sus vestiduras, ¿porqué me dejas sola? Si hay culpa, esa es mía, ¿no lo oyes? Si no hay delito, y es sólo por el placer de matar y degollar ¿porqué no me matas a mí? ¿porqué le quitas la vida a ese inocente? Si tienes sed de sangre, abre mis venas, pero, no derrames la de

mi hijo. ¿Qué quieres en pago de su vida? ¿Quieres que yo sufra por él el más cruel de los martirios? Y bien . . . . aquí estoy . . . . . pero, no le mates . . . . .

Entre tanto la sangre inocente enrojecía la tierra; y el dolor de algunas madres era tan inmenso, tan terrible, que se sentaban en el suelo teniendo a los destrozados cuerpos de sus hijos en los brazos, y comenzaban a mecerlos y a cantarles, como para dormirlos . . . . . Aquellas desgraciadas tenían los ojos sin lágrimas; la sonrisa en los labios, y cantaban . . . . cantaban, porque habían perdido la razón . . . . .

En medio de la tristeza, de los llantos y gritos de desesperación, ellas reían. . . . . reían porque estaban locas de dolor . . . .

Otras, más varoniles y más resignadas con su suerte, al ver maltratados a los queridos tesoros de sus entrañas, se abalanzaban contra sus verdugos, como fieras rabiosas, como las panteras heridas, que defienden sus cachorros, y hacían presa con sus dientes en las manos de los verdugos, cayendo ellas mismas después de una lucha desesperada, anegadas en su sangre sobre el cadáver de sus hijos . . . .

Más de setenta belemitos, sacrificados

al furor de Herodes, yacían degollados en el ancho patio de la piscina. El cuadro era el más horrible y espantoso que pueda imaginarse; la historia lo recuerda con asombro sin ejemplo.

La cruel matanza había terminado, y los verdugos se disponían a abandonar aquel inmenso lago de sangre, cuando vieron a una mujer, que venía apresuradamente hacia aquel sitio con un niño en los brazos, sin saber, ni pensar siquiera lo que le esperaba. De vez en cuando elevaba a la altura de su frente los delicados piesecitos del infante, haciendo que los apoyara sobre su cara y los besaba. El niño se reía de las ternuras, que le tributaba su cariñosa nodriza, y le acariciaba el rostro, cuando el esclavo de Herodes salió al encuentro de aquella mujer, y sin decir nada, extendió sus callosas manos y se apoderó del niño por una pierna.

La inocente criaturilla quedó colgando de la mano del verdugo con la cabeza hacia abajo. La madre lanzó un grito de desesperación y el niño prorrumpió en amargo llanto.

¡Ay de tí! miserable esclavo, si tocas un solo cabello de ese niño! exclamó la mujer, con las facciones horriblemente contraídas por el asombro y la rabia.

Nada temas, respondió el miserable negro, sonriendo de un modo feroz; lo que es él no me denunciará a los jueces de Jerusalén.

¡Tiembla, miserable! volvió a decir la mujer, a quien otros dos esclavos habían sujetado; ese niño es el heredero de la corona de Judá; es hijo de reyes y está destinado a ocupar un trono.

Al oír estas palabras el obscuro semblante del esclavo brilló de una alegría diabólica y dijo: ¡Ah! ¿con que este niño es el que tendrá que ocupar el trono de Judá? pues a este buscábamos, la sangre derramada podía muy bien haberse evitado. Y luego, haciendo girar al niño como un molinete sobre su cabeza, le despidió por alto con toda su fuerza, y fué a dar contra la muralla.

Los compañeros lanzaron una carcajada horrible, y recogieron antes que la mujer el cuerpo del niño. Luego separando con una espada la tierna cabeza del cuerpo de la inocente criaturita,se la presentaron a su jefe doblando una rodilla al suelo y diciendo con incalculable cinismo: Toma; aquí tienes la cabeza del niño que tanto hemos buscado y que turbó la paz de tu señor; no te olvides de darnos el bien merecido galardón.

La infeliz mujer, no pudiendo resistir

aquel sangriento espectáculo, había caído de espaldas sin sentido.

El esclavo ató la cabeza del niño a un extremo de su manto, y salió del matadero seguido de sus feroces soldados, mientras las pobres madres belenitas seguían llorando los destrozados miembros de sus hijos.

Llegó la noche. La luna clara y hermosa, derramó la lluvia de sus rayos de plata sobre aquel campo de sangre y de indescriptible dolor. Diríase que el astro luminoso de la noche, por voluntad suprema, brillaba con más claridad que nunca, para que las almas de los primeros mártires llegaran al cielo guiadas por sus tibios y radiantes resplendores.

Los padres regresaron cantando de sus duras faenas, pensando únicamente en el grande premio prometido a sus esposas; pero ¡ay! su dolor y su asombro fueron peor que la muerte, cuando, al llegar a sus casas, presenciaron el más triste de los espectáculos. Sus esposas, sentadas en el rincón más obscuro de la casa, con la cabeza apoyada sobre la fría pared, se acababan de arrancar los cabellos, llorando un miembro del cadáver de sus hijos.

La amargura de sus pobres corazones fué grande, al saber la horrible tragedia acaecida durante su ausencia, pero qué otra

cosa quedaba a aquellos infelices e indefensos labradores, sino caer también ellos delante de las inocentes víctimas del tirano Herodes, y juntar sus lágrimas a las de sus adoloridas esposas. Lloraron sí, lágrimas de fuego, pero éstas no podían devolver la vída a aquellas flores, que la ambición de un cruel tirano había hecho marchitar de un solo golpe . . . . .

Los verdugos de Belén llegaron a la ciudad a la caída de la tarde. El jefe del destacamento distribuyó entre sus feroces compañeros el precio de su horrible asesinato; y aquellos miserables se dispersaron por las calles de Jerusalén, ansiosos de ahogar, con los vapores del vino, el remordimiento del crímen que acababan de llevar a cabo,y que parecía devorarles las entrañas.

Más tranquilo en apariencia que sus satélites, el favorito esclavo de Herodes, se encaminó hacia el palacio de su señor y como siempre penetró en el camarín particular de su cruel amo por la puerta secreta.

El rey paséabase con grandes muestras de agitación, pero al ver entrar al esclavo, no dejó de recibirle con su acostumbrada sonrisa, más diabólica que humana.

¿Y bien? preguntó Herodes.

Estás servido, señor.

¿Todos?

Todos; absolutamente todos.

Perfectamente, dijo el tirano, exhalando un profundo suspiro.

Si hemos de dar crédito a una de las mujeres de Belén, volvíó a decir el esclavo, con una frialdad cruel, ese niño que debía ser el rey de Judá, no vendrá ya a turbar tus sueños; he aquí su cabeza. Y desdoblando la punta de su manto, presentó la cabeza del tierno niño, que tan cruelmente había arrebatado de los brazos de la última belenita.

Herodes tomó en sus manos aquel miembro de la pobre víctima y comenzó a examinarlo en silencio. Las vidriosas pupilas del idumeo se fijaban con una tenacidad extraña en el lívido semblante de aquella cabecita ensangrentada. De vez en cuando se refregaba los ojos, como si algún estorbo le impidiera examinar a su placer aquellas facciones inanimadas.

Es extraño, murmuró después de una pausa. Se me figura que he visto esta cara antes de ahora.

El esclavo nada decía. Orgulloso con haber desempeñado tan fielmente la terrible misión de su señor, esperaba impasible la recompensa, que según costumbre debía seguir al servicio prestado.

Herodes preocupado siempre en el

exámen de la cabeza, y como si una duda le atormentara, cogió por los cabellos ensangrentados el cráneo del niño y acercóse a la ventana, como si quisiera con los últimos rayos del sol que iba a morir, desvanecer las dudas que sentía.

En aquel momento alzóse el pesado tapíz, que cubría la puerta y una mujer pálida, ensangrentada y con los ojos hinchados por el llanto, se presentó en la sala.

Al reconocer al esclavo infanticida, se extremeció, lanzando un grito de terror, y Herodes volvió la cabeza.

¿Tú aquí Rebeca? le preguntó el rey con extrañeza.

¡Sí . . . . yo! exclamó la mujer, con ronco y nervioso acento. Yo que vengo a entregar al rey de Jerusalén el cuerpo de su hijo, para que lo una a la cabeza que tiene entre las manos. Y en seguida arrojó a los pies de Herodes el mutilado cuerpo de un niño, que llevaba oculto bajo su manto.

¡Ah! exclamó el idumeo estremeciéndose y retrocediendo algunos pasos, con que esta cabeza . . . . . .

Es la de tu hijo, que encomendaste a mis cuidados, para que yo le alimentara con el jugo de mi pecho; de tu hijo que este infame ha asesinado por orden tuya.

Herodes lanzó un grito de dolor y de-

jó caer la cabeza, que rodó por el suelo junto a la otra parte del cuerpo. Luego llevóse ambas manos a la cara, para no ver más el último fruto de su amor y se dejó caer desfallecido sobre su sillón.

Por el rostro del esclavo escurrían frías gotas de sudor y no esperaba ya sino su sentencia de condenación a la muerte más cruel y penosa. Pero Herodes pocos momentos después le perdonaba encargándole nuevos crímenes de llevar acabo.

Rebeca, cual la sombra del remordimiento, terrible, amenazadora, permanecía en medio de la sala, sin querer despegar sus miradas de fuego del cuerpo del vil esclavo.

¡Dejadme solo! . . . ¡dejadme! gritó el rey con acento amenazador, después de un momento.

A esta orden imperiosa Rebeca recogió los destrozados miembros del niño envolviéndolos en su falda, y luego, lanzando una mirada amenazadora a Herodes exclamó con tono profético: ¡Ay del asesino de los primogénitos de Judá! Su nombre será maldito por todos los siglos y en la última hora de su muerte las furias del averno se gozarán en destrozarle las entrañas con sus lenguas de fuego. . . . . .

Predecía al tirano la terrible muerte

que pocos años después debía abrirle el sepulcro.

Apenas el monstruoso tigre de Judea bajó a la tumba, pareció que todo renacía a nueva vida, y su posteridad sólo se acordó de él para decir: «Era mejor ser hijo de un puerco, que de Herodes el Grande.»

Hacia la Patria

Siete años han transcurrido después de los acontecimientos, que acabamos de referir, y la Santa familia está todavía en Egipto donde la hemos dejado.

El último rayo del sol, que está para ocultarse, ilumina todavía con su poética luz el pueblo, que ha tenido la dicha de ver al Dios humanado.

Al extremo oriental de aquel agrupamiento de habitaciones, y algo separada de las demás casas, se ve una humilde cabaña con techo de pajas. A pocos pasos de su modesta puerta extiende sus ramas un robusto sicómoro, como si quisiera abrigar con sus fuertes y tupidas ramas, aquel nido de cándidas palomas que se oculta bajo su protectora sombra.

Una Mujer joven y hermosa, de mirada dulce y serena, de frente casta, y humil-

de ademán, se halla sentada junto al tronco de este árbol. Sus manos blancas y diminutas agitan con rapidez asombrosa unos pequeños palitos de madera, que cuelgan de unos hilos extremadamente finos. Esta Mujer se ocupa en hacer esos encajes de Palestina, que con tanto afán eran buscados, para cubrir los pudorosos rostros de las vírgenes de Israel.

De vez en cuando aparta sus ojos del trabajo que la preocupa y dirige una mirada dulce y cariñosa a un Niño de seis a siete años de edad; el cual está sentado a poca distancia acariciando a un blanco corderillo. Sus blondos cabellos caen con majestad sobre sus hombros, y una parte cubre sus sonrosadas mejillas, mientras sus dulces miradas, todo amor, resplandecen como la luz del día.

Al aparecer de un venerable anciano por una de las veredas que conducen a la cabaña, la Mujer y el Niño se levantan y salen a su encuentro. Son recibidos con amable sonrisa, y los tres entran a la humilde morada.

Una pobre mesita de pino, que por la extremada limpieza de su madera, reluce como la plata, se halla dispuesta en el medio del reducido espacio de la cabaña. Frugal es la cena, pero la paz y el amor

más puro y sencillo se cobijan bajo aquel modesto techo, y esto basta para darle el gusto más exquisito. El Anciano bendice con patriarcal acento los manjares, y todos se disponen para la cena.

¡Cuánto trabajas, José! exclama la mujer, colocando un plato de verduras cocidas delante del anciano.

Bendigamos a Dios, María, que así lo dispuso, responde José. Mas me da pena nuestro querido Jesús.

No os aflijais por mí, contesta el Niño; soy tan feliz viviendo en el seno de vuestra pobreza. Mi fortuna y alimento más exquisito es vuestro amor.

Mientras tanto la Santa Familia concluye su modesta cena, y dirigiendo sus miradas hacia Jerusalén, entona el canto de gracias y la oración de la noche.

En seguida la humilde Virgen va a buscar el descanso en su reducida habitación; Jesús extiende en su cuarto su lecho de estera y el Patriarca descansa sobre el montón de paja, que le sirve de cama. Pasan algunas horas, y todos en la santa cabaña duermen el sueño restaurador de las energías corporales.

Entonces sucedió otro prodigio. Una nube blanca y brillante, como la espuma de los mares, descendió de los cielos y fué

a posarse sobre las ramas del sicómoro que prestaba un leve reparo a la cabaña. Los vaporosos y transparentes encajes de la nube se quebraron, y un joven rubio como las espigas, que fecundiza el Rio Santo, salió de ella. Blanca era su vestidura como las de las vírgenes de Sión; una estrella de luz vivificadora brillaba en mitad de su frente y una chispa de luz divina resbalaba de sus ojos azules.

La celeste visión llegó con paso mesurado a donde dormía el Patriarca.

«Yo soy Gabriel, el emisario predilecto del Señor, dijo el Angel al oído de José. El Dios de Abraham me envía para decirte: Levántate, toma al Niño y a su Madre y vuelve a la tierra de Israel, porque muerto han los que querían matarle.»

Gabriel cesó de hablar, inclinó su cabeza sobre su pecho y permaneció en esta santa actitud algunos minutos. Luego envolvióle la nube entre sus pliegues, y abandonando la mansión de los hombres, se elevó majestuosamente al cielo.

Al día siguiente José participó a María la revelación; y los humildes desterrados abandonaban el Egipto.

Tres días después, a la caída del sol llegaron a la ribera de un gran río; sólo les faltaba cruzar la estéril Idumea y sus ojos

volverían a contemplar la hermosa tierra de Judá.

Cuando vieron que las tinieblas de la noche les impedían ya la vista del camino, que debían seguir, pensaron en buscar un refugio, y al ver una cueva a pocos pasos del sitio donde se hallaban, sin buscar más, se dispusieron para entrar en ella.

Jesús pasó primero y un rayo de luz misteriosa iluminó aquellas obscuras y socavadas rocas. Allí, sin más lechos que sus pobres vestidos, apoyadas las cabezas sobre las duras piedras, se durmieron con el corazón alegre, al pensar que dentro de poco se acabarían tantas penalidades y sobresaltos.

A eso de la media noche, dos hombres se presentaron a la entrada de la cueva. Uno de ellos venía del torrente de Egipto, y el otro de las tierras de Judá.

Dimas, dijo el que llegó primero.

Gestas, le respondió el segundo.

Ya ves que he sido puntual, dijo éste.

No lo he sido yo menos, dijo el otro.

Entremos, pues.

Sí, entremos. Y ambos entraron.

¿Quieres que encendamos luz? preguntó Dimas a Gestas.

¿Para qué? Se puede hablar perfectamente sin ella; y además nosotros somos

aves nocturnas, destinadas a vivir siempre en la obscuridad.

Tienes razón. Pero sentémonos; estoy cansado; y los dos se sentaron en el suelo.

Los santos Viajeros seguían durmiendo, sin apercibirse de lo que pasaba a pocos pasos de ellos.

Uno de tus compañeros, dijo Dimas, después que se hubieron sentado, me ha dicho que querías trasladarte a Samaria con tu gente.

Es verdad. El desierto está poco concurrido y ellos, que codician el rico botín, se aburren de vivir aquí, sin ninguna presa. Así pues desean que se les lleve a un país de más aventuras. Y como tú eres el jefe de los bandidos de Samaria, he querido saber si nos darías hospitalidad en el castillo; y si quieres que nos juntemos y partamos el botín de buenos camaradas.

Nunca he negado hospitalidad a los que llaman a mi puerta. He aquí mi mano.

Gestas estrechó la mano de Dimas diciendo: ¿Aceptas pues?

No falto jamás a mi palabra, puedes venir cuanda gustes.

En aquel momento oyóse un profundo suspiro que salía del extremo de la cueva. Gestas llevó la mano al cinto como para

empuñar un cuchillo; y dijo bajando la voz: Aquí hay gente.

Tal creo, respondió Dimas.

Espera, encenderemos una luz.

Gestas sacó una cuerda azufrada que llevaba, y saliendo de la cueva buscó dos pedernales. Luego frotó con violencia las dos piedras y el extremo de la cuerda, hasta que se inflamó, despidiendo una llama amarillenta y un olor desagradable.

Armado de esta antorcha, volvió a entrar a la cueva y ambos comenzaron a registrarla detenidamente.

Dimas fué el primero que pudo divisar a los viajeros dormidos y se extremeció como si los hubiera conocido.

He aquí un botín que no nos esperábamos, dijo Gestas, al ver a esa pobre gente.

Pero Dimas le cogió de un brazo y le detuvo diciendo: Oye, creo que a esos pobres los he visto otra vez; si bien me recuerdo, me parece haberles dado hospitalidad en mi castillo, te suplico pues que no les hagas mal. Al verles yo he sentido algo en mí, que no puedo explicarte; mi corazón se ha conmovido profundamente.

Bah, dijo Gestas, haciendo una mueca.

Te digo la verdad.

Y bien, permíteme a lo menos que les quite las riquezas que llevan consigo.

Son pobres más que nosotros; y quiero absolutamente que se respeten sus personas.

Yo no dejo perder las ocasiones; pues quiero que cuando caiga en manos de nuestro tirano Herodes, para ser sacrificado en una cruz, pueda decir: Haz ahora de mí lo que te plazca, porque también yo, hasta que estuve libre, hice lo que quise.

Te ruego por lo que más ames en la tierra que respetes su sueño y sus vidas.

Lo que yo más amo en la tierra es el dinero.

Pues bien, toma esta bolsa y vámonos.

Gestas aceptó y se encaminaron para salir.

Pero Dimas no podia moverse; parecía que una fuerza extraña le detuviera. Cuando vió que su compañero estaba casi fuera de la cueva, se acercó llanamente a los peregrinos, dobló ambas rodillas al suelo y estampando un beso en la cándida frente de Jesús, murmuró: ¡Adiós! oh hermoso niño, adiós tal vez para siempre . . . Luego se levantó y profundamente conmovido se dispuso a salir.

Apenas se juntó al compañero, que le esperaba a la entrada de la cueva, se oyó

una voz que decía: «Dimas, Gestas, vosotros moriréis conmigo; el uno a mi derecha y el otro a mi izquierda».

Los bandidos al oír aquella voz misteriosa se atemorizaron y emprendieron al instante cada uno su destino con un triste presentimiento.

Pocos días después la Santa Familia llegaba a Nazaret.

Con cuánta alegría, con cuánto regocijo vieron los desterrados desde el vecino monte aquel sagrado nido, que desde tanto tiempo habían abandonado. ¡Qué felicidad experimentarían sus corazones al pensar que por fin volvían entre sus parientes y amigos, para disfrutar de aquella paz y tranquilidad desde tanto tiempo suspirada!

La Divina Tragedia.

A fin de no turbar la paz y tranquilidad de que disfrutan ya los Santos Esposos, sólo nos asomaremos a la puerta del taller de Nazaret, para ver a un venerando Anciano y a un Niño Dios trabajando en santa alegría, y estando sumiso en todo y por todo a sus Padres, durante treinta años.

Tampoco nos empeñaremos en seguir los pasos de Jesús durante los tres años de su vida pública, para verle cambiar el agua

en vino, resucitar a los muertos, dar el habla a los mudos, el oído a los sordos, hacer caminar a los paralíticos, librar de los más crueles tormentos a los endemoniados, calmar las tempestades, multiplicar cinco panes y dos peces, para alimentar a millares de hombres; y por fin cambiar la substancia del pan y del vino en su propio cuerpo y sangre, para dejárnoslos como alimento espiritual de nuestras almas.

Ni nos detendremos a oír de sus divinos labios las parábolas del Hijo Pródigo, del Buen Pastor, de la Oveja descarriada, para animar al más empedernido de los pecadores a no dudar de su salvación y a convertirse, volviendo a sus brazos amorosos.

Todo esto lo dejaremos y nos transportaremos sin más al teatro de su dolorosísima Pasión.

Si la vida pública del Salvador del mundo y el conjunto de los infinitos milagros que obró para darnos a conocer, que mientràs era hombre,era también verdadero Dios; nos llena de asombro y nos maravilla,sus padecimientos,y sobre todo su muerte y gloriosísima Resurrección, nos persuadirán sin dejarnos ninguna duda, de que o Jesucristo es verdadero Dios, o todos los hombres, desde Adán hasta nosotros, no

hemos sido más que unos pobres ilusos y mentecatos, que no sabemos lo que decimos, ni lo que obramos.

Concluída la cena y la acción de gracias, el Salvador se dirigió al huerto de Getsemaní acompañado de sus once Apóstoles. Aquel huerto solitario estaba situado en la falda del monte de los Olivos, separado únicamente de Jerusalén por el valle de Josafat, por el fondo del cual corría el arroyo del Cedrón. La distancia del monte no era más que de mil pasos, de modo que los días de sábado y en las festividades solemnes podía hacerse este viaje, sin infringir la ley. La aldea de Getsemaní, donde estaba el huerto, se hallaba situada en la falda del monte, desde la cual se distinguian claramente el templo y la ciudad. Judas, que le entregaba, sabía que el Salvador acostumbraba retirarse a aquel lugar durante la noche, para hacer oración, de modo que lejos de huír del traidor, el Hijo de Dios iba a su encuentro.

Viendo, pues, que se aproximaba el momento del combate, dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy allí y hago oración; orad también vosotros, para que no entréis en tentación. Y dejando en seguida a los demás, tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Cuando estuvo

solo con ellos empezó a entregarse a los horrores de su pasión, y se apoderaron de El el espanto, el tedio, el sinsabor, el abatimiento y la tristeza. Triste está mi alma hasta la muerte, dijo a sus Apóstoles; esperad aquí y velad conmigo. Y habiendo dado algunos pasos, se apartó de ellos a la distancia de un tiro de piedra, y puesto de rodillas, hizo esta oración: Padre mío, apartad de mí, si es posible, este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

Después de esta oración se levantó, vino a sus discípulos, halló a los tres dormidos, y dijo con suavidad a Pedro: ¿Duermes, Simón? ¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orar para que no caigáis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil.

Se fué segunda vez, y oró diciendo: Padre mío, si no puede pasar este cáliz, sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y volvió otra vez a donde estaban sus discípulos y los halló dormidos. Esta vez no les dijo nada, y fué a orar tercera vez, diciendo las mismas palabras.

Sin embargo la tristeza, el terror y el sin sabor mortal, que siente el Salvador le hunden en una violenta agonía, hasta el extremo de brotarle de todas las partes de su

cuerpo un sudor de sangre, la cual cae en gruesas gotas sobre la tierra, que al punto queda empapada.

Entonces bajó un Angel del cielo para fortalecerle y Jesús aceptó el sacrificio de sí mismo.

Desde este momento no se advierte en el Salvador más que intrepidez y valor, pero valor modesto e intrepidez tranquila.

Se acercó, pues, a sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad; ved aquí llegada la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de sus enemigos.

Levantaos, el hombre que me va a entregar se acerca; salgamos a su encuentro.

Y estando aún hablando, he aquí que se oyó en medio de las tinieblas una gran multitud de gente conducida por Judas. El pérfido había pedido a los sumos sacerdotes, a los ancianos, a los Escribas y Fariseos una cohorte de soldados y un oficial para mandarlos; y los jefes de estas familias sacerdotales, los príncipes del pueblo y los magistrados del templo no se avergonzaron de reunirse con la tropa a la cual acompañaba una multitud confusa de criados, llevando los unos linternas y antorchas y armados de palos los otros.

El traidor les había dado una señal di-

ciendo: El que yo besare, él mismo es; prendedle y llevadle con precaución.

La señal y el consejo eran dignos de judas.

Luego que llegó, se adelantó hacia Jesús y le besó diciéndole: Dios os guarde, Maestro.

El Cordero de Dios no rehusó aquel beso, más doloroso para El que todas las crueldades, que padeció durante su pasión. En vez de tratar al pérfido como lo merecía, más enternecido de su pérdida que de su crimen, y tratando más bien de salvarle que de confundirle, le dijo con bondad: Amigo mío, ¿con qué designio has venido? ¿Con un beso entregas al hijo del hombre?

Estas dulces palabras hubieran amansado a un tigre y convertido a un malvado ordinario, pero un apóstol pervertido y sacrílego, ¿qué podía ser si no el más infame y el más endurecido de todos los pecadores?

Sin embargo el Salvador era aún libre, pues no convenía que le prendieran por sorpresa, si no porque así lo quería. Se adelantó, pues, hacia la multitud y les dijo: ¿A quién buscáis?

A Jesús de Nazaret, le respondieron.

Yo soy, les dijo Jesús, y apenas pronunció estas palabras, he aquí que repenti-

namente cayeron en tierra unos sobre otros, los oficiales y los soldados, los criados y los señores, el jefe de la traición y sus secuaces.

Tras una prueba tan sensible del poderío de Jesús, no hubieran podido levantarse más que para implorar de rodillas el perdón de su atentado; pero llegan momentos en que los pecadores pierden la razón, y sólo se dejan guiar por la pasión, que no quieren dominar.

El que los había derribado permitió que se levantasen y les dijo por segunda vez: ¿A quién buscáis?

Jesús con una de sus palabras había hecho conocer que solo y sin armas era más poderoso que una multitud de hombres armados, y después de demostrar de este modo su omnipotencia, les permitió contra su persona lo que nunca les hubiera sido posible sin su permiso.

Lanzáronse, pues, contra El y le prendieron.

Los Apóstoles al ver tal atrevimiento dijeron a Jesús: ¿Quiéres que desenvainemos nuestras espadas? Y San Pedro, sin esperar la respuesta, cortó de un golpe la oreja a un siervo del sumo sacerdote, llamado Malco.

Pero Jesús le curó al instante diciendo

a San Pedro: Vuelve tu espada a la vaina; ¿por ventura piensas que yo no puedo rogar a mi Padre que me daría ahora doce legiones de Angeles? Pero si uso de mi poder ¿cómo podré cumplir con la misión que se me ha confiado de salvar al género humano?

Los Judíos se apoderaron entonces del Salvador y le ataron; sus Apóstoles entre tanto habían huído.

Lleváronle primero a casa de Anás, suegro de Caifás, el cual era sumo sacerdote aquel año.

Satisfecho Anás de esta deferencia, envió a Jesús al tribunal de Caifás, donde estaban reunidos los sacerdotes, los escribas y los ancianos.

Avergonzado Simón Pedro de su fuga, y libre algún tanto de su terror seguía a Jesús desde lejos con otro discípulo. Este que era conocido del sumo Sacerdote, entró en la casa mientras conducían al Maestro a la sala del consejo. Pedro se había quedado fuera de la puerta; el otro discípulo salió y hablando a la portera, hizo entrar a Pedro en el atrio del sumo Sacerdote.

Una multitud tumultuosa de soldados, criados y oficiales estaban allí a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban. Pedro

se acercó, se sentó, y se puso a calentarse en medio de los demás, esperando la resolución del consejo.

El Salvador había entrado en la sala, donde para juzgarle se hallaban reunidos todos sus enemigos, resueltos a darle muerte; pero como ningún acto de su vida podía dar motivo para condenarle, el sumo Sacerdote le preguntó sobre sus discípulos y su doctrina.

Manifiestamente le he hablado al mundo, respondióle Jesús, siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde concurren todos los Judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? pregunta a los que me han visto y oído; aquí hay personas que saben lo que he dicho.

Esta respuesta, llena da mansedumbre y de modestia, era digna de la sabiduría misma, que la había proferido. Sin embargo, al oír tal contestación, el criado, a quien Jesús había curado la oreja, le dió una bofetada diciéndole: ¿Así respondes al pontífice?

Si he hablado mal, respondió tranquilamente Jesús, pruébamelo, mas si bien, ¿por qué me hieres?

El criado del sumo Pontífice merecía ser castigado severamente, porque importa

sobre manera al bien público que se conceda a los acusados toda la libertad necesaria para su completa justificación; y sin embargo los jueces aprobaron, a lo menos con su silencio, una acción tan brutal.

Lo que había dicho el Salvador era, empero, tan razonable, que se creyeron obligados a proceder contra El, del mismo modo que acababa de indicarles.

Los príncipes de los Sacerdotes buscaron, pues, algunos falsos testimonios contra Jesús, para darle muerte, pero encontraron pocos que tuviesen a lo menos apariencia de verdad, aunque mandaron llamar muchos testigos falsos.

Finalmente presentaron dos que dijeron: Nosotros mismos le hemos oído decír: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días.

La aserción era falsa, pues contenía palabras que no había dicho el Salvador y les quitaba su sentido natural; pero sobre todo, no era contraria al acusado, el cual había dicho esto al hablar de su cuerpo y al anunciar su muerte y su resurrección: Puedo destruir este templo y reedificarlo en tres días.

Aunque hubiesen creído que hablaba del de Jerusalén, podía a lo más, no conociéndole a fondo, acusársele de presunción.

El recurso a los testigos se agotaba o era peligroso, pues a fuerza de oír a los falsos se exponían a encontrar verídicos, así lo conoció el sumo Sacerdote, y por esta razón alzándose en medio de la asamblea interrogó a Jesús y le dijo: Ya oyes todos los cargos que hacen contra tí; ¿nada tienes que responder?

Jesús guardo silencio.

Pues bien, añadió el sumo Pontífice, en nombre del Dios vivo, a quien represento aquí, te mando que nos digas si tu eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito.

El Divino Maestro, aunque sabía que la respuesta le iba a costar la muerte: Sí, yo soy, le contestó humildemente, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, venir entre las nubes del cielo.

Como si las palabras del dulcísimo Jesús hubieran sido un insulto sangriento arrojado al rostro del Pontífice, éste comenzó a dar alaridos rasgándose los vestidos y arrancándose la barba. Más que un juez recto e imparcial, parecía un condenado del infierno.

¡Ha blasfemado! ¡Ha blasfemado! gritaba Caifás, levantando las manos y haciendo ademanes indignos del honroso cargo, que desempeñaba; ¿qué necesidad

tenemos ya de testigos? Acabais de oír la blasfemia; ¿qué os parece?

Todos respondieron: ¡Reo es de muerte!

El Salvador oyó esta sentencia con tanta calma, como valor demostró cuando sufrió sus rigores.

El sumo Sacerdote y la Sinagoga estaban tan sedientos de la sangre de Jesús, quə gustosamente hubieran pasado de la publicación de la sentencia a su ejecución, pero advirtiendo el estado de dependencia en que se hallaban respecto del magistrado romano, no se atrevieron a tanto antes de impetrar el consentímiento del gobernador Poncio Pilato.

Era preciso además asegurarse del pueblo e irritarlo contra Jesús, haciéndole ver que era un blasfemo y un impío.

Estos preparativos exigían tiempo, y como estaban resueltos a adelantarse a la solemnidad de Pascua, que iba a principiar, no podía perderse un momento.

Solamente tomaron algunas horas de descanso y señalaron, para la nueva reunión del Concejo, la primera hora del día siguiente.

Todos se retiraron de la sala y Jesús fué entregado a la custodia de los ministros y criados.

Estos seres degradados hubieran creído que servían mal a sus amos si se hubiesen contentado con custodiar a su pacífico preso. Creyendo, pues, que su deber era ultrajarle, le hicieron padecer todo lo más atroz que puede imaginarse en hombres sin educación y sin honor, contra un desgraciado, que cae en sus manos.

Hubo algunos que empezaron a escupirle en el rostro y otros se mofaban de El y le maltrataban a golpes.

Algunos más sacrílegamente impíos, le tapaban los ojos y le daban bofetadas en el rostro, y haciendo irrisión de sus augustas cualidades de Profeta y de Rey, le decían al herirle: Adivina, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?

Jesús hubiera podido no solamente nombrarlos si no fulminarlos al instante, pero no lo hizo, y sufría más por la ceguedad de los que así le maltrataban, que por sus propias penas.

Esta escena horrible duró toda la noche. Sin embargo, lo que causó más dolor al corazón de Jesús, lo que consideró como el más penoso de todos los ultrajes recibidos, fué que le negase Pedro, el primero y más favorecido de sus discípulos.

Estaba éste sentado a fuera, en el atrio, donde se calentaba, en medio de los solda-

dos y ministros del palacio, cuando salió una criada del sumo Sacerdote y viéndole, le dijo: Tú también estabas con Jesús de Nazaret.

Mas él le negó diciendo: Ni le conozco, ni sé lo que dices.

Deseando en seguida evitar otra pregunta se salió fuera del atrio y oyó cantar el gallo. Pero vió entonces a otra criada, la cual dijo a los que se calentaban: Este también estaba con Jesús.

El terror de Pedro creció con el peligro, y su crímen con su terror. Su primera negación no había sido más que una mentira, pero en la segunda añadió el perjurio. Negó pues con juramento diciendo: no conozco a ese hombre.

Creyéronle al parecer por su juramento y le permitieron cerca de una hora de descanso, que hubiera podido aprovechar para evadirse,pero Pedro amaba aún a Aquél que negaba y no podía resolverse a alejarse de allí.

Un momento después uno de los criados del sumo Sacerdote, pariente de Malco le dijo: ¿No te ví también yo con él en el huerto? Y de allí a poco se acercaron los que estaban en el atrio y dijeron a Pedro: Seguramente que tú también eres de

ellos, porque se te conoce muy bien en el hablar que eres galileo.

Pedro, al oír esto, perdió la razón, negó tercera vez, y comenzó a decir imprecaciones y a jurar que no conocía a tal hombre.

Aun no había acabado de hablar Pedro, cuando el gallo cantó segunda vez, y el Salvador, a quien conducían al atrio, se volvió hacia su discípulo y lo miró.

Pedro se acordó entonces de las palabras que su maestro le había dicho durante la cena: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres, y saliendo fuera lloró amargamente . . . .

En otra parte del mismo palacio del Pontífice un hombre, cuya mirada torva y recelosa inspiraba desconfianza, preguntaba a los soldados con preocupado e intranquilo acento: ¿Es cierto que Jesucristo ha sido sentenciado a muerte?

Es tan cierto, le contestaron, como lo es que tú y nosotros estamos aquí; y sólo se espera que amanezca, para conducirle al palacio del juez romano, que tiene que firmar la sentencia.

¿Y no ha maldecido a nadie? ¿No ha dicho que algún traidor le había vendido? ¿No ha dicho nada?

Nada. Lo ha soportado todo con una

humildad incomparable; antes bien ha pedido a Dios el perdón de sus verdugos y enemigos.

Judas, pues este era el hombre que dirigía las anteriores preguntas, ahogando un doloroso gemido salió del atrio, avergonzado de sí mismo y se encaminó hacia el templo.

Conforme iba alejándose de la casa del Pontífice, su paso era más precipitado, su respiración más fatigosa. Cuando llegó a la rápida pendiente de la puerta de Sión casi corría.

En la bolsa, que colgaba del cinto del Apóstol traidor, sonaban las treinta monedas de plata. Cuanto más corría, más lúgubre y amenazador era el argentino sonido de las monedas, que levantaban un eco doloroso en el corazón del miserable desesperado.

Cuando menos se lo esperaba, se encontró en un grupo de ancianos, reconoció entre ellos a algunos de los jueces del Sinedrio y se detuvo. Gruesas gotas de sudor corrían de su frente y el pelo se le erizaba sobre su cabeza.

Una diabólica sonrisa apareció en los labios de los ancianos al verle llegar tan precipitadamente, y uno de ellos le dijo: Hé aquí al que nos le ha entregado.

Sí, yo he sido el infame, el miserable, el traidor, y vengo para restituír el dinero que me disteis en paga. Tomadlo; para nada lo quiero ya.

Luego alargó la mano en que tenía la bolsa a los ancianos, pero ellos retrocedieron diciendo: Ese dinero es tuyo, tú lo has ganado, no podemos admitirlo; mancharíamos nuestra dignidad.

Tomad, miserables, les dijo entonces Judas con voz atronadora, y diciendo esto, arrojó la bolsa a sus pies.

En seguida bajó precipitadamente los escalones del templo, donde había encontrado a los ancianos y se dirigió como un desesperado hacia la puerta dorada. No se detuvo hasta no verse solo y lejos de lo habitado. Cuando en torno suyo no vió más que la desesperación, que le acompañaba, se paró. A pocos pasos de sí, al borde del precipicio, crecía un sicomoro, cuyas robustas ramas se inclinaban hacia el abismo. Judas fijó en una de ellas su espantosa mirada y dijo entre sí: La vida es un gemido interminable, cuando se lleva, como yo, un infiierno en el corazón. ¡Ea, pues! ¡valor! Arrojemos una carga tan pesada.

Dichas estas palabras, se desató una cuerda que llevaba al cinto, ató un extre-

mo a la rama del sicomoro e hizo al otro extremo un nudo corredizo. Después colocó una piedra encima de otra debajo del árbol, subió con una impasibilidad digna de mejor causa, sobre ellas, con mucho cuidado, para que no se cayeran; puso el lazo corredizo al rededor de su garganta, y empujó con el pie la piedra, lanzando una horrible flasfemia, cuyo eco aterrador fué a perderse en las concavidades del abismo . . . . ,

Algunos momentos después no era más que un cadáver . . . .

Al día siguiente cuatro hombres cortaron la cuerda, y el cuerpo de aquella víctima de la avaricia, horriblemente desfigurado, fué a estrellarse en el precipicio sin fondo del obscuro barranco . . . .

Mientras tanto los potentados de Jerusalén, no estando satisfechos con haber atormentado toda la noche al inocente Jesús por manos de una vil canalla, cuya furia se había desencadenado con todo su furor, luego que asomó el día acudieron al consejo, para coronar a sangre fría la obra diabólica que habían comenzado. Y para aparentar a los ojos del pueblo un exterior de moderación y madurez, hicieron repetir al pretendido culpable las confesiones de

la noche anterior, y le preguntaron: Si tú eres el Cristo, dínoslo.

El les respondió: Si os lo digo, no me creeréis.

Luego ¿tú eres el Hijo de Dios? le dijeron.

Sí, lo soy; les respondió Jesús.

Entonces exclamaron todos, como Caifás: ¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios, si nosotros mismos hemos oído su blasfemia?

Pronunciada estaba, pues, la sentencia de muerte y no faltaba más que llevar a cabo su ejecución.

Acababan de condenar al Salvador como a un sacrílego que usurpaba la cualidad de Mesías, pero esta acusación, tan grave, según juzgaba la multitud seducida, no lo era para que causase una profunda impresión en el ánimo de un magistrado gentil, y por lo tanto resolvieron dar a las acusaciones una forma del todo diferente, cuando apareciera delante de Pilatos.

Ya que Jesús decía ser el hijo de Dios, arrogábase, por consiguiente, el título de rey de los judíos, y de competidor del César. Este fué el aspecto odioso, bajo el cual se propusieron presentar al representante del emperador romano las pretendidas blasfemias de Jesús; y sin perder tiem-

po, se encaminaron con el Reo al palacio del Gobernador Poncio Pilato.

Era aun muy temprano cuando llegaron a la suntuosa habitación del que iba a satisfacer la sed de sangre de los judíos, y se detuvieron delante de su puerta por el falso escrúpulo, que les prohibía se entrase en la casa de un gentil antes de nacer el sol. Pero Pilatos habiendo oído sus gritos desaforados, y recibido la noticia de un centurión, salió al balcón y les dijo: ¿De qué acusáis a ese hombre?

Ellos respondieron: Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos entregado.

Hablaba en ellos el odio y así lo comprendió Pilatos, el cual les diio: Tomadle, pues, y juzgadle vosotros, según vuestra ley.

Mas los judíos le dijeron: No nos es lícito matar a nadie..

Pilatos entonces, cediendo a sus clamores se determinó por fin a juzgar al Salvador. Lo cual permitió Dios para que el Mesías muriera en una cruz, como estaba vaticinado; porque los judíos según la ley no hubieran podido condenarle más que a ser apedreado y deseaban que muriese crucificado.

Principiaron, pues, por acusarle diciendo: Hemos averiguado que este hom-

bre pervertía nuestra nación; prohibía que se pagase el tributo al César y se daba el nombre de Cristo y de Rey.

Oyendo hablar Pilatos del título de rey, volvió a entrar en el pretorio, donde custodiaban al Salvador y mandó que se lo presentasen.

Jesús apareció en seguida delante del gobernador, que le interrogó diciendo; ¿Eres tú el rey de los judíos?

Lo dices eso por tí mismo, respondió Jesús, o porque otros te han sugerido la pregunta?

¿Acaso soy judío? respondió Pilatos, para inquietarme tanto por el Cristo y Rey de los judíos? Tus pontífices son los que te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho?

El Salvador le respondió que era rey, pero que su reino no era un estado político como los imperios de la tierra. Si mi reino fuera de esta especie, añadió, ¿crees que mis tropas y oficiales no pelearían por mí, para defenderme del furor de los que me acusan? Pero mi reino no es de este mundo.

Pilatos le dijo: ¿Luego eres Rey?

Sí, lo soy; he venido a este mundo para reinar y dar testimonio de la verdad.

Todo aquel que ama la verdad, escucha mi voz.

¿Qué cosa es verdad? le preguntó Pilatos; y sin esperar la respuesta, salió otra vez al balcón para contener los gritos desaforados de los judíos.

Es inútil que gritéis, les dijo, pues yo no hallo en él motivo alguno para condenarle.

Al oír esto los judíos y al pensar que su presa bubiera podido escaparse de sus manos, volvieron a empezar a gritar furiosamente diciendo: Subleva el pueblo, se llama Hijo de Dios.

El Salvador guardaba silencio. No le tocaba hablar a El, sino a Pilatos, que sólo tenía que decir estas palabras: No basta acusar, es preciso probar el crímen de que se le acusa. Sin embargo, para no estar enteramente mudo en una escena en que debía desempeñar el papel principal interrogó a Jesús segunda vez; ¿No oyes, le dijo, de cuántos crímenes te acusan? Pero Jesús nada respondió.

Pilatos había reconocido la inocencia del acusado y su deber era imponer silencio a los acusadores y despedirlos con la confusión que merecían, mas no lo hizo. Los enemigos del Salvador comprendieron la debilidad de semejante conducta y se a-

provecharon de ella para alcanzar impetuosamente lo que la conciencia del juez no le permitía concederles. Por esta razón, sin presentar menos crímenes, empezaron a gritar con más fuerza diciendo: Subleva al pueblo sembrando su doctrina por toda la Judea, desde Galilea hasta aquí.

Al oír Pilatos hablar de Galilea, preguntó si Jesús era galileo, y se creyó libre de su compromiso, al saber que en efecto era de la jurisdicción de Herodes, quien hacía poco tiempo había llegado a Jerusalén y se apresuró a enviarle a su presencia.

Herodes sintió la mayor alegría luego que vió a Jesús, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, pues había oído hablar mucho de El, y esperaba verle hacer algún milagro. Así, pues, le dirigió varias preguntas, pero Jesús no le dió ninguna respuesta.

Los príncipes de los Sacerdotes y los escribas que veían que el Salvador se libertaría de su poder, si accedía a los deseos de Herodes, renovaban entretanto con furor sus acusaciones, y Jesús no respondía tampoco a sus calumnias, así como lo había hecho con las preguntas de Herodes. El divino Maestro, que se comunica con las almas humildes y puras, tiene horror al orgullo y a la impureza; por cuya razón He-

rodes estaba bien lejos de alcanzar un milagro de aquél de quien hasta era indigno de oír una palabra.

Herodes despreció pues a Jesús y toda su corte hizo otro tanto. El despecho de ver frustrada su curiosidad hizo que añadiese al desprecio la irrisión y el insulto. Mandó, pues, que le vistieran por mofa con una ropa blanca y lo envió otra vez a Pilatos con este traje que indicaba un estúpido o un visionario, o tal vez un rey de teatro. Pilatos trató de sacar ventaja de la conducta de Herodes para apaciguar algún tanto la furia de los judíos y les dijo: Me habeis presentado a este hombre como pervertidor del pueblo, y he aquí que preguntándole yo delante de vosotros no hallé en él motivo alguno para condenarle. Herodes tampoco ha encontrado ninguno, y así lo soltaré después de haberle castigado.

El castigo que Pilatos destinaba al Salvador era el de los azotes, pena dolorosa e infamante, a la cual no podía sobrevivir ningún hombre honrado.

La esperanza de que los enemigos del Salvador se contuvieran con aquel castigo, había inspirado a Pilatos la idea de tal recurso. Tal era la protección que este cobarde político daba al inocente que quería salvar.

Era costumbre que el gobernador romano concediese en las fiestas de la Pascua la libertad de un preso, cualquiera que fuese el que se pidiere, y habiendo en la cárcel un famoso criminal, llamado Barrabás, Pilatos se dirigió al pueblo y le dijo: Se acostumbra entre vosotros que en la fiesta de la Pascua se dé libertad a un condenado a muerte, ¿a quién quereis que os entregue libre, a Barrabás o a Jesús que es llamado el Cristo? ¡A Barrabás! exclamó a una voz todo el pueblo.

Asombrado Pilatos, que estaba empeñado en salvar a Jesús, les dijo segunda vez: Pues ¿qué queréis que haga de este inocente?

Y todos se pusieron a gritar con mayor furia: ¡Que sea crucificado!

Díjoles por tercera vez: Pero ¿qué mal ha hecho? Nada hallo en él que merezca la muerte. Voy a azotarle, pues, y en seguida le daré la libertad.

Al oír estas expresiones, los espíritus se encienden cada vez más, estallan los gritos y no se oyen más que estas funestas palabras: ¡Que sea crucificado! ¡La cruz para el falso profeta de Nazareth!

La sedición amenazaba y el débil gobernador no se creyó seguro; viendo, pues, que todo era inútil y que el tumulto iba en

aumento, mandó que le trajesen agua, y lavándose las manos delante del pueblo, les dijo: Inocente soy de la sangre de este justo; pensadlo bien vosotros. Y todo el pueblo respondió: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

El Eterno oyó esta horrible imprecación y la ratificó. Y en en realidad la maldición de Dios cayó y cae sobre este pueblo infortunado.

Después de la vana ceremonia del lavatorio de los manos, o más bien de haber dado contra sí propio este testimonio ruidoso de la injusticia, que iba a cometer, deseando Pilatos contener al pueblo, dijo que concedía lo que le pedían, y mandó dar libertad a Barrabás y que azotasen a Jesús, ya para conmover al pueblo con esta especie de suplicio y lograr que con él se contentase, ya porque estaba prescrito que el reo debía ser agotado antes de ser clavado en la cruz.

Los soldados designados para llevar a efecto la flagelación le llevaron en seguida al patio del pretorio. Le desnudaron, cubriéndole luego con un harapo de púrpura a guisa de un manto real, le amarraron a un fragmento de columna, que hoy se venera en una iglesia de Roma, y empezaron el tremendo suplicio. No cesaron

hasta que no vieron despegarse a pedazos la carne de su persona, hasta que no le redujeron el cuerpo a una sola llaga, hasta que no vieron que su sangre corría a arroyos en el suelo.

Hiciéronle entonces, entrelazando espinas, una corona que le colocaron en la cabeza. Pusiéronle también una caña en la mano derecha para que le sirviera de cetro, y acercándose y doblando ante El la rodilla le decían por irrisión: Dios te salve Rey de los judíos! Y al decirle esto, le hundían las espinas en la cabeza, dándole golpes con una caña, y le escupían en la cara y le abofeteaban.

Los judíos debían por fin estar contentos y satisfechos y así lo creyó Pilatos, pues salió otra vez y les dijo: Os van a sacar a ese hombre que queréis crucificar,para que veais a qué estado lo han reducido y le dejéis la vida.

Hablaba aún Pilatos, cuando apareció Jesús llevando en su mano la caña, en la cabeza la corona de espinas, sobre los hombros su manto de púrpura, y en la frente y en todo su exterior un dolor modesto, sumiso y generoso.

Parecíase al héroe más generoso, que acababa de salir de la arena,que había empapado con toda su sangre, para salvar la

vida del objeto de su más tierno amor.

¡Ved aquí al hombre! les dijo Pilatos.

Ante este espectáculo el pueblo calló y empezaba quizá a sentir compasión, pero los príncipes de los Sacerdotes y sus ministros dieron voces desde que le vieron diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Engañado por segunda vez Pilatos, les dijo con enojo: Tomadle vosotros mismos y crucificadle, pues yo no hallo delito en él para condenarle.

Los judíos le respondieron: Tenemos una ley y según ella debe morir, porque se hizo hijo de Dios.

Cuando Pilatos oyó el nombre de Hijo de Dios, quedó asombrado; todo le parecía tan grande y maravilloso en su preso, que tuvo miedo de acarrearse, abandonándole, toda la colera del cielo. Volvió, pues, a entrar bruscamente al pretorio y dijo a Jesús: ¿De dónde eres?

Mas Jesús no le dió respuesta.

¿No me contestas? añadió Pilatos; ¿no sabes que tengo póder para crucificarte o para soltarte?

No tendrías poder alguno sobre mí, respondió Jesús, si no te hubiera sido dado de arriba. Por lo tanto, el que a tí me ha entregado, mayor pecado tiene.

La calma y la firmeza de esta respues-

ta llenaron de turbación el alma del gobernador; conocía que Jesús se daba a su nación por el Hijo de Dios y Jesús, lejos de sincerarse de esta acusación, todo cuanto decía, contribuía a corroborarla. Desde aquel instante hizo mayores esfuerzos para libertarle de las manos de sus enemigos, pero los judíos seguían gritando y diciendo: Si le sueltas no eres amigo del César; porque cualquiera que se hace pasar por rey, se declara su enemigo.

Sobrecogido Pilatos al oír el nombre del César, y viendo a los pontífices dispuestos a hacer de su indulgencia un crímen de estado, se sentó en su tribunal, colocado en sítio elevado sobre un enlosado de ricas piedras, mandó traer a Jesús, y dijo a los judíos: Ved aquí a vuestro Rey a qué punto está reducido. Pero ellos gritaban: ¡Quítalo! ¡Quítalo! ¡Crucifícale!

¿A vuestro Rey he de crucificar? díjoles Pilatos.

No tenemos Rey, más que al César, respondieron los judíos.

Pilatos entonces les entregó a Jesús, abandonándole a su furor.

Eran cerca de las nueve de la mañana, y apenas el gobernador dejó al Salvador en poder de los judíos se apoderaron de El los soldados encargados de la ejecución;

quitáronle el ridículo manto de púrpura, con que acababan de insultarle, le revistieron de sus vestiduras, y le sacaron fuera del palacio. En seguida le cargaron de una pesadísima cruz, que apenas podía mover y se encaminaron, seguidos de toda la multitud, hacia el monte Calvario, que era una montaña poco elevada en las cercanías de Jerusalén.

Para llegar allí era preciso atravesar la ciudad, de modo que los judíos, que desde la noche anterior perseguían al Salvador, como una banda de lobos furiosos a un inocente cordero, tuvieron también la satisfacción de verle conducir su cruz y caminar al suplicio. Pero agotadas ya sus fuerzas, Jesús iba a sucumbir muy pronto bajo el peso de su carga, y el verdadero Isaac estaba casi en la imposibilidad de llevar hasta la cima del monte el leño de su sacrificio.

El Salvador había derramado casi toda su sangre y estaba tan débil, pálido y desfallecido, que apenas podía tenerse en pie. Al recibir sobre su espalda el pesado madero, su cuerpo se dobló como la débil caña empujada por el soplo poderoso del huracán.

Los verdugos se rieron de aquella flaqueza y el pueblo, viendo a Jesús dispues-

to a emprender el camino del suplicio, se removió como un inmenso hormiguero lanzando alaridos de gozo.

La comitiva emprendió el camino del calvario al lúgubre son de las trompetas. El centurión Longinos iba adelante con otros cuatro separando la gente con su lanza. Luego seguían los demás soldados, pertrechados con todos los arreos de guerra; detrás venían los dos bandidos Dimas y Gestas con su cruz al hombro. Después caminaba un joven lujosamente vestido a la romana, llevando un águila de oro bordada sobre el pecho. Este joven llevaba en la mano un bastón bastante largo para que dominara con su altura la muchedumbre. Al extremo del bastón veíase una tablilla de cedro con esta inscripción: «Jesús de Nazareth, Rey de los judíos».

Detrás de él seguía Jesús, rodeado de verdugos, con una áspera cuerda atada a su divino cuello y repitiendo en voz baja y con dulcísimo acento: Perdónales, Padre mío, no saben lo que hacen.

Con la mano derecha procuraba aliviar el enorme peso de la Cruz y con la izquierda alzaba su larga túnica, para no tropezar con las piedras.

Jesús no había comido, ni bebido desde la cena del día anterior. Además la san-

gre de su cuerpo había sido derramada casi toda durante la flagelación; sin embargo su Padre desde el cielo le prestó la fuerza suficiente para soportar el pesado leño de la Cruz y la distancia, que desde el palacio de Pilatos al lugar de la crucifixión, ha sido calculada en mil tres çientos veinte y nueve pasos.

La plebe instigada por los fariseos y sacerdotes, seguía a Jesús insultándole, escupiéndole y burlándose de su lento y fatigoso andar.

A los ochenta pasos Jesús tropezó con una piedra,faltáronle las fuerzas y cayó por primera vez.

La muchedumbre al verle tendido en el duro camino, y aplastado bajo el enorme peso de su carga exhaló un grito de gozo; los sayones tiraron de la cuerda para levantarle, y los soldados le pegaban con la asta de sus lanzas.

Después de un rato Jesús se levantó fijando sus hermosos ojos en el cielo y continuó su dolorosa marcha.

Apenas le vieron caminar uno de los verdugos gritó: ¡Salud al Rey de los judíos! ¿No véis cómo se levanta para mirar y dar las gracias al numeroso acompañamiento que le sigue?

A n i m o, falso prófeta, exclamó o-

tro, hundiéndole la corona de espinas con el extremo de la lanza, porque con la caída se le había movido un poco de las sienes, ánimo que ya falta poco, para llegar al lugar del sacrificio.

Un poco más adelante de la comitiva caminaban también hacia el Gólgota otras personas y la madre del Salvador. María se paró en un punto por donde iba a pasar su Hijo y allí cayó de rodillas. La Magdalena, María Cleofas, Marìa Salomé y Juan, el discípulo amado de Jesús, la rodearon.

Entre tanto la gritería, el estruendo se iban aproximando.

Jesús había caminado sesenta pasos más o menos después de la primera caída, cuando halló a su Madre, que haciendo un esfuerzo sobrenatural, se arrojó a los pies de su Hijo.

Algunos soldados pretendieron rechazarla con las lanzas, pero la Virgen sufrió aquellos duros golpes sin apartar sus llorosos ojos de su amado Jesús.

Entonces pasó una cosa horrible y espantosa. Un miserable verdugo tomó de un canastillo, que llevaba un niño, un puñado de los clavos, que debían servir para enclavar a los reos, y arrojándolos con toda su fuerza al rostro de la Virgen: Toma, Gali-

lea, le dijo, allí tienes el último regalo que te hace tu hijo, el profeta de Nazareth.

Jesús, aterrorizado, quiso correr en socorro de su Madre, pero ¡ay! los pies se le enredaron en la túnica y cayó segunda vez, golpeando con su divina frente el duro suelo.

¡Hijo de mi alma! exclamó la Virgen con uno de esos gritos que sólo pueden salir del corazón de una madre.

Jesús, sereno, aunque pálido y vacilante, dirigió una dolorosa mirada a su Madre, e incorporándose sobre su rodilla, le dijo con dulcísima voz: ¡Salud,Madre mía! Ella se acercaba llorando para besar siquiera una orilla de las vestiduras de su divino Hijo, pero antes que los labios de la adolorida Madre depositaran su amoroso beso en ellos, los verdugos la apartaron bruscamente de El.

María cayó entonces desfallecida en los brazos de Magdalena, y se contentó con dirigir a Jesús una mirada llena de amor y amargura.

La muchedumbre entre tanto seguía rugiendo en derredor del Salvador y gritando: ¡Viva Barrabás! ¡Muera el Nazareno! Y Jesús, el mansísimo Cordero, el Amigo de los afligidos, el Redentor de la humanidad, caminaba agobiado bajo el peso del

afrentoso leño, repitiendo en voz baja: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina reune sus polluelos bajo sus alas y tú no quisiste reconocer al que no desea sino tu salvación! Oh si a lo menos en este día, que todavía lo es de salud para tí, supieras conocer al que tanto te ha amado!

El Salvador hallábase ya a la mitad del camino y faltándole nuevamente las fuerzas, se detuvo para tomar aliento. Sus piernas flaqueaban y su angustiosa respiración hacía levantar de un modo fatigoso el adolorido pecho.

En aquel momento una mujer salió de enfrente con un lienzo en la mano, acercóse al divino Galileo, cuyo rostro se hallaba inundado de sudor; arrodillóse delante de El diciendo: Señor, permite que esta humilde pecadora limpie tu divino rostro con este lienzo; y en seguida limpió el sudor del divino semblante.

Dios te lo pague, mujer caritativa, le dijo Jesús, y te sirva de recompensa lo que te dejo en el lienzo. Y antes de continuar su camino, volviéndose a la mujer añadió: Desde hoy en adelante te llamarás Verónica, pues te dejo entre tus manos mi verdadera imagen.

En seguida emprendió nuevamente su

dolorosa marcha, en dirección del monte Calvario.

Mientras el Salvador proseguía a paso lento hacia donde debía ofrecerse en scrificio, un centurión que durante la dolorosa vía no apartaba los ojos de Jesús, viéndole desfallecer, se dirigió a uno de los soldados y le dijo: Observa al Nazareno; no puede con el enorme peso de la cruz. Los miserables fariseos se gozan en su horrible amargura, y el desgraciado va a morir antes de llegar a la cumbre del Gólgota, si una mano no le ayuda a llevar el pesado leño.

Tienes razón, contestó el otro, y al mismo tiempo dirigió una mirada al rededor para ver si podía hallar alguno.

En ese momento vió a un hombre llamado Simón, natural de Cirene e israelita de religión. Este venía del campo y cuando se encontró con la comitiva, se desvió a un lado del camino para no ser atropellado.

El romano se le acercó y le dijo: Buen hombre, ayuda a este pobre condenado a llevar su cruz, y los dioses te recompensarán.

Simón se resistió; pero el centurión cogiendo un haz de leña que el Cirineo llevaba en las espaldas y arrojándola lejos le dijo: Obedece al César.

Entonces Simón cargó sobre süs es-

paldas el extremo de la cruz, temblando de miedo.

El Nazareno al sentirse algo aliviado de la enorme carga, volvió una mirada compasiva a Simón y continuó caminando.

Al cruzar el puente del valle de los cadáveres Jesús cayó por tercera vez desmayado.

Simón dejó al momento la cruz y corrió a levantar al Nazareno.

Unas mujeres que esperaban allí al joven Maestro, viendo en tan doloroso estado al que seis días antes había entrado cubierto de flores y bendiciones por un camino de rosas y palmas a la ciudad, se echaron a llorar. Mas Jesús levantó su frente manchada de sudor y de sangre y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque presto vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron.

Desde el sitio en que las piadosas mujeres se postraron a los pies de Jesús a la cumbre del monte, donde el Salvador debía ser crucificado intermediaba la distancia de unos setenta pasos. Jesús empleó cerca de un cuarto de hora en subir tan corto trecho.

Estando ya cerca de la cumbre le faltaron nuevamente las fuerzas e iba a caerse otra vez, pero los verdugos, al ver que el lugar destinado para el suplicio distaba pocos pasos, le descargaron del enorme peso.

La comitiva, conforme iba llegando comenzó a rodear la cima del Calvario y los sayones se preparaban a ejercer su ignominioso encargo. El centurión despidió al Cireneo dándole las gracias, pero éste pareció no haber oído la orden y permanecía junto al que había hecho menos pesada la cruz.

Vete, Simón, le dijo a su vez el Nazareno, que pronto nos veremos en el reino de mi Padre,donde recibirás la recompensa.

Simón se separó entonces enternecido profundamente y vertiendo lágrimas de dolor, por los malos tratamientos de Jesús. Entretanto los sayones habían dispuesto la cruz en el suelo.

Cuando los clavos, los martillos y las cuerdas fueron también dispuestos junto al madero,aquellos seres despreciables se dirigieron a Cristo y cogiéndole bruscamente de los brazos, le arrastraron junto a la cruz.

Entonces uno que llevaba una cuerda en las manos, dijo a sus compañeros: Apartaos; dejad que le tome la medida a este profeta, que se deja crucificar,pudiendo con-

vertirnos a todos en piedras. En seguida midió a Jesús descargando sobre su divino rostro un terrible puñetazo, y colocó la tablilla donde debían hacer punto de apoyo los pies. Terminadas estas operaciones, que el pueblo contemplaba con criminal interés, los verdugos comenzaron a desnudar a Jesús, rasgando la ropa,que se le había pegado a la carne a causa de las inumerables heridas que cubrían su cuerpo.

Cuando llegaron a la túnica, uno de los verdugos dijo a sus compañeros: Creo que esta túnica no debemos rasgarla, sería conveniente que se la sacáramos toda entera para venderla a uno de esos fanáticos que creen que este hombre es el Mesías.

Dices bien, pero entonces será preciso despellejarle, pues la tiene pegada al cuerpo.

Eso es lo de menos, dijeron los demás. Los verdugos ejecutaron este acto cruelísimo. Las heridas de Jesús eran tantas, que el dolor sufrido durante aquella inhumana y nueva flagelación no hay pluma que pueda expresarlos.

Jesús al verse completamente desnudo, ensangrentado y desfallecido, dirigió en torno suyo sus lagrimosos ojos, buscando una mirada de compasión y sólo encontró las horribles carcajadas de los feroces ver-

dugos y las burlas sarcásticas de la envilecida plebe.

Mas he aquí que de repente escucha un grito de dolor a sus espaldas, vuelve la cabeza y ve a una Mujer que escala precipitadamente la cumbre del Gólgota, seguida de otras dos mujeres y de un hombre: Es su Madre, la Virgen dolorosa, que, arrancándose el casto velo que cubre su virginal cabeza, corre a cubrir con él el desnudo cuerpo de su hijo. Lo sujeta a su cintura; besa luego la pálida frente del fruto de su seno Virginal, sin que los sayones se opongan, y dice: Sobre la aborrecida cumbre, donde mueren los malhechores, sobre la sierra, donde arrojan a los perros, desnudo y abandonado te hallo, Hijo mío! ¿Qué mal hiciste tú a los que quieren verte suspendido y muerto en este afrentoso madero? Angel de caridad y de amor ¿qué ultrajes han recibido de tí los hombres para que te maltraten de este modo?

Los verdugos, repuestos del asombro que la presencia de la madre desolada les había causado, colocaron a Jesús sobre el madero y se disponían a enclavarle.

María, al ver el martillo y los clavos que debían traspasar los pies y las manos de su divino hijo, lanzó un grito de indescriptible amargura. Juan y Magdalena pro-

curaron impedirle la vista de aquel cuadro aterrador, y Jesús, tendido sobre el duro leño, dirigió una dulce y amorosa mirada a la Reina de los Mártires, para que la cruel espada del dolor no la privase de la existencia.

De pronto se oyó un ruido seco, desgarrador, espantoso; era el sangriento clavo que traspasando carne y hueso, clavaba la mano de Jesús en en el vergonzoso madero. Ante aquel sonido que despedazaba el corazón, enmudecieron todas las gargantas; y en medio de aquel universal silencio se escuchó un lamento doloroso, que penetró en todos los corazones, y que salía del fondo del alma de la madre de Jesús.

Cuatro veces cayó fuerte sobre el duro clavo el pesado martillo y su sonido seco, aterrador, llegaba hasta el corazón de María, desgarrándole como si fuera la punta envenenada de un puñal. A cada golpe la sangre saltaba al rostro del verdugo y Jesús se agitaba dolorosamente sobre el madero, que debia ser el lecho de su muerte. Entonces uno de los sayones, que observaba con frialdad el espantoso martirio del Galileo, se puso de rodillas sobre el abatido pecho de Jesús, para privarle de todo movimiento.

Ya está este brazo, dijo el sayón, limpiándose la sangre que había salpicado su rostro. Pues al otro, y acabamos, contestó otro.

Pero ¡ay! cuando los verdugos se apoderaron de la mano izquierda para clavarla, vieron que no llegaba hasta el sitio, donde estaban indicados los agujeros. Entonces . . . . ¡horrible pensamiento! ataron una cuerda a la muñeca de Jesús, y apoyando un pie sobre una piedra, tiraron brutalmente, hasta el punto de dislocarle los hombros, para hacer llegar la mano a donde estaba preparado el agujero.

Después de este nuevo martirio, el pecho de Jesús se levantaba con una agitación espantosa, y el infame verdugo hundía con más fuerza en él sus rodillas. La mano izquierda fué clavada. Los clavos tenían nueve pulgadas; eran triangulares y de cabeza redonda. La punta ensangrentada salió por el otro lado de la cruz. Faltaban todavía los pies. Los colocaron so bre el punto de apoyo y el uno sobre el otro. Diez martillazos terminaron el horrible martirio.

Levantaron en seguida la Cruz y acercándola a donde estaba preparado el hoyo, la dejarón caer brutalmente aumentándose

y desgarrándose las llagas de las manos y de los pies.

Los otros dos ladrones estaban ya en sus puestos, de modo que Jesús quedaba en medio. Apenas el Salvador pudo contemplar desde lo alto de la Cruz a toda la muchedumbre que rodeaba el monte, exclamó: Perdónales, Padre mío, no saben lo que hacen.

Los dolores de Jesús durante las tres horas de su penosísima agonía no hay lengua que pueda decirlos y sin embargo pide al Padre generoso perdón para todos sus verdugos.

Mientras tanto las llagas de las manos y de los pies se desgarraban cada vez más por el peso del cuerpo, y aquellos pérfidos Judíos en vez de compadecerse se embriagaban de alegría infernal. Al verle en tal estado deberían a lo menos haber cesado de insultarle, pero no; privados de todo sentimiento humanitario, después de haberle condenado a muerte inocentemente y reducido a tal estado no cesaban de injuriarle también enmedio de sus dolores. Se burlaban de El, y paseándose en su presencia le decían: Si eres Dios, bájate ahora de la cruz y creeremos en tí.

Jesús, como en el huerto de Getsemaní, hubiera podido privarlos de la existen-

cia, y hacer ver que El era de veras aquel Dios omnipotente, que no habían querido reconocer después de tantos prodigios operados delante de sus ojos, pero no; El lo sufrió todo con paciencia y seguía pidiendo para ellos el perdón.

También Gestas le insultaba diciendo: Si eres Dios, sálvate a tí mismo y a nosotros.

Pero Dimas respondiéndole le dijo: ¿No temes tú a Dios estando tan próximo a la muerte? Nosotros padecemos por nuestra culpa, y recibimos lo que merecen nuestros crímenes, pero El no ha hecho mal alguno. Y volviéndose luego a Jesús le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino.

Y el Salvador le contestó al instante: Hoy estarás conmigo en el paraíso.

Entretanto Caifás, que lo había presenciado todo rodeado de sus amigos y fariseos, procuró poner la paz entre los sayones que se disputaban la túnica de Jesús. Luego, al levantar la vista, leyó la inscripción que estaba un poco más arriba del inocente y dijo a un centurión: Manda quitar esa tablilla, donde ese condenado se hace pasar como nuestro Rey, y pon en su lugar «Jesús de Nazaret, que se dice rey de los Judíos».

El centurión envió una mirada desdeñosa al Pontífice y le dijo: El juez así lo ha mandado y así estará mientras no revoque su orden.

Caifás entonces reunió a sus amigos y mandó tres sacerdotes a desempeñar la comisión.

Pilatos se hallaba en su palacio, y cuando vió en su presencia a los sacerdotes, les preguntó secamente: ¿Qué queréis? ¿Venís acaso a pedirme otra nueva barbarie? Acabad pronto ¿qué quereis?

Queremos, dijo uno de ellos, que mandes borrar de la tablilla, que corona la cruz del falso profeta, la inscripción, que tiene, y pongas en su lugar esta otra: Jesús de Nazareth, que se dice Rey de los Judíos.

Poncio abarcó con una mirada altiva aquellos hombres despreciables, y después les dijo: Lo escrito, escrito está. Salid de mi casa, gente perdida, y no esperéis que se cambie ni una sola letra.

Volvamos al Calvario.

La plebe continúa insultando al divino Jesús.

María, Juan y la Magdalena están de rodillas junto a la Cruz, con el corazón destrozado por el dolor y mirando con los ojos llenos de amargas lágrimas al Salvador del mundo.

El sol empieza a obscurecerse sin que ninguna nube cruce por el firmamento. La tierra toma un color pálido, triste como el semblante del divino Redentor, que va a exhalar el último suspiro. Las tinieblas de la noche luchan por usurpar el cetro al rey del día. Las aves buscan precipitadamente un refugio entre los frondosos árboles del valle de los cedros y del huerto de Getsemaní.

Jesús, viendo que su hora se acerca, deja caer hacia su Madre la moribunda y lánguida mirada. Sus ojos llenos todavía de dulce y amorosa expresión, tropiezan con las miradas angustiosas de los tres únicos seres que le han sido fieles y que le han acompañado hasta la cumbre del Gólgota. La afligida mirada de la Virgen parece pedirle fuerzas para soportar tan cruel amargura.

Jesús se estremece entonces y dice con débil acento, dirigiéndose a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo, y con un movimiento de cabeza señala a Juan.

Poco después, volviéndose hacia su discípulo amado, continúa: Juan, ahí tienes a tu Madre.

El dolor de María es tan inmenso que su lengua no puede ya articular sino suspiros congojosos.

Jesús levanta los ojos al cielo como para buscar a su Padre en el pálido y triste horizonte que se extiende sobre su cabeza ensangrentada: ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclama, ¿porqué me has abandonado?

Mientras tanto María, abrazada al afrentoso madero, no aparta sus lagrimosos ojos del angustiado rostro de su Hijo. Cada una de sus palabras abre una dolorosísima herida en su corazón.

Los verdugos no le han impedido llegar hasta el sitio del tormento, pero se gozan en su dolor.

Jesús agita la cabeza con un movimiento de agonía. En ese momento un relámpago azulado cruza por el eter, mientras la poderosa voz del trueno espanta con su eco aterrador y retumba por todos los ámbitos del espacio.

Cien mil espectadores levantan la mirada al cielo, después de haber pasado ligeramente su mano por sus frentes, donde escurren frías gotas de sudor. No hay nubes, pero el sol sigue ostentando la palidez de los cadáveres. Algunos girones rojizos y amarillentos aparecen en el horizonte, mientras el rayo y el trueno siguen cruzando el firmamento.

Los muros de la ciudad, las crestas de las montañas y los senos de los barrancos

se tiñen de un resplandor extraño, que enfría la sangre en las venas y oprime el corazón en el pecho.

Cesa por fin el trueno,como si la naturaleza suspendiera su enojo, y Jesús abriendo su abrasada boca exclama: ¡Sed tengo!

Un soldado, que se halla cerca de la Cruz, empapa una esponja con mirra y vinagre, bebida horrible, que sólo se daba a los condenados para entontecerlos y aminorar los dolores que sufrían, y la aplica brutalmente a la boca de Jesús.

El Nazareno gusta apenas la amarguísima bebida y vuelve la cara hacia Occidente exhalando un doloroso gemido.

Los elementos contestan con su voz poderosa a este lamento del Redentor y la tierra toda empieza a tomar un color rojizo.

En el cielo aparecen algunas estrellas.

Prolongados y lejanos truenos se suceden con rapidez y el rayo cruza en todas direcciones el firmamento.

El temor, el asombro, la admiración y el espanto comienza a cundir entre los espectadores.

Jesús exclama con moribundo acento: ¡Todo está consumado!

Los truenos se redoblan, la obscuridad se extiende cada vez más y la poderosa luz del rayo se dilata por todas partes.

Son poco más o menos las tres de la tarde. Por fin suena en la eterna mansión del Ser Supremo la hora en que el hombre Dios debe completar su sacrificio. El cordero sin mancilla va a morir.

La naturaleza ha enmudecido. Jesús abre por vez postrera sus divinos labios y pronuncia estas palabras: ¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu! . . . . .

En seguida la adolorida cabeza se inclina pesadamente sobre el pecho y exhala el último suspiro . . . .

Apenas Jesús lanza su postrer aliento, el valle de Josafat se ilumina con la azulada luz del rayo; el fragoroso trueno muge en mil partes a la vez; la tierra toda se extremece repetidas veces; los montes se sacuden y se parten; los sepulcros de los Profetas se rompen, las tumbas se abren; los muertos abandonan sus fosas, las torres del templo de Sión se inclinan, como para saludar el último suspiro del Redentor, y el velo del Santo de los Santos se desploma con espantoso estruendo.

San Dionisio Areopagita se apercibe de este trastorno universal y exclama: ¡O la inmensa mole del mundo se derrumba, o el Rey de de la naturaleza sufre.

Entre tanto la innumerable multitud que había asistido a la divina tragedia y

que todavía estaba al rededor de la Cruz, llena de terror y de espanto por tantos prodigios, empezó a retroceder y a agitarse diciendo: ¡Verdaderamente este era el Hijo de Dios!

El Calvario fué quedándose insensiblemente desierto de la muchedumbre, que desde el medio día lo había ocupado y cada cual se iba más o menos triste y afligido pensando en Aquel, que desde la altura de la Cruz, parecía bendecirles y llorar por los males que les esperaban.

En medio de esta desolación general, algunas personas permanecían todavía junto a la Cruz, afligidas tal vez más que los otros, pero sin remordimiento alguno. Ellas no podían resolverse a alejarse de un objeto tan precioso, pues eran las más queridas del Salvador.

Además de las tres, que el lector ya conoce, estaba también María, madre de Santiago y otras personas que conocían y estimaban a Jesús como verdadero Dios.

Después de algunos momentos de que Jesús había expirado, se presentaron tres o cuatro soldados y por orden del Préside, cortaron las piernas a los dos ladrones. A Jesús sólo le abrieron el divino costado con una lanza.

Mientras tanto se acercaba el descan-

so del sábado, y era preciso pensar en dar sepultura al cuerpo del Salvador.

José de Arimatea fué, pues, a presentarse a Pilatos y le dijo: Señor, el que condenaste ha muerto ya; vengo, pues a pedirte su cuerpo para darle sepultura antes de que empiece el sábado.

¿Ya murió? preguntó Pilatos lleno de asombro.

Sí, señor, expiró perdonando a sus verdugos.

¿Qué dices tú, José, de ese hombre?

Digo que era un inocente y que debemos temer los más grandes castigos por habernos manchado las manos con su sangre. Cuando José acabó de pronunciar estas palabras estaba profundamente conmovido y Pilatos le licenció accediendo a su petición.

Obtenida la gracia, compró una sábana para envolver el cuerpo de Jesús y se fué al Calvario.

Ayudado por otras personas caritativas bajó el cuerpo del Salvador; le envolvieron en la sábana con perfumes, según acostumbraban los judíos y pensaron cómo y dónde podrían darle sepultura.

Muy cerca del paraje, donde Nuestro Señor había sido crucificado había un huerto y en él un supulcro recientemente abier-

to, y en el cual nadie había sido enterrado. Este sepulcro pertenecía al mismo José. Apremiado por el tiempo y favorecido por la proximidad del sitio, José depositó con ayuda de Nicodemus el cuerpo del Salvador en aquel sepulcro enteramente nuevo y abierto en la peña.

Todo cuanto parece hallarse aquí por casualidad, estaba arreglado y dispuesto por la Providencia. El sepulcro debía estar cerca del Calvario, para que hubiera tiempo de llevar a él el cuerpo de Jesús y enterrarle antes de que empezase el descanso del sábado; el sepulcro debía ser también enteramente nuevo y que no hubiera encerrado aún ningún cadáver, para que no se pudiera poner en duda si el muerto resucitado era Jesús; debía por fin estar practicado en la roca, para que no se sospechase que había sido abierto y fortuitamente arrebatado el cuerpo de Jesús.

Terminado el entierro todos se fueron, porque iba a empezar el sábado en que no se podía trabajar.

No lo hicieron así los enemigos de Jesús; esos rígidos observadores del santo descanso, que tantas veces habían acusado al Salvador de haberle quebrantado, haciendo curaciones milagrosas, lo quebrantaron entonces con el fin de sepultar

su religión en el mismo sepulcro de su Autor.

Reuniéronse, pues, los príncipes de los sacerdotes y fariseos en casa de Pilatos, y le dijeron: Señor, nos acordamos de que aquel impostor, cuando todavía estaba en vida, dijo: Después de tres días resucitaré. Mandad, pues que se guarde el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos y le hurten y digan a la plebe: Resucitó como él lo dijo; pues este último error sería peor que el primero.

Pilatos les dijo: Guardias tenéis, id y guardadlo como os parezca.

Fueron, pues, al sepulcro, lo cerraron bien, sellaron la piedra y pusieron guardias.

Todas estas precauciones eran necesarias, para que fuera más brillante y claro el milagro de la Resurrección; porque, si a pesar de todo esto desaparecía el cuerpo del Salvador, se quitaba el recurso de poder decir que sus discípulos se lo habían robado.

Sin embargo, el muerto, que con tantas precauciones custodiaban, era libre entre los muertos. Es verdad que el cuerpo del Salvador descansaba en el sepulcro donde, según el vaticinio del Profeta, la carne del Santo de Dios no debía estar sujeta a la corrupción, pero su alma bajó al

Limbo, donde todos los justos de los siglos pasados esperaban en paz la venida del Mesías.

Dióse a ver a las almas que amaba y que habían disfrutado de antemano el precio de su sangre; les anunció el Evangelio, es decir, su vida, su muerte, su próxima resurrección, el último cumplimiento de sus deseos y la consumación de su gloria en el cielo; cuya conquista había hecho para sus miembros en calidad de Jefe de todos los Santos.

Pasó la noche del viernes, todo el sábado y la aurora del domingo comenzaba a iluminar la tumba del divino Mártir. La peña que encerraba tan grande tesoro fué tomando insensiblemente un color de rosa. El instante solemne reservado al triunfo del vencedor de la muerte había llegado.

El divino espíritu del Salvador del mundo, cual cándida paloma, que vuelve al amado nido, juntóse al divino cuerpo y tal vez en el momento mismo en que despuntaba en el Oriente el sol, salía glorioso y triunfante de la tumba el verdadero Sol de justicia y de paz.

Pocos instantes después llegaron María Magdalena y María madre de Santiago, para embalsamar el cuerpo de Jesús, y como ignoraban que se habían puesto guar-

dias, no previendo otro obstáculo, se preguntaban una a otra: ¿Quién nos quitará la losa que cierra la entrada del sepulcro?

Pero el Señor quiso manifestarles luego lo que había pasado.

Hubo de pronto un gran terremoto; un Angel bajó del cielo, y acercándose a la piedra, la revolvió diciendo: ¿Por qué buscáis entre los muertos al Salvador? Ha resucitado; no está ya aquí. Id pues y decid a sus discípulos y a Pedro que los espera en Galilea, como les dijo.

Las dos mujeres fueron a comunicar la noticia. Pedro y Juan corrieron al sepulcro, pero no vieron en él más que los lienzos con que estaba envuelto el cuerpo de Jesús y volvieron a Jerusalén.

Detenida Magdalena por su amor no pudo resolverse a seguirles, y se quedó en la entrada del sepulcro vertiendo lágrimas.

Mientras así lloraba, levantó la vista y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el sitio donde habían colocado el cuerpo de Jesús, uno a la cabeza y otro a los pies.

¿Por qué lloras? le dijeron.

Se han llevado a mi Señor, les respondió, y no sé donde le han puesto. Y al decir estas palabras se volvió y vió a Jesús que estaba allí pero no le conoció.

Mujer, le dijo también El, ¿por qué lloras? ¿qué buscas?

Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si os le habéis llevado de aquí, decidme dónde le habéis puesto, y yo le llevaré.

Jesús le dijo, ¡María!

A esta llamada le conoció y le contestó diciéndole: ¡Maestro!

Se arrojó en seguida a sus pies para abrazarlos; pero Jesús le dijo: No me toques, porque aun no he subido a mi Padre. Mas ve a buscar a mis hermanos y diles lo que has visto.

Magdalena partió al instante llena de alegría.

Apenas se alejó, otras santas mujeres llegaron al sepulcro y uno de los Angeles les dijo: No temáis, se que buscáis a Jesús Nazareno que ha sido crucificado. ¿Cómo es que buscais entre los muertos al que está vivo? No está aquí porque ha resucitado como lo dijo. Acordáos que cuando aun estaba en Galilea os decía: Es preciso que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea crucificado y resucite al tercer día; venid y ved el lugar donde le pusieron.

Fueron a ver y luego el Angel les dijo: Id a decir a sus discípulos que ha resucita-

do y que os espera a todos en la Galilea; allí le veréis como os lo dijo.

Ellas se acordaron entonces de las palabras de Jesús. Salieron al momento llenas de temor, anegadas de gozo, y corrieron a dar la noticia a los discípulos.

Poco se habían alejado del sepulcro, cuando he aquí que se les apareció el Señor y les dijo: Yo os saludo. Y ellas se acercaron y abrazándole los pies, le adoraron.

No temáis, añadió el Salvador id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea que allí me verán.

Ellas anunciaron todo esto a los doce Apóstoles y a los demás discípulos, pero éstos prestaron poca fe a sus palabras, aunque no faltasen al mandato que se les imponía de ir a la Galilea.

No sucedió así con los miembros de la Sinagoga, los cuales, no dudaron de la resurrección del Salvador y se apresuraron a emplear todos los medios posibles para que esta noticia no llegase a oídos del pueblo.

Las guardias, que, como se ha dicho, fueron encargadas de vigilar el sepulcro de Jesús, en el momento de la resurrección cayeron desmayados al suelo. Pero apenas volvieron en sí corrieron prontamente a la ciudad, y se presentaron a los príncipes de

los Sacerdotes y fariseos diciéndoles lo que había pasado.

Estos, pensando en las tristes consecuencias de lo sucedido,cuando lo supiesen aquellos que habían engañado, llamaron aparte a los soldados, les repartieron una crecida suma de dinero y les dijeron: Si alguno os preguntara sobre la resurrección de Cristo, les diréis que vinieron de noche sus discípulos, y que le hurtaron mientras vosotros estábais durmiendo.

Los soldados, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruídos; y así el último recurso de un odio ciego fué dar dinero, para hacer divulgar por el pueblo, que los discípulos del Salvador le habían hurtado durante la noche; recurso digno de compasión que sólo sirvió para llenar de confusión a los que lo emplearon y cuya falsedad se ve a primera vista: 1.° Porque es inaudito que varios soldados de guardia, cerca de un depósito del que responden con su honor y su vida, se durmieran todos a un tiempo. Un hecho semejante no se halla en los anales militares de ningún pueblo. 2.° Suponiendo, sin embargo, que todos los soldados se hubieran dormido ¿cómo era posible apartar y hacer rodar una piedra de enorme magnitud, penetrar en el sepulcro, tomar el cuer-

po y llevárselo, siendo forzoso que todo esto se hiciera a tientas, pues era durante la noche, y que varios hombres se empleasen en ello; ¿cómo, repito,era posible hacer todo esto sin que se despertase ninguno de los soldados, que estaban junto al sepulcro?

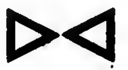
3.° Si los guardias estaban dormidos, ¿cómo supieron que se habían llevado el cuerpo del Salvador y quién se lo había llevado? y si no estaban dormidos, ¿cómo permitieron que se lo llevasen?

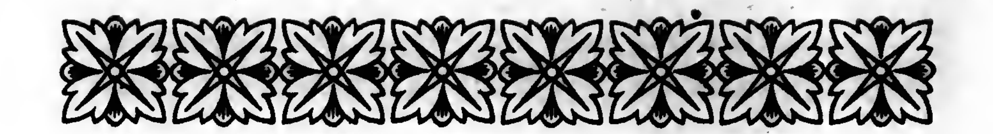
Además los mismos príncipes de los sacerdotes y los jefes de la Sinagoga ¿acusaron acaso a los Apóstoles de este pretendido crímen? Nunca. Cuando pusieron en la cárcel y azotaron a San Pedro y a San Juan y a los otros discípulos de Jesús; cuando condenaron a muerte a Santiago y a San Simeón, no les acusaron de haber arrebatado el cuerpo del Salvador, sino de haber publicado su resurrección a pesar de habérseles prohibido.

Luego está plenamente probado que el pretendido rapto del cuerpo de Jesús por sus discípulos no es más que una fábula grosera, inventada por los judíos, con el objeto de engañar al pueblo, y justificarse a sus ojos de su incredulidad y deicidio.

Si, después de cuanto se ha dicho, hu-

biese todavía quien dudara menomemente de que Jesucristo es Dios, le invitamos a que tome entre sus manos un Crucifijo, que mire por algunos instantes sus santas Llagas y desaparecerá toda duda . . . .





XV

Por el Camino del Cielo.

(Continúa la narración del anciano)

Si bien hubiera querido seguir escribiendo la historia del pueblo judío, y sobre todo la destrucción de Jerusalén, no me fué posible. A este punto una nueva desgracia hizo caer la pluma de mis temblorosas manos y me ví precisado a abandonar el colegio y a buscar refugio en otro instituto de seglares, donde fuí recibido en calidad de profesor.

Pasé allí varios años enseñando a los niños que se me confiaban, más que las letras, la existencia de Dios y los futuros destinos del hombre; pero esto mismo fué causa de que se me quitara el empleo, y me volví a hallar solo y sin saber a donde dirigir mis pasos, para poder seguir haciendo algo de bien a mis semejantes.

Me acordé entonces de un pobre niño, que durante mis primeros años de enseñanza tuve en mi clase; recordé que era huérfano de padre y que un tío suyo le había sacado bruscamente del colegio, para explotarle en las faenas del campo, privándole así de la instrucción, y me resolví a ir en busca de él y ayudarle hasta donde me fuera posible.

Fuí a su pueblo, supe los malos tratamientos que recibía, sobretodo de parte de la esposa de su tío, y no sabiendo otro modo como librarle de aquella especie de esclavitud, me presenté a su tio, que, si bien me había visto en el colegio muchos años atrás, no me reconoció, y le pedí como gran favor que me recibiese a su servicio, manifestándole desde luego que no pretendía más que el sustento.

Al principio se rehusó, creyéndome un sujeto del todo inútil, pero habiéndole suplicado que me diese cualquier ocupación siquiera en prueba, y que si veía que no era capaz me despachase, fuí recibido y me llevó el mismo día a cuidarle un pequeño rebaño de ovejas, que tenía bastante lejos del pueblo.

Después de algún tiempo se apercibió que podía servirle, y despachando al otro criado, confió a mí toda la grey, prometién-

dome alguna recompensa.

Desde entonces lo único que me preocupaba era estudiar el modo de poder quitarle al niño; y apenas se presentó la ocasión la aproveché.

Habiendo llegado el verano y teniendo que cuidar separadamente los corderos y las ovejas, manifestéle la necesidad que tenía de uno que me ayudase. Por algún tiempo no me hizo caso, pero viendo él mismo que no se podía hacer a menos, un día, cuando menos me lo esperaba, ví realizados mis sueños.

Dicho esto el anciano calló; clavó sus miradas en las mías, como para leer en ellas la respuesta afirmativa que esperaba; luego cogió con ambas manos mi cabeza y estampó un beso en mi frente diciendo con indecible ternura: ¿No me reconoces, hijo mío?

Yo intenté decir algo, pero no pude contestar sino con lágrimas de agradecimiento; y con la cabeza apoyada en su pecho, volví a experimentar la dicha de aquellos días pasados a su lado en el colegio . . . . .

Habían pasado ya tres meses de mi vida pastoril, cuando una tarde al anochecer, después de haber encerrado en el redil mi pequeña grey, el anciano me hizo entrar a la choza y haciéndome sentar junto a él:

Escucha, me dijo, tiempo es ya de que te abra por completo mi corazón y te manifieste mis desos. Preveo que dentro de poco la muerte vendrá a cortar el débil hilo de mi existencia. Por otra parte tu madre, si bien se dice que está mejor; puede ser que tenga que estar todavía por mucho tiempo donde se halla, y tú tendrías que seguir viviendo bajo los malos tratamientos de tu tío y de su esposa. Por lo mismo yo he resuelto librarte a toda costa de los padecimientos que te amenazan y hacerte feliz.

Un alma tierna y llena de santos entusiasmos como la tuya; un corazón tan amante y apasionado por las cosas divinas, no se han de quedar en la fría sombra de estos bosques junto a este árbol seco, sin hojas y sin esperanza de que produzca ningún fruto.

Tú, hijo mío, eres una tierna plantecilla fresca y lozana, llena de frescura y vigor, destinada a producir muchos frutos, y este no es tu lugar.

Dime, ¿no te gustaría volver a emprender tus estudios?

Sí, padre mío, le contesté; eso ha sido siempre mi único deseo, mi única esperanza, y si bien sentiría mucho el tener que dejaros, no podéis imaginar el gusto que me daría volver a la escuela.

Pues bien; tu deseo se vá á cumplir.

Te suplico que no te preocupe por nada el tener que dejarme a mí.

Aunque no lo merezco, ya sé todo el cariño que me tienes y estoy seguro que, si yo lo quisiese, no me abandonarías, pero yo no quiero que tengas que arrepentirte un día de haberte quedado junto a este viejo canoso y egoísta. Voy pues a abrirte nuevos horizontes, para que tu alma generosa pueda esparcirse libremente; y a imponerte como un sagrado deber que me dejes, y que me obedezcas en lo que te mando.

Tienes pues que volver al colegio; no a aquél, donde estuviste conmigo, sino a otro mejor. Aquél era un campo árido y triste, mientras el colegio, a donde quiero que vayas, es un verdadero jardín fresco y tapizado de flores. Es un paraíso terrenal, donde no falta nada, ni el árbol de la vida, ni los abundantes y perennes ríos de la gracia, ni la amable compañía de tantos seres consagrados enteramente a Dios, y que no desean otra cosa, sino la salvación de las almas.

Vas a ir al colegio, donde yo llegué a soñar un porvenir tranquilo y feliz; donde llegué a nutrir la esperanza de olvidar todas mis desgracias y cerrar los ojos entre los resplandores de una luz brillante y deslum-

bradora, que me mostraba el camino del Cielo. Pero mis desgracias anteriores fueron causa de que no pudiera conseguir tan grande dicha.

Mientras tú, si quieres, podrás alcanzar lo que para mí no fuè más que un dulce sueño. Sí, hijo mío, para tí se abre ese camino tapizado de flores; entra en él, y dichoso de tí, si puedes coger bastantes, para formarte una imarcesible corona para el cielo.

Basta, padre mío, le dije yo; basta que no hacéis más que amargar mi alma, pues ya sabéis que todo lo que me estáis diciendo es un imposible para mí, por faltarme los medios de conseguirlo.

No temas, hijo mío; en el colegio a donde vas a ir, no se pide nobleza de sangre, ni riquezas, sino limpieza de alma, amor de Dios, santidad de vida y sobre todo mucha caridad para con los niños pobres y abandonados. Por lo mismo aunque no pudieras pagar nada bastarían las últimas cualidades que te acabo de mencionar para que fueras rēcibido. Pero, gracias a Dios, yo poseo todavía algún poco de dinero y creo que no será mal gastado en tu educación.

No había acabado de pronunciar la última palabra, cuando presentóse a la puer-

ta de la cabaña un personaje, para mí desconocido, y dirigiéndose al anciano: Los dos caballos están listos, le dijo.

Está bien, contestó mi bienhechor. Luego, extendiendo amorosamente sus brazos para darme el abrazo de despedida: Adiós, hijo mío, me dijo profundamente conmovido. No te digo adiós para siempre, pues espero que dentro de poco nos volveremos a ver.

Toma esta carta; al llegar entrégala al Director del colegio, y si eres recibido, como lo espero, no pienses más que en hacerte bueno, procurando ser obediente y respetuoso para con todos tus superiores; todo lo demás vendrá de por sí.

Si alguna vez te acuerdas de este anciano y la fantasía te representa los surcos que las lágrimas han abierto en sus mejillas, o estas canas que dentro de poco se confundirán con la tierra fría y negra del cementerio, no te dé tristeza, sino más bien eleva alguna plegaria al buen Dios, para que, en su infinita misericordia se digne perdonarme lo mucho que le he ofendido.

Nada más deseo de tí. Si algo más puede desear este mi pobre corazón, si algo ambiciono todavía sobre la tierra, no es otra cosa, sino verte feliz a tí, disfrutando de aquella dicha que para mí hubiera sido

el colmo de la felicidad . . . . Dicho esto me ayudó a montar a caballo. Luego estrechándome la mano, mientras yo imprimía un beso en la suya, se despidió de los dos y partimos.

Caminamos toda la noche. Al despuntar la aurora del siguiente día, pude notar que habíamos pasado ya el pueblo, y como a las tres de la tarde llegamos a mi destino.

Mi guía me presentó al Director y entregó también él una carta, mientras yo presentaba la mía.

El amable Superior dio una ojeada a los dos, y cuando el que me había acompañado recibió una señal de conformidad, se despidió para volver a emprender el camino andado.

Pasaron seis meses. Una tarde entró al salón del estudio el secretario del Prefecto, presentó un papel al asistente, y este, desde su lugar, me hizo la señal que acostumbraba hacer cuando llamaban a algún alumno.

Al recibir la orden, recordé al instante otra escena parecida, sentí un fuerte estremecimiento en toda mi persona, se me presentó la figura aterradora de mi tío indignado por haber huído de él sin su permiso; pensé en los sufrimientos de mi vida pasada, ví el término de mi felicidad, el

principio de nuevos y más crueles padecimientos, y resignado a volver a dejar, tal vez para siempre el colegio, seguí triste y silencioso al señor que me había venido a llamar.

Al pasar por enfrente de la capilla, pedí permiso para ir como a despedirme de la Virgen Auxiliadora, recé delante de un altar tres Ave marías, me encomendé a Ella, y volví a juntarme al Secretario, que me estaba esperando en la entrada de la Iglesia.

Cuéntase que mientras el descubridor de las Américas se adelantaba tranquilamente por la extensión del Océano, una tarde empezaron a silbar los vientos, a brillar y a cruzar por todas direcciones los relámpagos, a rugir el trueno, a bramar las olas, a hacerse trizas las velas, a turbarse el piloto . . . y mientras se esperaba de un momento a otro que el navío se hundiese para siempre, Colón, confiado en sus altos destinos, toma el timón, se arrodilla, eleva su mente a Dios y he aquí que cesa la mugidora tempestad, siente que la proa del navío toca las playas de un Nuevo Mundo, y fuera de sí por la emoción exclama: ¡Tierra! ¡Tierra!

Si no del todo igual, muy parecida a ésta fué la alegría que experimentó mi corazón, cuando al penetrar al cuarto del Di-

rector, en lugar de ver la figura aterradora de mi tío, pude contemplar la amable presencia de mi querido bienhechor, que con los brazos extendidos venía a mi encuentro para estrecharme contra su pecho.

Hijo mío, me dijo después de un rato, da gracias de todo corazón al buen Dios y a la Virgen Auxiliadora, pues la tempestad que amenazaba atropellar y poner en peligro la barquichuela de tu vida, se ha calmado por completo. He aquí que por fin aparece en el horizonte de tu existencia, el sol de tranquilidad y bonanza. Tu tío nada tiene ya que ver contigo. Tu madre se halla ya disfrutando de perfecta salud y hay quien piense en proveerle de todo lo necesario para su sustento. Nada, pues, podrá venir a turbar la felicidad de que estás disfrutando.

Las vacaciones vendrás a pasarlas conmigo en una casa de campo que he comprado no muy lejos de tu pueblo; y allí, entre el murmullo de los arroyuelos, el suave gemido de la brisa, que se mece entre los árboles cargados de frutos, entre el armonioso canto de las aves y el perfume de las flores, recordaremos todo lo que tú y yo hemos encontrado por el camino de la vida, para que apenas te sea posible, juntándolo todo con lo que contiene el manus-

crito, que te leí durante nuestra vida pastoril, escribas un librito, que titularás como te plazca.

Por ahora no pienses más que en tus estudios y en hacerte bueno; y si

Cuando del firmamento la armonía
desaparezca de los ojos míos,
cansados de verter amargo llanto;
Si cuando en mis oídos no resuene
dulce rumor de bosques y de ríos,
ni de las aves el alegre canto . . . .
. . . .

Si al menos entonces llegarás a subir al Monte Santo de Dios, no te olvides, hijo mío, de dirigir una mirada al valle, donde descubrirás una Cruz y una Tumba, que guardarán los restos del que te ayudó a subir a tanta Altura! . . . .

. . . .

El caritativo anciano, 14 años después, asistía derramando lágrimas de gozo a la celebración de la primera Misa de aquel, a quien había ayudado a subir a tanta Altura.

FIN

INDICE

Páginas